

Richard Bach

Alas
para
Vivir



Javier Vergara Editor s.a.
Buenos Aires / Madrid
México / Santiago de Chile
Bogotá / Caracas / Montevideo

Título original
RUNNING FROM SAFETY: AN ADVENTURE OF THE SPIRIT

Edición original William Morrow

Traducción Edith Zilli

© 1994 by Alternate Futures Incorporated
© 1994 by Javier Vergara Editor S.A.
Paseo Colón 221 - 6° / Buenos Aires / Argentina.

ISBN 950-15-1423-4

Impreso en la Argentina/Printed in Argentine. Depositado de acuerdo a la Ley
11.723

Introducción

Mi verdad ha estado depurándose durante mucho tiempo. Buscándola, he explorado y sondeado con la esperanza y la intuición; la he filtrado y condensado lo mejor que pude con la reflexión; después la hice circular por mis motores, al principio con cautela, para ver qué ocurría

Hubo algunas dificultades, de acuerdo: una o dos explosiones en la pista de carreras, mientras aprendía cuán volátil debe ser toda filosofía de destilación casera. Cubierto de hollín, pero más sabio, me di cuenta hace tiempo de que he estado haciendo funcionar mi mente con este peculiar combustible durante gran parte de mi vida. Incluso hoy, con cautelosa temeridad, gota a gota, voy elevando gradualmente los octanos.

Sin embargo, si decidí destilar mis propios hechos no fue por pura diversión, ni porque alguna vez cargara mis depósitos con combustible común. Apasionado por descubrir motivos para existir y temas con los cuales vivir, investigué religiones cuando era adolescente y, siendo todavía piloto de combate de las Fuerzas Aéreas, estudié a Aristóteles, A Descartes y a Kant en cursos universitarios nocturnos.

Al terminar el último curso, andando por la acera con pasos lentos y pesados, me atacó una extraña depresión. Por lo que pude entender en las aulas, esos caballeros sabían menos que yo acerca de quiénes somos y por qué estamos aquí, y yo tenía apenas una vaga idea.

Ellos eran pesados intelectuales que surcaban estratosferas por encima del techo de mis aviones de combate. Yo estaba dispuesto a aprovechar descaradamente su discernimiento para aumentar el mío, pero cuando escuchaba en clase, apenas podía contenerme para no gritar: "¿A quién le importa eso?"

Admiraba al práctico Sócrates por su decisión de morir por sus principios cuando escapar habría sido fácil. Otros no eran tan convincentes. Tantas páginas apretadas, de le-tras microscópicas, y al final una sabia conclusión: "Tienes que arreglártelas solo, Richard. ¿Cómo quieres que sepamos lo que es válido para ti?"

Terminados los estudios caminé sin rumbo por la no-che, con el eco de mis pasos en un recinto vacío, sin tener en la mente un sitio al que dirigirme.

"Seguí este curso buscando una guía", pensaba; "necesitaba una brújula que me llevara a través de las selvas." Las religiones organizadas eran para mí puentes endebles, ramitas mal atadas que se quebraban a la menor presión, una pregunta de niño convertida en misterio imposible. ¿Por qué las religiones se aferran a Preguntas Sin Respuesta? ¿No saben acaso que "Eso es imposible de responder" no es una respuesta?

Cada vez que encontraba una teología nueva, planteaba una prueba: ¿Adopto esta creencia para convertirla en mi vida?

Cada vez que lo preguntaba, el juego de palillos chinos temblaba y crujía; de pronto se derrumbaba delante de mí y los peldaños se desprendían, desplomándose hasta desaparecer.

Yo me aferraba al mundo, retirándome del borde; agradecido por no haber muerto en la caída. ¿Cómo se sentiría alguien que ha entregado su corazón a un credo según el cual el planeta se disolverá en fuego el 31 de diciembre, al despertar el Día de Año Nuevo, con el canto de los pájaros? Se sentiría avergonzado.

Detrás de mí, mientras caminaba, sonaron los pasos de una mujer en la noche. Me hice a la derecha para dejarla pasar.

"Ahora he terminado mis estudios de veinte filosofías", pensé, "todas y cada una de las estrellas más luminosas de la historia han fallado." Yo sólo pedía que me mostraran una manera de pensar sobre el universo para que me guiara en la vida cotidiana; no parecía tarea tan difícil para Tomás de Aquino o Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Sus respuestas servían para ellos, pero vivían diariamente en una luna distinta de la mía.

—¿Tus estudios no han servido para nada? —preguntó ella—. ¿Te han enseñado lo que esperabas descubrir des-de hace tantos años y todavía no sabes?

Un destello de contrariedad... La mujer no estaba simplemente pasando a mi lado: ¡estaba escuchando mis pensamientos!

—Perdone usted —dije con toda la frialdad posible.

Pelo oscuro con un audaz mechón rubio, veinte años mayor que yo, fea, no muy bien vestida, ignorante de lo que hago con quienes destruyen mis momentos de intimidad.

—¡Te dieron lo que viniste a buscar! —insistió—. Tu vida está cambiando esta noche; ¿no lo sientes?

Miré hacia atrás; no había nadie más a la vista en la acera. Ella debía de haberme confundido, sin duda. No era de la clase de filosofía y nunca la había visto.

—No creo conocerla —dije.

En vez de quedarse paralizada, se echó a reír.

—"No creo conocerla". Agitó la mano frente a mis ojos.

—¡Te han enseñado que ellos no tienen respuestas! ¿No comprendes? ¡Nadie tiene respuestas para ti, salvo uno!

"Que Dios me ampare", pensé. "Va a decirme que Jesucristo es mi Redentor y a bañarme en la sangre del Cordero. ¿Tendré que arrojarle citas de la Biblia para ahuyentar-la?"

Suspiré.

—Cuando Jesús dijo: "Nadie viene hasta el Padre sino a través de mí", no se

refería al ex oficial carpintero; quería decir "a través de mí, la búsqueda del conocimiento del espíritu en..."

— ¡Richard! —exclamó ella—. ¡Por favor!

Me detuve y la miré, esperando. Su sonrisa no había disminuido; sus *ojos* chispeaban luz de estrellas. "Es mucho más bonita que fea", pensé; "¿cómo no me di cuenta? ¿Acaso mi confusión hace que la gente parezca desaliñada?"

Mientras la observaba, las luces de la calle debieron cambiar... no era sólo bonita: era hermosa.

Esperó hasta concentrar toda mi atención. ¿Acaso era ella la que cambiaba y no la luz? ¿Qué estaba pasando?

— Jesús no tiene la verdad que estás buscando —dijo—. Tampoco Lao-Tse ni Henry James. Lo que descubrirías esta noche, si abrieras los ojos a algo más que una cara bonita, es...¿qué?

Se quedó esperando

— Te conozco, ¿verdad? —dije.

Por primera vez en esa noche, ella frunció el entrecejo.

— ¡Por supuesto que sí, hombre!

Así han sido las cosas desde que tengo memoria. Alguien está siempre siguiéndome; choca conmigo cuando vuelvo una esquina, aparece en el metro o en la cabina de un avión para decirme cuál es la lección de cada hecho extraño.

Al principio pensé que esas personas eran fantasmas, productos de mi propia imaginación, y al comienzo lo eran. Cuál sería mi sorpresa cuando varias de esas almas docentes resultaron ser mortales, tan firmemente tridimensionales como yo, tan sobresaltadas al encontrarme en medio de sus aventuras como yo al verlas en las mías.

Al cabo de un tiempo me resultaba imposible saber si la persona que me vigilaba y cuidaba de mis lecciones era mortal o no; en la actualidad doy por sentado que son personas hasta que desaparecen en medio de una frase o me arrebatan hacia mundos alternativos, para ilustrar algún punto delicado de la metafísica.

Al final, por supuesto, no importa quiénes sean. Algunas personas han sido ángeles para mí, aunque ni siquiera hayan tenido la cortesía de presentarse. A otras las he conocido durante años antes de verles las plumas; hubo quienes me parecieron el Evangelio en persona hasta el momento en que descubrí que no eran como yo pensaba.

Este libro es la historia de uno de esos encuentros en mi pequeña refinería de pensamientos, lo que de él aprendí y cómo cambió mi vida con lo aprendido.

¿Se parecen mis lecciones a las tuyas? ¿Soy acaso un ángel amigo, chamuscado por el fuego de una carrera en la que tú también participas? ¿O soy sólo uno de tantos desconocidos raros como andan murmurando por las calles? Algunas respuestas no las sabré jamás.

Pero ahora date prisa o llegaremos tarde al primer capítulo.

1

Lejos, cerca del horizonte, rozaba suavemente el lago, deslizándose hacia mí. Torcía algunas columnas de humo de chimeneas en la ciudad, seiscientos metros más abajo, y agitaba hojas de esmeralda en los árboles al pie de las colinas. En el borde del precipicio, delicadas ráfagas aleteaban a rachas con las térmicas que pasaban: dos minutos perezosas, medio minuto enérgicas.

"Prefiero que haya un poco de viento cuando salte al precipicio", decidí; "es mejor aguardar una ráfaga."

—¿Hoy eres tú el maniquí? ¿O soy yo?

Me volví con una sonrisa hacia C.J. Sturtevant, una aviadora que apenas me llegaba al hombro, sujeta por correas al arnés de su ala delta, amarrada dentro del casco y las botas, con un raído osito mascota asomando por el bolsillo de su traje de vuelo, y el ala, un charco de colores de nylon, cuidadosamente tendida en el suelo, hacia atrás.

—Espero un poco más de viento —respondí—. Ve tú primero, si quieres.

-Gracias, Richard —me dijo—. ¿Vía libre?

Me aparté del paso.

—Vía libre.

Esperó un segundo, mirando el horizonte; luego, de repente, se lanzó hacia el precipicio. Por un momento fue un suicidio convincente: corría hacia su fin en las rocas de abajo. Sin embargo, un momento después su ala volante se sacudió, dejando de ser una tela floja para convertirse en una súbita tormenta de amarillo rabioso y rosa eléctrico; una nube de fino tejido saltó a buena altura por encima de su cabeza, súbita y grandiosa cometa china que venía a rescatarla de la locura de morir.

Cuando sus botas llegaron al abismo ya no corría sino que volaba, sostenida en el aire por las cuerdas de suspensión que unían su arnés a la gigantesca ala.

Su marido la observaba mientras abrochaba las correas de su propio arnés.
—¡Adelante, Cejota! —gritó—. ¡Búscanos la elevación!

El primero en saltar de la montaña es el maniquí del viento; el resto observa, rezando para que haya aire en ascenso cerca de las pendientes: eso significa un día de largos vuelos planeando. Si fallan las plegarias y el aire está sereno, todo es un simple deslizarse hasta el fondo del valle y caminar nuevamente hasta la cima, si no hay algún automovilista de buen corazón que suba por la ruta de la montaña.

El colorido dosel giró y empezó a elevarse. Gritos alentadores de los seis que esperábamos para volar. Luego volvió a caer, deslizándose hacia abajo. Gruñidos quejumbrosos. Por lo visto, ese iba a ser uno de esos días en que sólo los más hábiles pueden mantenerse en el aire durante media hora después del lanzamiento.

Contemplé el vuelo de Cejota durante un rato, hasta que vi a mi ráfaga térmica marchando montaña arriba: estremecimiento de hojas, ramas que se movían a su paso, corrientes de viento elevándose. Hora de volar.

Volví la espalda al viento, tirando bruscamente de las cuerdas de suspensión; mi ala se elevó desde la sepultura de la tierra con el diáfano y crepitante susurro de un foque lanzado al aire.

Fue como si hubiera elevado mi propia nube, un arco iris de seda, nueve metros de extremo a extremo, con gallardetes de limón aleteando tras el borde de arrastre. Palpitó allí arriba cuando me erguí en la brisa: nada de plumas ni cera... la corneta que habría evitado la caída de Icaro. "Tres mil años tarde para él", pensé, "justo a tiempo para mí."

Entorné los ojos en el arco iris para comprobar que las cuerdas de suspensión no estuvieran enredadas, y me volví de cara al viento.

¡Vida deliciosa! Me apoyé en el arnés, caminando con mi corneta hasta el borde del barranco, lento y pesado como un buzo inclinado para avanzar bajo el agua. Por fin, deliberadamente, di un paso en el aire, más allá de la pendiente. En vez de caer desde el borde, el arco iris me elevó y ambos volamos a paso de hombre, apartándonos de la montaña, por encima de los árboles.

—¡Adelante, Richard! —gritó alguien.

Tiré levemente de un tensor de freno, volviéndome para dirigirles una gran sonrisa a través del súbito abismo de aire en el que estaban ellos, cinco aviadores vestidos de seda y telaraña, ansiosos por arrojar sus gasas al viento e ir adonde el cielo los llevara.

—Hay mucha elevación —anuncié.

Entonces mi ráfaga continuó su marcha y el aire ascendente se desvaneció.

Los aviadores de la cumbre, que estaban a la altura de mis ojos, se elevaron por encima de mí mientras iba cayendo en busca de térmicas. Hacia el norte volaba Cejota, inclinada en una cerrada espiral, manteniendo altitud a duras penas. La ladera se alejó debajo de mí; el abismo caía bajo una frágil nave aérea.

Hace dos años, pensé, esto habría sido una fuerte des-carga de adrenalina, solo y suspendido de cincuenta cuerdas a ochocientos metros por encima de la tierra. Ahora era un suave y perezoso sueño de vuelo: sin motores, sin crisálida de acero y vidrio a mi alrededor; sólo el suspiro de colores arriba, flotando a la deriva a través del aire.

Un cuervo apareció brevemente a mi lado, a igual distancia entre el miedo y la curiosidad. Con los negros ojos muy abiertos, la cabeza torcida de estupefacción ante ese espectáculo: ¡un plantador de maíz atrapado por el arco iris!

Me recosté hacia atrás en el arnés, como un niño en un columpio, y contemplé la ladera que se elevaba sobre mí, renunciando a buscar elevación. "Esto es lo que yo soñaba en la pradera, cuando era niño, con mi cometa de papel de periódico." Ser más veloz que las águilas era parte del sueño, pero también ser más lento que las mariposas, en una suave y amorosa amistad con el cielo.

Allá abajo giró el verde campo de heno que usábamos como zona de aterrizaje; estacionados a la vera de la ruta estaban los que se detenían para ver volar las alas delta. Al inclinarme en ángulo hacia la hierba, todavía a treinta metros de altura, conté cinco coches esperando y un sexto que se iba a detener. Me pareció extraño que alguien levantara la vista desde el suelo y me viera: mi tiempo de intimidad en el cielo abierto al público. Salvo en los espectáculos de aviación, cuando vuelo siempre me siento invisible.

Diez minutos después de elevarme hacia el cielo bajé de él, aminorando la velocidad del ala a cero, justo al rozar el extremo de la hierba; puse un pie en tierra y luego el otro. El ala permaneció en lo alto, protectora, hasta que estuve abajo sano y salvo; entonces, mientras yo tironeaba de los elevadores traseros, volvió a transformarse en seda floja y se derrumbó a mi alrededor en montones de nube y color.

Allá arriba, Cejota y los otros eran motas en el cielo; se mantenían buscando elevación a zarpazos y consiguiéndola, esforzándose térmica a térmica. Eran pilotos más tenaces que yo y, como recompensa por su trabajo, se mantenían en el aire mientras yo estaba ya en tierra.

Estiré el ala, alisándola; luego la plegué, extremos al centro, extremos al centro, hasta que fue un cuadrado esponjoso en el heno; lo estrujé para quitarle el aire y lo enrollé para guardarlo en su mochila.

—¿Quieres que te lleve arriba?

Una voz del paraíso de las alas delta, con la promesa de ahorrarme una hora y media de dura caminata.

—¡Gracias! —Al dar la vuelta me encontré con un tipo bastante menudo de pelo gris, con ojos cordiales como los de un decano universitario. Me observaba con los brazos cruzados apoyados en el automóvil.

—¡Qué deporte! -comentó—. Allá arriba parecéis fuegos artificiales.

—Es divertido —dije, levantando la mochila por una correa para caminar hacia el coche—. No sabe usted cómo le agradezco que me lleve.

—Ya lo imagino —aseguró— y es un placer hacerlo. —Me ofreció la mano—. Me llamo Shepherd.

—Richard.

Puse la mochila con el ala en el asiento trasero y ocupé el delantero de un herrumbroso Ford 1955. Junto al hombre, boca abajo sobre la andrajosa tapicería, había un libro.

—Gire a la izquierda en la autopista —dije—; luego siga recto un kilómetro y medio.

Puso el motor en marcha, retrocedió hasta el camino y, ya en la autopista,

viró a la izquierda.

—Qué hermoso día, ¿verdad? --comenté. Cuando alguien tiene la gentileza de llevarme hasta la cima, charlar con él es cuestión de cortesía.

El tardó un minuto en responder, como si estuviera concentrado en la carretera.

—¿Has conocido a alguien como la gente de tus libros? —preguntó.

El corazón me dio un vuelco. No es el fin del mundo que los desconocidos te conozcan por tu nombre. Lo que te lleva a Celebridades Anónimas es que nunca sabes si un desconocido en particular te reconoce ni qué puede pasar a continuación. Erízate contra una flor y eres un tonto engreído. Abraza a un chiflado con ojos alucinados y estarás abrazado a una mina.

Por una centésima de segundo pensé que Shepherd podía ser un chiflado, que era mejor abrir bruscamente la puerta y arrojarme a la autopista. En la centésima siguiente decidí que correría el riesgo, que podía saltar más tarde, si era necesario, y que arrojarme de ese coche no era la respuesta adecuada a su pregunta.

—En mis libros todos son reales —dije, confiando en que la sinceridad me sacaría del paso—, aunque a algunos no los he conocido en el espacio tiempo.

—Leslie, ¿es real?

—Esa es su pregunta favorita. —¿Adónde quería llegar? La conversación se tornaba menos inocente a cada minuto—. Puede desviarse por aquí; ahí está el camino de montaña. Es de tierra y algo empinado en algunos tramos, pero bastante fácil en general. Sin embargo deberá tener cuidado cuando llegue arriba, porque las alas delta son tan divertidas que uno se engancha antes de bajar y ya nunca vuelve a ser el mismo.

Shepherd pasó por alto el cambio de tema.

—Si te lo pregunto es porque yo soy una de esas personas sobre las que escribes. Estuve contigo cuando eras niño. Soy un ángel docente.

Conecté de inmediato Alerta Máxima, alzando murallas a la velocidad de la luz.

—Basta de preguntas —dije—. Dígame directamente: ¿qué quiere?

—No se trata de lo que quiero yo, Richard, sino de lo que quieres tú.

El coche iba tan despacio que podía saltar sin matarme. Pero él no me había tildado de anticristo sin dios, probablemente estaba desarmado y aún perduraba mi primera impresión de cordialidad. El tipo hablaba como un chiflado, pero me gustaba.

—Si usted es un ángel docente, ha de tener respuestas —dije.

Se volvió hacia mí por un momento, con una sonrisa sorprendida.

—¡Exactamente! ¡Claro que sí! ¡Por eso he venido! ¿Cómo lo sabes?

—Haré preguntas —dije—. Yo las hago, usted responde, ¿de acuerdo? —Si Shepherd era un personaje salido de mis libros, yo estaba decidido a averiguarlo.

—Desde luego —aceptó.

—Cuando era niño tenía dos animales de trapo. ¿Cómo se llamaban?

—Tu camello se llama Cami —dijo-; tu cebra, Cebi.

—¿De qué tipo era el primer motor que hice? —Una pregunta con trampa.

—Es un motor de propulsión a chorro, de dieciocho pulgadas, cuatro de diámetro, juntas soldadas; está montado en el extremo de un equilibrador de un metro y medio. Sabes que el calor va a fundir las soldaduras y que estallará dentro

de uno o dos minutos, pero antes podrás ver si la idea da resultado. Como combustible, alcohol. Estalla, claro. Incendia todo el patio trasero.

Mientras conducía describió mis cohetes, mi casa, mis amigos y familiares, mi perro; narró fragmentos de mis primeros años, dando detalles que yo no recordaba hasta que él los contó.

Los personajes de mis libros son reales, sin duda, pero algunos son como taquiones: hay una dimensión donde existen; cada uno es, en su mundo, una expresión de vida tan potente como nosotros en el nuestro. En los libros ellos entran en mi dimensión y la cambian.

Shepherd era o bien una de esas personas o bien el mentalista más grande del mundo.

—... la planta de adelfa en el rincón de la pared. De un soporte de la chimenea cuelga un móvil que hiciste con lámina de cobre y varilla para soldar. Elipses curvadas... lo llamaste Radar. En la cochera hay montones de carbonillas y pinturas que hace tu madre en sus cursos de arte. El cajón de madera que utilizas como entrada secreta de la casa...

—Una pregunta.

El dejó de hablar inmediatamente; continuamos viaje en silencio, bajo la sombra de mediodía de las grandes coníferas. El viejo automóvil, en velocidad corta, avanzaba por las desiertas y escarpadas curvas.

—Usted no dice "había", sino "hay". Esa época, mi niñez. Para usted aún existe. Cuando habla de un yo que desea algo se refiere a Dickie, se refiere al yo de mi propio pasado.

El asintió.

—Por supuesto. Esa época está apenas cruzando la calle.

—Otra pregunta.

—Las que quieras.

—¿Cuánto es ciento treinta y uno elevado al cubo? Se echó a reír.

—Soy un ángel, no una computadora.

—Arriesgue.

—¿Quinientos veintisiete?

Respuesta equivocada por varios millones. "Este tipo no es omnisciente", pensé; "al menos, las matemáticas no son su fuerte. ¿Qué otra cosa ignora?"

—¿Hay gravedad en el cielo?

Se volvió hacia mí, sorprendido.—¿Cuándo se te ocurrió preguntarte eso?

— Hace un año, más o menos. He estado... Cuidado con esa piedra, allí.

Demasiado tarde. El impacto hizo que volviera a con-centrar su atención en la carretera, aunque continuó sin detenerse, divinamente despreocupado.

—¿Más preguntas?

Dejé pasar lo de la gravedad. En ese momento, antes que el cielo necesitaba conocer a esa extraña persona.

— ¿Por qué es usted... por qué es lo que es?

— Entre nosotros hay un dicho: "Exceso de corazón, escasez de cerebro." — Por el modo en que lo dijo, su proverbio era una triste verdad.

Yo sabía que no iba a hacerme daño; sabía que esa mañana me había buscado, no para llevarme a la cumbre de la montaña, sino con otro propósito; sabía que no era ningún mago de los números. Estaba lleno de dudas acerca de todo lo demás.

— Y me dice esto —adiviné— porque tiene algo que ver con el motivo por el que está aquí.

— Por supuesto.

¿Me gustaba a primera vista porque yo había visto antes esa sonrisa?

2

Los ángeles docentes no son conductores expertos. En la Montaña del Tigre, una curva de la carretera se desvía hacia el borde del precipicio; allí casi todo el mundo se acerca al lado interior en defensa propia. En cambio, Shepherd dejó unas marcas de cubiertas que todavía están allí: goma negra quemada en una curva desesperada sobre la roca viva.

— Disculpa —dijo—, hace tiempo que no conduzco.

Afirmé los pies, aferrándome del raído apoyabrazos.

—Algo más adelante el camino se hace más fácil.

Fácil o difícil no era algo que importara a mi conductor; él tenía otros intereses.

—No recuerdas mucho de cuando eras pequeño, ¿verdad?

— Cuando usted me lo cuenta, lo recuerdo. Fuera de eso, no demasiado.

—Eres un buen niño. Cuando quieres aprender algo lo encaras con mucha seriedad. ¿Te acuerdas de cuando aprendías a escribir?

Pensé en la clase de redacción creativa que dictaba John Gartner -en la escuela secundaria. ¿Uno aprende a escribir o, simplemente, se pone en contacto

con alguien que le permite ver el poder de la palabra borrada?

—No —corrigió—: de cuando aprendías las letras. Tu madre ante la mesa de la cocina, escribiendo letras, y tú sentado a su lado, con papel y lápiz, dibujando oes, eles y es, palotes, curvas y círculos, página tras página.

Recordé. Lápiz rojo. Erres y eses. Me sentía tan adulto al hacer esas marcas ordenadas, de izquierda a derecha por el papel... Mamá decía que era un bello trabajo y eso me daba aun más ganas de practicar. En la actualidad tengo la peor letra del mundo.

—Así que usted conoce bastante bien a Dickie, ¿no? —comenté.

El asintió.

—Mucho mejor que a ti.

—¿Porque él necesita ayuda y yo no?

—Porque él quiere ayuda y tú no.

El Ford viró en una última curva y llegamos a la cumbre de la montaña, donde los árboles daban paso a súbitos horizontes amplios que se abrían al norte y al oeste. Estacionó a treinta metros del punto de lanzamiento; yo alargué la mano para abrir mi puerta.

—Me alegro de que esté con él —dije—. Déle recuerdos míos, ¿quiere?

No respondió. Me bajé del coche, saqué mi mochila del asiento trasero y me la colgué del hombro. El viento era tan leve como antes. "A menos que esta vez pueda elevar-me", pensé, "este será el último salto. Después recogeré mis cosas y me iré a casa."

Me incliné para agitar la mano junto a la ventanilla.

—Ha sido un placer conocerle, señor Shepherd —dije—. Gracias por traerme.

El asintió con la cabeza. Cuando comenzaba a alejarme dijo:

—Ah, otra cosa. Me volví.

—¿Te molestaría firmar un libro para Dickie?

—En absoluto. —No se me ocurrió que eso era imposible. Lo que salta por encima de la cerca del tiempo es la esperanza y la intuición, no un paquete de papel y tinta.

Dejé la mochila en el suelo para abrir la puerta y volví a deslizarme en el asiento.

Shepherd tocó el libro que estaba entre nosotros.

—Hiciste una promesa —dijo—. Probablemente no te acuerdes.

—Tiene usted razón: no me acuerdo. —Cuando era niño yo estaba lleno de fantasías: deseos y sueños, diseños del modo en que las cosas debían ser. No me sorprendería recordar como hechos algunos de mis sueños y como sueños algunos de los hechos.

—Ha pasado mucho tiempo, señor Shepherd. Ahora que Dickie es una persona diferente, está tan lejos que he olvidado quién era.

—Pues tú no eres una persona diferente para él. Cree que jamás lo olvidarás, que harás cualquier cosa con tal de darle alas para vivir. Está desesperado por averiguar qué sabes.

—Ya lo descubrirá —dije.

—Pero para entonces tendrá tu edad. Prometiste un experimento, para ver qué llegaría a ser si no tuviera que pasar cincuenta años equivocándose para

aprender.

— ¿Me lo prometí a mí mismo?

Shepherd asintió.

—En 1944, cuando te dije que el tiempo no era para mí la muralla que era para ti. Prometiste que, cincuenta años después, escribirías un libro para llevar al niño que eras todo lo que sabes. Qué esperar, cómo ser feliz, conocimientos para salvar la vida, cosas que te gustaría haber sabido cuando eras él.

—¡No! ¿De veras? —Las ráfagas de viento se rizaron en una térmica que llegó a la cumbre de la montaña—. Qué idea tan encantadora.

Shepherd carraspeó.

— Han pasado cincuenta años, Richard. —Cambió de posición, incómodo en el asiento—. El está esperando, el niño que eras. Se lo prometiste.

—No recuerdo ninguna promesa.

El ángel me miró como si yo hubiera vendido mi alma. Me pareció que las palabras habían brotado con cierta aspe-reza, pero ni el niño ni el ángel sabían lo difícil que era escribir.

—Dígale que olvidé la promesa, pero que todo saldrá bien, que no debe preocuparse.

Shepherd suspiró.

— Ah, Richard —dijo—. ¿Las promesas hechas a los niños no significan nada para ti?

—¡No, si cumpliéndolas voy a destrozarles el corazón! A él no le conviene saber que le esperan tormentas, que dentro de poco será el último superviviente de su familia; no le conviene saber del divorcio, la traición y la bancarrota, que no se casará con la mujer de su vida hasta que no pasen treinta y cinco años más. Para un niño de nueve años, Shepherd, un año es la eternidad. ¡Tiene usted razón, esa promesa no significa nada!

— Había previsto que podías pensar así —dijo. Una sonrisa triste—. Claro que sé lo difícil que es escribir un libro. Y como sabía que tú no ibas a hacerlo, lo hice yo por ti

3

—Lo único que tienes que hacer es firmarlo —dijo el ángel, entregándome el libro—. El hecho de que no tuvieras tiempo para escribirlo tú mismo será un secreto entre tú y yo. Dickie no tiene por qué enterarse. Para él tú eres Dios, pase lo que pase.

—Nada de mentirle al pequeño —protesté—. Dígaselo francamente: no tiene ni idea de lo que está pidiendo. Dígale de mi parte que, cuando llegue a mi edad, sabrá que los libros no se escriben por capricho o por viejas promesas. Los libros se escriben con años atravesados por ideas que no nos dejan en paz hasta que están impresas; aun así escribir es un último recurso, un desesperado rescate que se paga para recobrar la propia vida. Maravilloso cuando se acaba, cuando todo lo que se

necesitaba decir ya está escrito, gracias al Hacedor, ¡y ahora me he ganado una tarde en la cumbre con mi ala delta!

—Le diré lo que deba decirle —replicó él, no muy consternado—. Y sé lo que escribirías, por supuesto. Pero firma el libro; sin decir que lo escribiste tú, si no quieres, sino que lo respaldas, que lo reconoces como verdadero.

Entonces me iré. —Sacó un bolígrafo del bolsillo—. Sólo una palabra de aliento: "¡Ten fe!", y una firma.

Por primera vez miré el volumen que me había dado. Cubierta verde, título en mayúsculas blancas. RESPUESTAS - Algunas indicaciones sobre qué hacer y pensar para vivir con éxito. Resultados garantizados. Por Richard Bach.

El corazón me dio un vuelco. "Aun así", pensé, "muchos libros buenos tienen títulos realmente estúpidos."

Abrí la cubierta para mirar el índice.

Familia

Escuela

Estudios

Trabajo

Dinero

Responsabilidades

Obligaciones

Servicio

Cuidar de los otros

Así seguía, dos páginas de letra pequeña sólo para enumerar los capítulos. "Si Dickie tiene alguna dificultad para dormirse", pensé, "pronto acabarán sus problemas."

Abrí el libro al azar. "Una parte importante del ambiente de trabajo es la estipulación de beneficios laborales. Un buen plan de jubilación vale tanto como un salario alto; el ajuste automático del costo de vida equivale a dinero en el banco."

"Vaya", pensé. "¿Y que hay de buscar lo que a uno le gusta hacer y dedicarse a eso?"

"Inténtalo otra vez. Todo lo que haces se refleja en tu familia. Antes de hacer algo que pueda avergonzarla, piensa: `¿Será feliz mi familia si me atrapan haciendo esto?' Oh, caramba. La tercera tenía que ser la vencida. "Dios te está viendo. Llegará el momento en que te pregunte: `¿Fuiste un buen ciudadano? Dile que al menos lo intentaste.'"

Tragué saliva, súbitamente nervioso, volviendo páginas. El chico quiere saber qué he aprendido en cincuenta años, ¿y esto es lo que recibe? ¿Cómo puede un ángel escribir ideas tan infernales?

"Cada uno crea su propia realidad; por lo tanto, asegúrate de crear una realidad feliz. Sacrificate por otros y ellos te tratarán bien."

Me sorprendió lo difícil que era romper el libro por la mitad, pero cuando lo conseguí agité una de las mitades destrozadas frente a la cara de Shepherd.

—¿Que cada uno crea su propia realidad? ¿Que ellos te tratarán bien? ¡No sé si usted está loco por creer eso o por pensar que yo lo creo! De un modo u otro, hay que estar chiflado para escribir esto en un libro y dárselo a un niño inocente... ¡a Dickie! ¡Para que lo lea! ¿Que la realidad es lo que se ve con los ojos? ¿Para qué clase de diabólico... domador de dragones trabaja usted?

Me interrumpí porque no podía subir más la voz; noté que la mano me temblaba al aferrar las páginas, a dos centímetros de la nariz del ángel.

—No está grabado en cemento —respondió—. Puedo cambiarlo, si quieres...

—¡Ese chico tenía un sueño, Shepherd! Tenía una idea grandiosa: averiguar qué vida sería la suya si no tuviera que pasar medio siglo separando la verdad de las mentiras. ¿Usted toma su sueño y lo convierte en beneficios laborales? ¿Y va a decirle que esto lo digo YO?

—Lo prometiste —dijo; su voz era la esencia de la rectitud—. Yo sabía que no te importaba tanto como para escribir el libro. Trataba de facilitarte las cosas.

Me vi arrastrado por un río de cólera, con carteles en la ribera: Peligro. Cataratas adelante. ¿Qué cataratas? ¿Acaso podía enfurecerme más de lo que lo estaba en ese minuto? ¿Iba a estrangular a esa bestia con mis manos desnudas?

De repente mi voz sonó muy tranquila.

—Tiene libertad de hacer lo que guste, Shepherd. Pero si da a ese niño inocente esta masa de lodo insípido y pretende hacerlo pasar por medio siglo de aprendizaje, con mi firma —allí mis ojos debieron destellar, agudas puntas de dagas al rojo blanco—, lo seguiré hasta el infierno y le haré tragar esto, página a página.

Creo que no fue la amenaza lo que le afectó, sino mi firme resolución.

—Bueno —dijo—, me alegra que te importe.

Eso es algo imprescindible para ser ángel: ellos siempre ven el lado bueno.

4

Levanté mi mochila y me alejé a zancadas, sacudiendo la cabeza.

Otra lección aprendida, pensaba. Sólo porque alguien te cae encima desde otra dimensión, Richard, no des por sentado que es más sabio que tú en ningún aspecto o que puede hacer algo mejor que tú mismo. De otro mundo o mortal, lo que importa de la gente es la calidad de lo aprendido.

En la cumbre desplegué el ala para el lanzamiento, refunfuñando acerca de los ángeles con el cerebro vacío que se entrometen en el pasado de uno. Cuando levanté la vista, el Ford y su extraño conductor habían desaparecido.

Recé por que Shepherd se hubiera esfumado en vez de intentar el descenso con el coche. Si prefería conducir, probablemente lo encontraría en alguna rama de árbol, a la vera del camino, la próxima vez que subiera la montaña.

Arnés colocado, guantes puestos, hebillas y cascos comprobados y seguros. Los otros aviadores se habían lanzado hacía rato; tres de ellos estaban en el suelo. Aún quedaban tres alas suspendidas a poca altura, mariposas sobre los árboles, pidiendo en vano elevación.

A falta de brisa para henchir el ala antes del lanzamiento, me arrojé en línea recta hacia el precipicio, eché un vistazo a mi gran arco iris desplegado arriba y corrí en el aire.

Cómo le gustaría a Dickie estar volando ahora conmigo... ¡Esto podría enseñarle qué es lo importante en la vida! Buscas lo que amas y lo aprendes todo acerca de eso. Apuestas la vida a lo que sabes y huyes de lo seguro, lanzándote de tu montaña al aire, confiado en que el Principio del Vuelo te levantará, raudo, en una elevación que no se ve con los ojos.

En ese momento, como en mis pensamientos, el ala atrapó una corriente de aire en ascenso. Tiré de la manivela de freno derecha hacia abajo, girando para mantenerme con la térmica; el arco iris y yo nos elevamos suavemente rumbo al cielo.

Por encima de las colinas del oeste se levantaba el lejano horizonte de Seattle, centelleante Ciudad Esmeralda en la Oz de finales de siglo. El sol reverberaba en Puget Sound; más allá, los Montes Olímpicos se mantenían frescos bajo sombreros de nieve. "En este momento hay muchas cosas que a él le encantaría ver."

A mi derecha apareció una polilla, apenas a tres metros, agitando resueltamente sus pequeñas alas; volaba casi a tanta velocidad como yo. Giré hacia ella y se desvió, pero luego retrocedió hacia mí, pasó rugiendo junto a mi casco y desapareció hacia el sur.

¿Era eso algo que Dickie debería saber, ya que amaba todo lo que se movía en el aire? ¿Qué hacía una polilla volando hacia el sur a seiscientos metros de altura?

"Después de todo", pensé, "el niño que fui no vive en los pensamientos de Shepherd, sino en los míos. Es muy poco lo que recuerdo de mi niñez, y Dickie lo conserva todo. Mis motivos y valores brotan en su totalidad de raíces enterradas en su vida cotidiana. Si hallara un modo de llegar a él, quizá yo también aprendería algo, además de enseñarle muchas cosas sobre pruebas y errores aún por venir."

La elevación murió; en pocos minutos Seattle descendió un vez más detrás de las colinas. El primer aviador en aterrizar ya estaba de nuevo en el sitio de lanzamiento, mirando cómo me deslizaba hacia abajo.

"Si me relajara aquí, en medio del aire", pensé, "si invitara a la puerta a que se abriera entre el niño que fui y yo ¿qué ocurriría? ¡He pasado mucho tiempo sin pensar siquiera en el chico! Si no hubiera sido por Shepherd y su libro de mentiras, ni siquiera habría pensado en Dickie."

Imaginé una puerta en lo hondo de mi pasado; levanté el pesado pestillo de madera y se abrió con un crujido. Adentro está oscuro y frío... Eso me sorprende. Tal vez esté durmiendo.

—Dickie -¡llamé con la mente—, soy yo: Richard. ¡Han pasado cincuenta años, pequeño! ¿No quieres que nos saludemos?

Me esperaba en la oscuridad, apuntándome con un lanzallamas. Una décima de segundo y el lugar se iluminó de fuego y furia escarlata.

—¡FUERA! ¡LARGATE DE AQUI MALDITO EGOISTA MISERABLE SUPUESTAMENTE ADULTO PERSONA ODIOSA EN LA QUE NO QUIERO CONVERTIRME JAMAS! ¡LARGATE Y NO VUELVAS NUNCA Y DEJAME EN PAZ!

Ahogué una exclamación, retrocedí estremecido en mi casco, cerré bruscamente, desperté apresuradamente al arnés y al ala por encima de los árboles de Montaña del Tigre.

"¡Uf!", pensé. "¿Así que mi mente prepara cohetes para mí? ¡Héme aquí, esperando que el pequeño se lance corriendo a mis brazos, de la oscuridad a la luz, pletórico de preguntas, abierto a toda la sabiduría que tengo para dar. Abro la puerta a una maravillosa amistad nueva y, sin previo aviso, él intenta freírme vivo!

"¡Cómo para amar a nuestro niño interior! Por suerte esa puerta tiene una buena cerradura, bien grande. Jamás volveré siquiera a acercarme allí, y mucho menos a tocar esa bomba cazabobos."

Cuando aterricé, los otros aviadores se estaban preparando para lanzarse una vez más, con viento o sin él. "Da igual", pensé. Guardé el ala, la coloqué en el maletero de mi automóvil y puse el motor en marcha; pasé todo el trayecto a casa pensando en lo que había ocurrido.

Al llegar, Leslie me saludó desde un ciruelo, con las tijeras de podar en la mano; abajo el suelo estaba cubierto de puntas de ramas.

—Hola, tesoro —exclamó—. ¿Volaste bien? ¿Te divertiste?

Mi esposa es una mujer bella y amorosa, el alma gemela hallada cuando yo había abandonado ya la búsqueda. ¡Si al menos pudiera ser todo eso, pero sin ser, por una vez, tan profunda, misteriosa y desafiante! "¿Te divertiste?" ¿Cómo iba yo a responder esa pregunta?

-¿Un lanzallamas?

Cualquier otra mujer se habría reído de su marido que llegaba a casa con semejante historia.

Ella se acurrucó en el sofá a mi lado, con la manta cubriéndole los pies y una taza de té de menta para calentar-se las manos. Está convencida de que, si hay que congelarse, la mejor manera de hacerlo es podar árboles en primavera.

—¿Qué significa un lanzallamas para ti?

—Significa que estoy molesto —dije—. Que quiero borrar a alguien. No sólo matarlo, sino reducirlo a cenizas.

—Si eso es lo que ocurre cuando estás molesto —preguntó ella—, ¿qué pasa cuando estás realmente furioso?

—Está bien, Leslie. El no estaba molesto, simplemente; estaba realmente furioso.

Cuando le conté lo ocurrido ya había pasado de ser en algo inquietante a convertirse en algo divertido. Shepherd era un fanático chiflado; había leído algo en algún libro que hizo que su mente se fijara en mí, inventó todo aquello y escribió ese horrible original, con la esperanza de que yo lo hiciera publicar.

¿Era un ángel docente? Todos somos ángeles docentes; todos hemos aprendido algo que alguien, en alguna parte, necesita recordar. Yo habría debido decirle desde un principio que ese día no tenía puesta mi caperuza de aprendizaje y que pensaba ir caminando hasta la cima de la montaña; muchísimas gracias, buenos días.

Mi esposa no sonrió con tanta facilidad al enterarse de mi encuentro con el niño que había sido. Sospechaba desde hacía tiempo que el chico era una parte viviente de mí, abandonada, necesitada de que se la descubriera y amara. En Shepherd encontraba a un aliado.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que Dickie pudiera estar furioso contigo?

—Allí abajo estaba oscuro y hacía frío; era una celda en una mazmorra —le

dije—. Si él piensa que yo lo encerré allí y luego me fui, dejándolo indefenso en la oscuridad... —Analicé la sensación—. Supongo que estará un poco enfadado.

—¿Enfadado? —Ella me miró frunciendo el entrecejo. —Está bien. Supongo que le gustaría cortarme en pedacitos para comida de ratas.

—¿Y tiene razón? ¿Fuiste tú el que cerró esa puerta? Recliné la cabeza en su hombro, suspirando hacia las vigas.

—¿Acaso tendría que llevarlo conmigo? Semana a semana se forma un nuevo grupo de personas que yo era para sumarse a todas las anteriores. Mañana yo mismo voy a ser una de ellas. ¿Crees que el yo actual tiene que arrastrar a esa multitud consigo, teniendo cuidado de no ofenderla y llamando a votación para saber qué hacemos ahora? —Incluso a mis propios oídos, aquello sonó a actitud defensiva.

—Toda la multitud, no —dijo ella—. Pero si los expulsas a todos, sin dejar ni siquiera un recuerdo de tu niñez, ¿te queda algo del pasado?

—Tengo recuerdos —aduje, mohíno, sabiendo que ella percibía lo que había callado: escasos oasis verdes en el páramo de la niñez. "Debería ser un país de las maravillas", pensé, "pero cuando miro hacia atrás está vacío, como si yo cayera de improviso a visitar el Ahora, entrando subrepticamente con un falso pasaporte."

—Cuéntame cien recuerdos —pidió ella.

Leslie también tiene agujeros negros en el pasado: hogares sustitutos convertidos en vacío dentro de su mente, ningún recuerdo de lesiones recibidas cuando era pequeña y que aparecen con claridad en las radiografías. Sin embargo, su vida cotidiana abunda en recuerdos de la niña que fue; los viejos conocimientos la ayudan a decidir el hoy y a elegir el mañana.

—¿Te conformas con dos?

— De acuerdo: dos —dijo.

— Me olvido.

— Anda, que puedes recordar, si quieres.

—Lo de contemplar las nubes. Tendido de espaldas, escondido en una parcela vacía junto a mi casa, rodeado de trigo silvestre. Mirar el cielo era mirar a través de un mar increíblemente profundo; las nubes eran islas flotantes.

— Bueno —dijo ella—. Lo de contemplar las nubes. ¿Qué más?

"Pero esto es importante", pensé. "No pases por alto lo de contemplar las nubes; el cielo era mi fuga, era mi amor; resultó ser mi futuro y aun hoy sigue siéndolo. ¡No digas qué más, porque el cielo significaba todo!"

—El depósito de agua —apunté.

—¿Qué es el depósito de agua?

—Cuando yo era pequeño vivíamos en Arizona. En una finca que tenía un depósito de agua.

—¿Y qué pasaba con el depósito de agua? ¿Por qué te acuerdas de él?

—No lo sé —dije—. Era lo más grande que había por allí, supongo.

—Bien. ¿Otro recuerdo?

— Ya están los dos.

Ella aguardó largo rato, como si esperara el tercero, aunque yo le había dicho que no serían cien recuerdos sino dos.

— Una vez pasé la tarde en un árbol, casi hasta el oscurecer—. "Listo",

pensé. "Le doy más de lo prometido."

— ¿Por qué estabas en el árbol?

— No lo sé. Pediste recuerdos, no motivos.

Más silencio. Algunos otros recuerdos pasaban trabajosamente por el foco interior de la espasmódica y bamboleante cinta que yo tenía por infancia; pero, como el árbol y el depósito de agua, eran monumentos a la nada: un paseo en bicicleta con un amigo de la niñez, la diminuta escultura de un Buda sonriente. Si se los describía y ella preguntaba qué significaban, me vería en un aprieto para responder.

—Tres de mis abuelos murieron antes de que yo naciera; el último, cuando yo era pequeño. Y entonces murió también mi hermano. Pero eso lo sabes—. "Datos estadísticos", pensé, "no recuerdos."

Leslie, a quien la muerte de su hermano había devastado, se negaba a creer que yo no hubiera quedado destrozado al morir el mío. Pero lo cierto era que yo apenas lo había notado.

— Eso es todo, más o menos.

Esperaba que ella volviera sobre lo mismo: "¿Cómo puedes perder a tu hermano y decir que eso no es ni siquiera un recuerdo, sino un dato estadístico?"

—¿Recuerdas haber prometido a Dickie que le escribirías un libro?

Por la serenidad con que lo dijo, adiviné que estaba incubando algún tema. "Nada de lo que pasó hoy", pensé, "es el fin del mundo. La parte más tremebunda, lo del niño con el lanzallamas, ocurrió sólo en mi mente."

— No seas tonta —protesté—. ¿Cómo quieres que recuerde algo así?

—Imagina, Richie. Imagina que vuelves a tener nueve años. Los abuelos Shaw han muerto, los abuelos Bach han muerto, acaba de morir tu hermano Bobby. ¿A quién le toca ahora? ¿No tienes miedo de morir mañana tú también? ¿No te preocupa el futuro? ¿Qué sientes?

¿Qué trataba de decirme? "Ella sabe que no me preocupo. Si se presenta una amenaza y puedo esquivarla, la esquivo. Si no puedo, me enfrento directamente a ella. Uno hace planes para enfrentarse al porvenir o, de lo contrario, lucha con lo que tiene; preocuparse es perder el tiempo."

Por ella, empero, cerré los ojos y fingí que estaba allí, observando al niño de nueve años, sabiendo lo que pensaba.

Lo hallé de inmediato, petrificado en su cama, con los ojos cerrados con fuerza y los puños apretados, solo. No estaba preocupado, sino aterrorizado.

—Si Bobby, que era una lumbrera, no pudo pasar de los once años, yo no tengo la menor oportunidad —dije a Leslie, mientras iba comprendiendo—. Sé que no tiene sentido, pero estoy seguro de que voy a morir a los diez años.

¡Qué extraña sensación, encontrarme otra vez en mi antiguo cuarto! Las literas junto a la ventana, con la de arriba todavía allí tras la muerte de Bobby; el escritorio de pino blanco, con la superficie marcada por Cemento de Secado Extrarrápido Testor; modelos de aviones de madera y papel, colgados del techo por hilos; sólidos modelos Strombecker de madera pintada entre los libros de las estanterías, cada uno hecho en horas recordadas de pronto: un Stuka JU-88 pardo, un Piper Cub amarillo, un Lockheed P-38, con una de las alas rota por un lanzamiento desde la litera superior... Había olvidado que tenía tantos avioncitos en

mi infancia. En el escritorio, aparcados junto al flexo, un P-40 de metal y un FW-190, ambos toscamente hechos.

—Mira este cuarto —observé—. ¿Cómo puedo recordar con tanta claridad, si ha sido niebla durante todos estos años?

Sobre el ropero había dos puertas de armario. Yo sabía que dentro estaban el juego del Monopoly, Cami y Cebi, las mantas para el invierno. Cuidado al pisar la vieja alfombra de retales trenzados que cubre el suelo de madera dura; se desliza como hielo bajo los pies a menos que uno camine muy despacio.

—¿Quieres hablar con él? —preguntó Leslie.

—No, sólo estoy observando. —¿Por qué debería asustarme hablar con él?

Vestía vaqueros y una camisa de franela a cuadros, de mangas largas, cuadrados negros sobre fondo rojo y finas rayas amarillas cruzándolos.

¡Qué cara tan joven! Una franja de pecas sobre la nariz y los pómulos; el pelo más claro que el mío; la piel más oscura, por las horas pasadas al sol. El rostro no tan alargado como el mío, con surcos de lágrimas que brotan de los ojos apretados. Un chico guapo, mortalmente asustado.

"Oh, Dickie, vamos", pensé. "Todo saldrá bien."

De inmediato los ojos se abrieron; me vio observándolo y abrió la boca para gritar.

Pasé bruscamente a los tiempos modernos, por reflejo; el niño desapareció para mí en el mismo instante en que yo desaparecí para él.

—¡Hola! —dije, demasiado tarde.

6

—¿Hola qué? —preguntó Leslie.

—Una tontería —le contesté—. Me vio.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Los dos nos sobresaltamos bastante. ¡Qué cosa tan extraña!

—¿Qué sientes por él?

—Saldrá adelante. Sucede que no sabe lo que está por venir y tiene miedo.

—¿Qué sientes por él?

—Todo saldrá bien. Le irá bien en la escuela y lo pasará de maravilla aprendiendo todo tipo de cosas: aviones, astronomía, cohetes, navegación, buceo...

Ella me tocó la mano.

—¿Qué sientes por él?

—¡Me destrozó el corazón! ¡Ojalá pudiera tomarlo, abrazarlo y decirle no llores, no corres peligro, no vas a morir!

¡Querida Leslie, mi amor, mi más profunda amiga! No dijo una palabra. Me permitió escuchar lo que yo acababa de decir, una y otra vez, en silencio.

Yo buscaba penosamente el equilibrio. Nunca he sido ducho en cuestiones de sentimientos, considero que estos son propiedad privada y con frecuencia es mejor reprimirlos. "Es mucho reprimir", pensé, "pero se puede. A fin de cuentas, todo existe sólo en mi cabeza."

—Tú eres el guardián de su futuro —dijo ella, en medio del silencio.

—Su futuro más probable —observé—. Tiene otros.

—Tú eres quien sabe lo que él necesita saber. Para que su vida llegue más alto que la tuya, eres tú quien debe decirle cómo.

En ese momento yo amaba de verdad al pequeño. Y cuando estaba con él mi niñez no era niebla: era cristal, nada perdido.

—Yo soy el guardián de su futuro —dije—. El, el guardián de mi pasado.

En ese momento tuve la extrañísima sensación de que se necesitaban mutuamente, Dickie y Richard, para estar enteros. Yo, el que siempre retrocedía, ¿tendría que ir solo al encuentro de un niño que me odiaba hasta querer reducirme a cenizas, para demostrarle personalmente que lo amaba, a pesar de todo? Habría preferido arrastrarme hasta Oregón entre cristales rotos.

¿Qué otra salida había? Mis carretes torcidos conservaban borrosas imágenes en blanco y negro del tiempo del que venían, esfumados signos de interrogación; Dickie paseaba por corredores murales de color y luz solar, detalles grabados con

claridad, sin faltas.

Aun así temblaba por la oscuridad venidera, pese a la evidencia con que yo sabía que la oscuridad era la sombra de aventuras cercanas, torbellinos que bajaban para recogerlo y enseñarle lo que estaba rogando saber.

Me habría gustado poder decirle: "Apóyate en tus miedos, desafíalos a hacer lo peor que puedan y, cuando lo intenten, córtalos de cuajo. Si no lo haces se multiplicarán, Dickie, se multiplicarán cómo los hongos hasta rodearte, bloqueando la ruta hacia la vida que deseas. Cada recodo que temes es aire vacío, disfrazado de escarpado infierno."

Para mí era fácil decirlo; yo había pasado por todos. Para él no era tan fácil.

"Si yo tuviera miedo ahora", pensé, "¿qué es lo que más desearía escuchar del sabio y futuro yo?"

Cuando llegue el momento de luchar, Richard, estaré contigo, y el arma que necesites estará en tu mano.

¿Podía decirle lo mismo a Dickie, con la vaga esperanza de que comprendiera?

"Difícilmente", pensé, "puesto que yo soy la persona contra quien desea luchar."

—¿Por qué no nos olvidamos de todo esto, Leslie? Tengo muchas cosas mejores que hacer con mi vida que jugar con mi propia imaginación.

—Estás en lo cierto —reconoció ella, despreciándose con fruición—. ¿Qué te parece si cenamos arroz?

—No, lo digo de veras. ¿Qué puedo ganar cerrando los ojos para fingir que soy amigo de cierta personita que es dueña de mi infancia? ¿Qué me importa la historia antigua?

—No es historia antigua, es el ahora —dijo ella—. Tú sabes quién eres, él sabe por qué. Si os hacéis amigos podréis beneficiaros. Pero nadie te obliga a hacer nada. Te quiero tal como eres.

La abracé por lo que dijo.

—Gracias, tesoro.

—No me molesta —dijo—. No me importa que seas un cobarde sin agallas, a quien asusta admitir el menor atisbo de sentimientos, cariño o cualquier otra emoción humana. Aunque no te des cuenta de que alguna vez fuiste niño, aunque creas haber llegado así sin más del espacio exterior, eres un buen cocinero, y eso es lo que importa en un marido.

"Oh, cielos", pensé. "Está convencida de que Será Bueno Para Mí volver atrás y abrir esa puerta de Pandora en la celda de Dickie." Cualquiera otra mujer preferiría que su es-poso no anduviera husmeando en la oscuridad de su mente, quién sabe por cuánto tiempo, tratando de entablar amistad con un niño de mentirijillas.

"Los niños tienen amigos adultos imaginarios", pensé; "¿podrán los adultos tener amigos niños imaginarios?" "En mis propios libros", pensé, "Juan Salvador Gaviota es imaginario, igual que Donald Shimoda y Pye... Tres de mis cuatro amigos más íntimos, de mis más queridos maestros, no tienen cuerpo. ¿Qué posibilidades hay de que Dickie pueda cambiar también mi vida?"

"Estoy perdiendo el control", pensé, "gracias al loco de Shepherd y sus fantasías descabelladas. Si vuelvo a ver ese viejo Ford, comenzaré por anotar el número de la matrícula para averiguar qué condenas previas oculta ese tipo. ¿Cómo puede ser que un chiflado haya convertido mi ordenada vida en un reloj de cuco?"

—Que sea arroz —dije, por fin.

Dejé a Leslie en el sofá, con su taza de té casi frío; puse la sartén en el hornillo, encendí el fuego, añadí un poco de aceite de oliva, saqué del frigorífico apio, cebollas, pimientos y jengibre y los corté en pedacitos.

"¿De qué tengo tanto miedo? ¿Quién maneja mi mente, al fin y al cabo? Bastará con imaginar que esta vez el chico me trata mucho mejor... Puede venir a disculparse por lo del lanzallamas, llenar los espacios en blanco de mi niñez y luego seguir su camino, fingirse más feliz, fingirse más sabio, y nadie saldrá perjudicado con el encuentro."

Volaron las hortalizas cortadas en cubos, el arroz del día anterior, siseando, un toque de soja, uno o dos brotes.

"Si tanto me divierte fijarme nuevos récords físicos", pensé, "como correr un kilómetro y medio en diez minutos en vez de hacerlo en diez y treinta y cinco, o permanecer suspendido con el ala delta durante dos horas y media en vez de dos y un cuarto; si me exijo a mí mismo para mejorar mi envoltura física, ¿qué tiene de malo mejorar también mi envoltura emocional?"

Puse los platos en la mesa: esos tan bonitos, con flores pintadas iguales a las que Leslie corta frescas para la casa.

"No tengo por qué hacerlo", pensé; "nadie me obliga. Pero si tengo curiosidad por saber qué dejé atrás, en mi niñez, y de qué modo podría cambiarme el descubrirlo ahora, ¿es un delito? ¿Acaso la Policía Machista va a descargar sus puños contra mi puerta, a arrestarme por no ser despreocupado? ¿Alguien se atrevería a decirme que no puedo recorrer mi propio pasado, sólo por diversión?"

—La cena está lista, Wookie —anuncié.

Durante la comida hablamos de los hijos, nada menos. Dije que estaba orgulloso de los míos, por haber elegido como lo hicieron, y que me alegraba de no volver a ser niño, para no tener que afrontar otra vez esos años, los más duros, crueles, débiles y perdidos que vive la mayoría.

—Tienes razón —dijo Leslie, mientras yo traía de postre una fresa para cada uno—. Es una vergüenza que un niño deba pasar solo por todo ese período.

Nunca padezco de insomnio. Doy a mi esposa las buenas noches con un beso, golpeo la almohada para hacerle un hueco, caigo en él y, cuando mi cabeza toca fondo, ya me he ido.

Esa noche no. Cuando Leslie llevaba ya dos horas perdida en sus sueños yo seguía mirando el techo, reviviendo el día por decimotercera vez.

La última vez que miré el reloj era la una de la madrugada; faltaban seis horas para que saliera el sol. Hacia mediodía saldría a jugar un rato con Daisy, nuestro Cessna Skymaster.

"Ojalá mañana llueva", pensé en la oscuridad. "Necesito volar algunas aproximaciones instrumentales, para no perder mi calificación. A Bayview para usar el NDB; luego hacer una aproximación frustrada y proceder hacia Los Angeles para hacer un ILS..."

"A cualquier parte, menos a dormir", pensé. "¿Temes que Dickie abra la puerta a fuego limpio y te queme con cama y todo?"

"¡Esto es una tontería! ¿De qué tengo miedo cuando Leslie se enoja conmigo? ¿Acaso huyo todavía? Por supuesto. No tanto como antes. ¿Entonces por qué huyo de esa celda de madera? Es cierto que lo encerré allí; fue un error, lo lamento, no sé en qué estaba pensando. No lo hice a propósito, y lo menos que puedo hacer es abrir la puerta para dejar salir a ese pequeño imaginario."

Media hora después, al borde del sueño, vi otra vez la puerta, fría y oscura como nunca.

Debo apoyarme en mis miedos", pensé, "desafiarlos a hacer lo peor que puedan y cortarlos de cuajo cuando lo intenten. Cada recodo que temo es aire vacío, disfrazado de infierno."

Levanté el pestillo, pero mantuve la puerta cerrada. —Dickie, soy yo, Richard. Lo hice sin pensar. Me equivoqué. Lo siento terriblemente.

Oí que se movía adentro.

—¡Bien! —dijo—. Ahora entra y deja que te encierre durante cincuenta años. Después vendré a decirte cuánto lo lamento. Entonces veremos qué te parece. Lo justo es justo, caramba, ¿no?

Abrí la puerta.

—Lo justo es justo —confirmé—. Lo siento. Fui un tonto al aislarte. Mi vida es más pobre por lo que hice. Ahora te toca el turno. Enciérrame.

La lengua azul de la llama piloto se movió hacia mí, desde la boca de su lanzallamas, y apuntó a mi cara en cuanto abrí la puerta. "De cualquier manera no voy a huir", pensé. "Está en libertad de matarme, si quiere."

No se movió de su banco frente a la puerta.

—¡Me encerraste aquí y me dejaste solo! No te importó que llorara o gritara; no me oías, no te importaba —dijo—. ¡YO PODRIA HABERTE AYUDADO, RICHARD! Podría haberte ayudado y no me quisiste, no me amaste, ni siquiera TE IMPORTABA.

—Volví para pedir perdón —dije—. Soy el idiota más grande del mundo.

—Crees que porque vivo en tu mente no importo, no sufro, no necesito que me protejas, me enseñes, me ames, ¡BUENO, PUES SI! Crees que no soy de verdad, que no estoy vivo, que no tengo miedo de lo que vas a hacerme, ¡BUENO, PUES SI!

—No sé mucho de cariño, Dickie. Cuando te encerré allí, encerré contigo gran parte de mis sentimientos; he estado allá afuera, en el mundo, funcionando casi por completo a fuerza de intelecto. No sabía que estabas aquí hasta ayer, y vine de inmediato. —Abrí los ojos a la oscuridad—. En este momento me asustas tanto como yo a ti. Tienes todo el derecho del mundo a quemarme. Pero antes debes saber que te vi tendido en la cama, justo después de morir Bobby. Quise decirte que todo saldrá bien. Quise decirte que te amo.

Sus ojos centellearon, más oscuros que la noche de su celda.

—¿Es así como me amas? ¿Encerrándome? ¿Impidiéndome ser parte de tu vida? Yo pasé por ti los tiempos difíciles, MEREZCO saber lo que tú sabes ¡Y NO LO SE! ¡ME ENCERRASTE! ¡ME ENCERRASTE SIN SIQUIERA VENTANAS! ¿SABES LO QUE ES ESO?

—No.

— ¡Es como ser un diamante en una caja fuerte! ¡Una mariposa encadenada! ¡Es la no vida! ¿Conoces la no vida? ¿Conoces el frío? ¿Conoces la oscuridad? ¿Conoces a alguien que debería amarte más que nadie en el mundo y al que no le importa si estás vivo o muerto?

—Conozco la soledad —dije.

—¡La soledad, un cuerno! Prueba con alguien a quien ames, prueba conmigo: te sujeto contra tu voluntad y te encierro en una jaula de madera, con un enorme candado en la puerta, y te dejo allí sin comida, sin agua, sin un hola durante cincuenta años. ¡Prueba eso y dime que lo lamentas! ¡Te odio! Si hay algo que yo pueda darte, algo que necesites de mí, algo sin lo cual mueras, te privaré de eso hasta que caigas al suelo, ¡y ven entonces a decirme que lo lamentas! ¡ODIO QUE LO LAMENTES!

Yo no tenía más que el razonamiento, única arma en mi mano.

—Este minuto, Dickie, es el primero de un millón de minutos que podemos pasar juntos, si hay algo que tú quieras de ese estar juntos. No sé cuántos minutos tenemos, tú y yo. Puedes quemarme, puedes encerrarme aquí e irte por el resto de nuestras vidas; si eso compensa la crueldad con que te traté, hagámoslo. Pero tengo mucho que mostrarte sobre el modo en que funciona el mundo, a mi modo de ver.

¿Quieres saber ahora mismo lo que aprenderás en cincuenta años? Aquí lo tienes, de pie ante ti. Medio siglo de pruebas, casi siempre errores, pero de vez en cuando también he tropezado con la verdad. Enciérrame, si quieres, o utilízame para que tus viejos sueños se hagan realidad. Tú eliges.

—Te odio —dijo.

—Tienes todo el derecho a odiarme. ¿Hay alguna manera en que yo pueda compensarte? ¿Hay algo con lo que hayas soñado y que yo pueda mostrarte? Si lo he hecho, si lo he vivido, si lo sé, es tuyo.

El me miró en la penumbra; luego apagó el lanzallamas y sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas.

—Oh, Richard —dijo—. ¿Cómo es volar?

Llegada la mañana, Leslie escuchó el relato hasta el fin. Cuando terminó se incorporó en la cama para contemplar su jardín por las ventanas, silenciosa como el pensamiento.

—Dejaste mucho tras de ti, Richie. ¿Nunca miraste atrás?

—No hay muchos que lo hagan, creo. La niñez no fue algo que se me enseñara a apreciar. Lo importante era superarla. Aprender todo lo posible en el trayecto, pero agachar la cabeza, contener el aliento, bajar por esa larga e inermes colina de la dependencia, hasta ganar velocidad suficiente para hacer saltar el embrague y poner en marcha el motor por tu cuenta.

—¿Tenías nueve años cuando murió tu hermano? —Más o menos —dije—. ¿Y eso qué tiene que ver? —Dickie tiene nueve años.

Asentí.

—Fue bastante difícil para ti, ¿verdad?

—No. La muerte de Bobby no me afectó. ¿No te parece extraño? Tengo la sensación de que debería mentirte, decir que el golpe fue duro, sí. Pero no lo fue, Wookie. Lo internaron en el hospital, murió y los demás continuamos con nuestra vida. Que yo viera, nadie lloró. No tiene sentido llorar cuando no hay nada que puedas hacer.

—La mayoría de la gente se habría sentido destrozada

—¿Por qué? ¿Acaso sufrimos cuando alguien se pierde de vista? Está tan vivo como nosotros, ¿pero debemos sufrir porque no lo vemos? No tiene mucho sentido. Si somos criaturas eternas...

—¿A los nueve años creías ser una criatura eterna? Cuando murió Bobby, ¿pensaste que se estaba perdiendo de vista, nada más?

—No recuerdo. Pero eso es una intuición profunda. No me sorprendería.

—A mí sí. Creo que gran parte de esa intuición la encontraste cuando tu hermano se fue al hospital y no volvió jamás.

—Puede ser —dije—. Perdí mis notas.

Giró hacia mí con los ojos azules muy abiertos. —¿Escribías notas? Cuando tu hermano...

— Estaba bromeando, tesoro. No escribía notas. Casi no recuerdo su muerte. Ella no sonrió.

—Apostaría a que Dickie se acuerda.

—No estoy seguro de querer saberlo. De momento sólo quiero hacer las paces con él y seguir adelante.

— ¿Volver a encerrarlo?

Me tendí en la cama, estudiando la veta de las tablas de arriba, el nudo que parece una araña aferrada al borde por la punta de las patitas. No, no quería encerrar a nadie.

— ¿Qué quiso decir, Leslie, con "Yo podría haberte ayudado"?

— Cuando sales a volar —dijo ella—. Supongamos que hace un día hermoso y quieres volar, sólo por diversión. ¿Vas al aeropuerto y pagas un billete para ocupar el último asiento del avión más grande, pesado y monstruoso que puedas encontrar?

Yo no tenía la menor idea de adónde me llevaba.

—No. Voy a la montaña con el ala delta o saco a Daisy del hangar, elijo la parte más bonita del cielo y me fundo con el ala y luego con el aire, hasta ser sólo alma en un rayo de sol. Si lo preguntas ha de ser con un motivo.

— ¿Recuerdas tu manera de tratar los problemas cuando no puedes huir de ellos?

— ¿Existe otra? Meter la primera marcha, pisar el acelerador a fondo, cerrar los ojos con fuerza, a cuatro millas por hora, y pasar en línea recta.

— ¿No te parece que Dickie, al decir que él podía ayudarte, quizá quiso decir que, si buscabas el modo de entablar amistad con él, podrías abrir los ojos?

10

Atarme en la cabina de Daisy con Dickie en la mente era como volver a ser niño.

El chico que yo había sido era tan amigo mío como lo sería cualquier mapache salvaje rescatado de una trampa, pero cuando vio por primera vez el avión a través de mis ojos, yo lo vi por los de él, con su voz sonando en mi cabeza.

—¡Vaya! ¡Mira cuántos interruptores y agujas! ¿Qué es esto?

—Eso es el horizonte artificial —respondí—. ¿Ves ese pequeño avión? Somos nosotros, y allí está el pequeño horizonte; de ese modo, cuando estamos en las nubes sabemos que estamos...

—¿Y estos qué son?

—Son los mandos del paso de las hélices, uno por cada motor. Los ponemos hacia adelante para el despegue y luego, a velocidad de crucero...

—¿Y esto qué es?

—Eso indica dónde están los relámpagos en días de tormenta. Para saber hacia dónde no debemos ir.

—¡Quiero mover el timón!

Ante eso sonreí. Era como tocar un timón por primera vez en mi vida: pesado, pero fácil de girar. Toda sensibilidad, la rueda, era puro placer.

—¿Qué son los botones?

—Este es el botón del micrófono. Este, el interruptor de compensación. Aquí tienes el aerofreno, la desconexión del piloto automático, y estos son los mandos del mapa móvil.

-¡Arranca el motor!

Puse las mezclas a pleno.

¿Como se sentía el niño que existía dentro de mí? ¿Ocupar por primera vez el asiento del piloto en un avión de verdad, sabiendo ya cómo hacerlo funcionar? ¡El paraíso!

Interruptor de baterías conectado, bomba de alimentación del motor delantero conectada.

-¡Libre la hélice delantera! —exclamé. Magnetos en START y... ¡Bendito sea, oye cómo se enciende ese motor!

Varios petardeos; nuestra propia tormenta eléctrica.

Había olvidado cómo se estremece y baila un avión en el segundo en que el motor arranca, como si le pareciera imposible estar vivo otra vez y a punto de volar.

— ¡Libre la hélice trasera! — Magnetos en START. ¡DOS tormentas eléctricas!

El señalaba todos los indicadores que se movían, yo respondía a las preguntas de sus dedos.

—¡Tacómetros! ¡Presiones de aceite! ¡Flujos de combustible! ¡Temperaturas de gases de escape!

¿Por cuánto tiempo había volado yo, cuántos años, sin beber como él el deleite de cada momento en esa cabina? Un placer sereno y profundo, había sido, oh, tan adulto...

— ¡Cáspita! —dije, y presioné el botón de selector de radio para pedir información de tráfico del aeropuerto—. "¿Cáspita?", pensé.

—...viento uno siete cero grados a uno cinco nudos — dijo la voz en los auriculares—, pista en servicio uno seis derecha, avise en contacto inicial si tiene información Cambio...

Oprimí el botón del micrófono y él se volvió loco. ¡Estaba hablando con una torre de control!

— Hola, Control, Skymaster Uno Cuatro Cuatro Cuatro Alfa, saliendo de los hangares del oeste con información Cambio... —El era el espíritu detrás de mi voz, hablando tal como hablaría un piloto de verdad, y estaba fuera de sí.

— ¡Perfecto! —dijo, cuando rodamos hasta la posición de despegue. Por primera vez se percataba de que ya no tenía cuerpo de niño. ¡Podía alcanzar la palanca de gases y los pedales del timón sin tener que rodearse de almohadones, podía ver por el parabrisas y contemplar la pista como un piloto de verdad!

Al empujar la palanca de gases hacia adelante sintió por primera vez en su vida un fuerte empuje. Con las tormentas eléctricas convertidas en tornados, Daisy se lanzó hacia adelante, aplastándonos contra los respaldos en su prisa por llegar al cielo.

La banda central de la pista pasó de lentas pinceladas blancas a un relámpago borroso a doscientas veinte millas por hora.

—¡Arriba, arriba, arriba!

Tiró de la palanca de mando, el avión levantó el morro y ascendimos, cohete de nieve y limón disparado al cielo.

— ¡Ruedas arriba! ¡Alerones arriba! —exclamó—. ¡Vamos, Daisy, vamos, vamos!

Para mí el ascenso era de seiscientos pies por minuto; podía leerlo en el indicador de velocidad vertical. Para él, alguien cortaba las cadenas, el suelo se iba hacia abajo como plomo y estábamos fuera, en el espacio vacío. ¡Libres por fm!

Yo hice que nos desviáramos del aeropuerto, de las rutas aéreas, del territorio del control de tráfico aéreo; él nos hizo ladear hacia una gran isla de cúmulos que flotaba cerca de las montañas. Mejor que en los sueños, un millón de veces mejor que estar tendido entre la hierba, fingiendo estar en esa nube.

Cuando llegamos al cúmulo estábamos volando a unas doscientas veinte millas por hora: toda la emoción de volar dentro de un sólido mármol blanco sin que la fastidiosa muerte acabara con la diversión.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡OOHH!

Una cabalgata dando tumbos dentro de la nube, pero a esa velocidad, no por mucho tiempo. Salimos disparados por el otro lado como una bola de fuego al rojo blanco, con espirales de niebla prendidas en la punta de las alas.

— ¡Santo cielo!

Giramos hacia atrás, escalamos la torre de nieve pasando por arriba, nos

inclinamos agudamente para contemplar el pico hirviente que nadie en el mundo había visto antes ni volvería a ver; luego volamos más allá de la pendiente cortada a pico, esquiadores extremos a siete mil pies, en medio del aire, lanzados desde el borde.

—¡VAMOS, DAISY!

"Increíble", pensé. "¡Es un niño!"

— ¡Por encima de las montañas! —dijo—. ¡Donde nadie haya escalado nunca!

Yo procuré que nos mantuviéramos dentro de lo legal y seguro, al alcance de un sitio donde se pudiera efectuar un aterrizaje forzoso si fallaban ambos motores, con un ojo puesto en la cantidad de combustible, la presión de aceite y la temperatura de los motores.

El miraba por el parabrisas y hacía volar a Daisy.

Mucho más abajo, lagos de montaña elevados por encima de la línea de los bosques, brillante cobalto fundido de los campos de nieve. Ni una carretera, ni una senda, ni un árbol. Afilados capiteles de granito, amplios platos y cuencos de piedra desbordantes de copos de nieve, riachuelos celestes que se arrojaban con alocado abandono hacia el aire vacío.

— ¡UN OSO! ¡Richard! ¡Mira mira mira! ¡UN OSO!

Yo sabía con certeza que los osos no tienen nada que hacer a tanta altura en las montañas, pero comprendí que esa era la manera de pensar de los adultos: aplastar todo con la razón, ignorando a los osos pardos que quizás haya abajo.

La osa se irguió sobre las patas traseras, supongo que olfateándonos, mientras girábamos hacia ella.

— ¡Tienes muchísima razón, Dickie! ¡Una osa! —¡Y nos saluda!

Alabamos nuestras alas para responder al saludo y, en el segundo siguiente, pasamos velozmente sobre la cumbre de la montaña, descendiendo hacia el valle: yo y el niño que había sido, el que nunca tuvo la oportunidad de volar.

Una hora más tarde, después del aterrizaje y el rodaje hasta el hangar, Dickie se separó de mí; lo vi nuevamente en su propio cuerpo, ansioso por salir de la cabina para mirar a Daisy desde afuera. Abrió la portezuela, bajó de un salto y deslizó las manos por el avión, como si no le bastara con estudiarlo desde menos de medio metro de distancia.

Bajé a tierra y lo observé durante un minuto.

— ¿Qué ves?

— Este metal —dijo—, esta pintura ha estado dentro de una nube. ¡Ha estado por encima de la montaña más alta! ¡Así fue! ¡Siéntelo tú mismo!

Era como si la magia se adhiriera todavía al pellejo de Daisy y él no estuviera dispuesto a permitir que se perdiera una sola gota. Yo también lo sentí.

— Gracias, Daisy -dije, vieja costumbre de cortesía.

Dickie corrió hacia la parte frontal del avión y, rodeando con los brazos la hélice del motor delantero, dio un beso al reluciente buje.

Gracias, Daisy —dijo—, por este paseo fantástico maravilloso bello bellísimo feliz estupendo estupendo ¡te amo, hermoso avión grande lustroso y magnífico!

¡Qué me importaba que hubiera huellas de besos y dedos en la pintura limpia de Daisy! ¡Acababa de recordar lo que era volar!

Cuando llegué a casa, Leslie estaba ante su computadora, todavía trabajando. Me detuve ante la puerta de su oficina y ella levantó la vista, sonriendo.

-Hola, Wook. ¿Qué tal tu vuelo con Dickie?

-Estupendo —dije—. Muy interesante. —Dejé mi bolsa de piloto junto a la puerta, colgué la chaqueta de la silla y eché un vistazo a la correspondencia. ¿Por qué me costaba tanto hablarle de ese emocionante paseo en avión?

-Todo vuelo es interesante —observó ella—. ¿Qué pasa?

-Nada. Pero me parece tan... infantil, supongo. Me siento tonto cuando hablo de eso.

-¡Tiene que ser infantil, Richard! —adujo—. Estás invitando a un niño a entrar en tu mente, donde nunca hubo ninguno!

-Si te lo cuento, ¿no pensarás que estoy loco?

-Siempre he pensado que estabas loco. No me hagas cambiar.

Me eché a reír y le conté lo ocurrido: cómo era volver a pensar como un niño, todo nuevo como si nunca antes hubiera volado, sentirlo todo por primera vez.

—Maravilloso, tesoro —dijo ella—. ¿Cuántas personas podrían hacer lo que has hecho hoy? ¡Estoy orgullosa de ti!

— Pero esto no puede continuar eternamente. ¿Qué pasará cuando yo quiera hablarle de cosas de adulto? ¿Le interesarán? De mujeres, del matrimonio, de ganarse la vida, construir una religión... No hay nada más interesante, pero tengo miedo de que se ponga a bostezar a la mitad y quiera un caramelo. No conozco a los niños, no tengo nada que decirles hasta que son adultos.

—¿No podría ser como tú solías decir de ti mismo? —preguntó—. ¿Absolutamente ignorante, pero infinitamente inteligente? Si espera que le escribas un libro sobre todo lo que has aprendido en cincuenta años, probablemente quiera algo más que caramelos.

Asentí con la cabeza, acordándome de cuando era él: necesitaba saberlo todo acerca de todo, salvo de los negocios, el gobierno y la medicina, y necesitaba saberlo de in-mediató.

Eso me intrigó por un momento; ¿por qué las excepciones? Hoy en día me aburren porque todas ellas giran en torno de contratos sociales y no hay nada tan aburrido como el consenso con una persona renuente. El debía sentir lo mismo. ¿Podríamos tener en común algo más que un pasado? ¿Acaso compartíamos valores fundamentales todavía por descubrir? ¿Cómo formó él a la persona en que me convertí? ¿Cuáles podían ser sus valores?

Fijé la vista en la alfombra. ¿Un niño de nueve años con valores? ¡Oye, Richard, no nos entusiasmemos demasiado!

Leslie me vio hundirme en mis pensamientos y volvió a su computadora.

"Quiere saber lo que yo sé. Explicar es fácil, pero más allá de los detalles no hay emoción, no hay mucho que sentir. Dudo de que él pueda cambiar eso, pero no

hay nada de malo en que yo enseñe y él aprenda. ¿Dónde está escrito que deba ser una calle de doble sentido?

Ella no apartó los ojos de la pantalla de la computadora.

— ¿Dónde está ahora?

— Ya veremos. —Cerré los ojos. Nada. Ninguna imagen. Ningún niño que hubiera sido yo. Un vacío negro e informe.

— ¿No te parece una locura, Wookie? —comenté—. ¡Se ha ido!

Esa noche, cuando me arrojé en la cama y cerré los ojos, el primer lugar en que miré fue la celda de la mazmorra.

—Dickie —llamé—. ¡Perdona! ¡Me olvidé!

La gran puerta estaba abierta.

—¿Dickie? ¡Hola!

Adentro, nada. Un banco, un camastro, el lanzallamas apagado. "Pasó décadas aquí porque yo decidí no ser jamás títere de los sentimientos, arrastrado de un lado a otro, sin poder de decisión mientras la razón languidecía. ¿Por qué exageré tanto esa elección? ¿Por qué el ensañamiento? ¿Acaso no estaba muy seguro de quién era yo?"

"Hoy ya no hay dudas", pensé; "hoy puedo volver y mitigar el ensañamiento. He tardado un poco en descubrir mi lado humano. Tardar un poco es mejor que seguir atado a piedras emocionales que ruedan cuesta abajo."

—¡DICKIE!

Ecos.

"Está en algún lugar de mi mente", pensé. "Hay montones de sitios oscuros donde ocultarse, si no quiere salir.

Pero, ¿por qué no querría estar conmigo? ¿Porque sobrevivió por su cuenta durante todos estos años y sabe que no es muy prudente confiar en el carcelero?"

"Se escabulló cuando dejé de hablarle, al regresar del aeropuerto. Cuando lo transformé de ser humano en extraño truco de la mente, desapareció por la puerta sin que yo me diera cuenta siquiera.

"¿Qué es esto en lo que he caído?", gruñí; "¿tengo que hablar constantemente con él para que no huya?"

"Tal vez hablar con él, no", pensé, "pero al menos limpiar de telarañas y espinas el sendero cerebral entre él y yo. Quizá bastaría con interesarme por él."

—¡DICKIE!

No hubo respuesta.

Me elevé en mi sueño a altitud de helicóptero y realicé circuitos de búsqueda, mirando. Vi laderas escarpadas, la rocosa Arizona, calor de sol a mediodía.

Aterricé a orillas de un extenso lago seco; hasta donde llegaba la vista, la superficie era como azulejos destrozados.

Muy lejos, en el centro de ese horno, se erguía una pequeña silueta.

La distancia era mayor de lo que parecía y, mientras corría hacia él, me pregunté por qué ese paisaje perverso. ¿Quién lo había elegido: él o yo?

—¡DICKIE!

Giró hacia mí, observando mi avance, pero sin moverse ni hablar.

—Dickie -jadeé—. ¿Qué haces aquí?"

—¿Vas a encerrarme otra vez?

—¡No! ¡Jamás! ¿Cómo puedes pensar eso, después de haber volado conmigo? Fue el vuelo más bello de mi vida, y lo fue porque estabas allí, volando conmigo.

—¡Me aislaste! En cuanto iniciamos el regreso a casa dejaste de pensar en mí. Soy yo quien debe decidir y sé perfectamente que puedo irme, ¡no creas que no! Puedo dejarte y no volver más. ¿Qué sería de ti entonces?

Lo dijo como si fuera mi obligación responder, como si su partida fuera una catástrofe, como si yo no hubiera vivido sin él la mayor parte de mi vida sin tener el menor problema.

—Lo siento. No te vayas, por favor.

— Soy fácil de olvidar —dijo.

—¿No puedo saber quién eres? ¿No podemos ser amigos? —"Yo sobreviviría", pensé, "pero detesto que desaparezca ahora, el inocente sin descubrir, perdido en la tierra quemada de mi propio interior."

El no respondió. "Este puede ser un trayecto largo y penoso", pensé, "pero él no es tonto al huir de mí. ¿Por qué confiar en un tipo que lo metió en una mazmorra y se fue para siempre? Si hay un tonto aquí, no es el pequeño."

Me senté en las placas de arcilla seca que formaban el lecho del lago, contemplando las colinas a los lejos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Lo dijo con tristeza:

— Este es mi país.

—¿Tu país? ¿Por qué este lugar, Dickie? Podrías haber elegido cualquier sitio de mi mente, podrías haber escogido el lugar perfecto para estar, si hubieras querido.

— Este es el lugar perfecto —dijo—. Míralo.

—¿Está muerto! ¿Eliges el lago seco más grande del desierto meridional y dices que es tu país, que es tu lugar perfecto?

—No es un lago seco.

—Hasta donde llega la vista —dije—, plano como un horno, barro cocido en pequeños cuadrados rotos, kilómetro tras kilómetro. Si esto no es el Valle de la Muerte, ¿qué es?

Apartó la vista de mí, mirando a lo lejos.

— No son cuadrados rotos —dijo—. Cada uno es diferente. Son tus recuerdos. Este desierto es tu niñez.

En mi mente todas las palabras se hicieron añicos; callé a modo de respuesta.

"Tiene razón", pensé por fin: "este es su país. Esas pocas veces que busqué un viejo recuerdo, vine aquí: seco, muerto, perdido, todo lo que antes fue convertido en polvo." Al cabo de un tiempo me encogí de hombros: una niñez feliz, pero una memoria terrible, y aprendí a vivir sin mi juventud en su mayor parte. Y allí estaba.

El se volvió para mirarme, su adulto, después de tantos años, con él en persona.

Encontré mis palabras otra vez.

— ¿Los recuerdos están muertos para ti también?

— Por supuesto que no, Richard.

— ¿Por qué tienen este aspecto?

— Están sepultados. Todos. Puedo sacarlos, si quiero. — Me sonrió como si acabara de arrojarme un cántaro de agua a la cabeza y tuviera mil cántaros más.

— ¿Toda mi niñez?

— Sí —dijo—. Si tú me abandonas, yo te abandono. Toqué la tierra dura debajo de mí, y arranqué la corteza de un polígono recocido. La arcilla podría haber sido una placa de acero deformada.

— ¿Aquí está el depósito de agua? ¿Por qué me acuerdo del depósito de agua? ¿Qué significa?

El rió, imitando mi voz lo mejor que pudo.

— Supongo que es la cosa más grande de los alrededores.

— Por favor, Dickie, necesito saber. Te cambio el viaje en avión por el depósito de agua, ¿qué te parece?

— Ya tengo el viaje en avión —dijo—. Me lo debías. Y me debes un millón más.

"Nadie dijo que debamos simpatizar", pensé. Pero yo no sabía que acabaríamos en negociaciones básicas sobre una mesa de hierro. Eso no iba a resultar.

— Tienes razón, Dickie. Lo siento. Te debo un millón de viajes en avión y te debo aún más. Te debo todo lo que he aprendido en estos años desde que éramos uno solo, y voy a pagártelo. Te lo prometo. Quédate con tus recuerdos. No me debes nada. Soy yo el que está en deuda contigo.

Abrió la boca, sorprendido.

— ¿Lo dices en serio?

— Puedes huir todo lo que quieras. Yo seguiré viniendo y tratando de corregir las cosas mientras tenga vida.

Entonces hizo algo muy extraño. Caminó un par de metros y, alargando la mano hacia la arcilla seca, tocó uno de los mosaicos, imposible de distinguir entre los otros. Ante su contacto el trozo se levantó: un panal de vidrio ambarino saliendo

de su desértico estuche.

— Aquí tienes tu depósito de agua —dijo.

Y me arrojó aquel delicado objeto, que se hizo trizas en el suelo, delante de mí..

Apenas el recuerdo se hubo roto, cuando los fragmentos todavía estaban volando, el mundo cambió a mi alrededor. Memoria total.

Había serpientes de cascabel fuera de la casa, recordé; escorpiones dentro, ciempiés en la ducha. Pero para un niño que vive en un rancho de Arizona esas son vicisitudes manejables.

No te pongas los zapatos sin golpearlos primero contra el suelo, para que escapen los bichos que se hayan metido durante la noche. No metas la mano entre las piedras o la leña sin mirar antes, por si alguien pudiera considerarte un intruso y advertírtelo por medio de un ataque.

El desierto era un mar de salvia y roca. Las montañas, islas en el borde del horizonte. Todo lo demás, aplastado, tiempo atrapado en piedra arenisca.

Vi que no era un depósito de agua, en realidad, sino más bien un molino de viento. La única dimensión vertical de mi vida era esa alta estructura. Todos los días alguien debía subir por la escalerilla de madera del molino y anunciar el nivel de agua del tanque descubierto, encaramado a buena altura por encima del tejado. Mis hermanos lo hacían como si fuera una tarea aburrida. Para mí, la empinada escalerilla era el patíbulo del verdugo. Lo que me aterrorizaba no era la altura, sino caerme desde tan alto, pero no podía explicarlo.

Bobby trataba de hacerme subir.

—Te toca a ti, Dickie. Ve a ver el nivel de agua. —No me toca.

— ¡Nunca te toca! Roy sube, yo subo. Tú también tienes que hacerlo.

—Soy demasiado pequeño, Bobby. Deja que no lo haga.

— Tienes miedo, ¿verdad? —bromeaba—. ¿El pequeño tiene miedo de subir al depósito?

Pasaría medio siglo sin que yo supiera lo mucho que quería a mi hermano; en momentos como ese era fácil desearle la muerte.

— Es demasiado alta.

—El bebé tiene miedo de subir.

Y allá iba él, sin la menor preocupación; trepaba por la escalerilla hasta el borde del tanque, anunciaba dos mil cien litros, volvía a bajar y se iba a nuestro cuarto para leer un libro.

¡Qué fácil habría sido admitirlo! "Tienes razón, Bob, soy un bebé que tiene mucho miedo de subir, soy un pequeño completamente convencido de que va a resbalar y a caer, estrellándose probablemente tres o cuatro veces contra la escalerilla, perdiendo miembros en el trayecto, para acabar de cabeza contra una piedra afilada, y preferiría dejar esa experiencia para cuando sea mayor, gracias."

Hoy puedo decirlo y sentir que mi hermano me habría aceptado, de cualquier modo. En ese momento, empero, admitir que uno era un bebé resultaba inconcebible hasta para los bebés. Y el depósito se erguía como un gigantesco signo de exclamación tras la palabra "cobarde".

Yo odiaba ese lugar elevado tal como el alfiler odia al imán. Esa madera alta y tosca era un monumento de desprecio hacia los bebés, hacia los mariquitas que se dejaban do-minar por el miedo, hacia los muchachos convertidos en fracaso

antes de terminar el segundo grado.

De vez en cuando, durante el año que pasamos en el rancho, me descubría solo en el primer peldaño de la escalerilla, a treinta centímetros del suelo. El segundo peldaño era algo más estrecho que el primero y estaba a sesenta centímetros. En el tercero comenzaba el miedo: noventa centímetros; allí era donde casi siempre iniciaba el descenso.

Si me atrevía a erguirme en el cuarto, mirando hacia arriba, la escalerilla era una vía de ferrocarril de madera que apuntaba casi en línea recta al cielo. Se inclinaba hacia adentro, sí, pues estaba atornillada a la estrecha torre de perforación, pero no había barandilla; la mano que asía esos peldaños de cinco por diez se iba debilitando por el miedo cuanto más se subía.

En el quinto peldaño quedaba petrificado, faltando veinte para llegar arriba. No había nadie mirando; desde allí podía caer y matarme. "Y si estuvieran mirando, ¿en qué cambiarían las cosas, Dickie?. Puedes matarte igual. Estás solo y es hora de bajar. Sentarse en el suelo tiene sus ventajas: no corres ningún peligro de caer."

Con cuidado, con muchísimo cuidado, bajaba un pie y luego el otro, hasta la arena. Ya en la tierra temblaba de alivio y cólera.

"¡Detesto ser un cobarde! Me aterroriza morir. ¿Por qué arriesgar la vida por algo que está plantado aquí, sin que le importe lo que hago, y si de cualquier modo nadie me pide ya que suba a ese estúpido depósito?"

Me reclinaba contra la madera. "En el tercer peldaño no se estaba tan mal. Puedo subir hasta el tercero y acostumbrarme; después, si quiero bajo, si quiero subo. Si puedo subir al tercer peldaño y silbar, voy bien. Si no puedo silbar, me quedo quieto hasta que pueda o bajo sin que nadie se haya enterado."

Maldecir a un depósito no es fácil cuando uno no conoce más palabrotas que "cáspita", y cáspita sería mi límite durante muchos años aún. Cáspita no convierte el miedo en cólera, como lo hace un vocabulario moderno; el ascenso era largo y lento hasta el quinto peldaño.

Pero la idea daba resultado. Entablar amistad con cada peldaño, paso a paso. Cada uno tenía su personalidad. "Si logro quedarme lo suficiente como para conversar con cada peldaño, tal vez pueda trepar."

Cuando logré silbar en el quinto subí al sexto. Un largo rato allí... difícil respirar, más difícil aún silbar. ¿Por qué me parece tan alto, si estoy sólo a un metro ochenta del suelo...? Mis pies están sólo a un metro ochenta del suelo. Mi cabeza, el centro de la conciencia, de la vida y el ser, ¡está casi a tres metros! No alcanza el aire para silbar.

Pero caramba, si es así no tengo que subir otros diecinueve peldaños. Bastará con subir lo suficiente para mirar por encima del borde del tanque. No son los pies los que deben mirar adentro, sino los ojos. ¡Entonces hay tres escalones y medio que no necesito subir!

Silbé en el sexto y ascendí al séptimo.

No mires abajo, me habían dicho mis hermanos.

Un débil silbido; me sentía tan cómodo como si estuviera mirando a un escorpión que se arrastrara en la cama hacia mí. "Prefiero estar aquí, en la escalera, y no que un escorpión se arrastre hacia mí, con el aguijón por encima de la cabeza

y las pinzas abiertas." Silbido. Otro peldaño.

Sentí que las manos se me aflojaban en los peldaños, pasé el brazo derecho alrededor de la madera y lo apreté contra mi pecho. Para caer tendría que desprendérsese el brazo.

Pero también podía desprenderse todo el peldaño y yo caería hacia atrás. ¿Qué hago aquí? ¡Me voy a matar sin ningún motivo! ¿Por qué hago esto?

Estaba en el peldaño diecisiete, rodeando con ambos brazos la escalera, que a esa altura no llegaba a los sesenta centímetros de ancho. A la altura de mi hombro estaba el costado del tanque de agua, reconfortante masa de tablillas oscuras, pero sin nada a lo que aferrarse, nada a lo que agarrarse cuando los peldaños se desprendieran del depósito. No hubo silbido. Apenas podía abrazarme a la madera y rechazar el terror aullante. Y todavía faltaban tres peldaños.

Dos peldaños, me dije. Sólo dos peldaños más. No me importa que falten tres, sólo tengo que subir dos. No voy a mirar abajo: Miraré hacia arriba. Levantaré la mirada hacia las colinas... A la hora de cenar, papá reza en la mesa, aunque nadie va a caerse de allí. ¡Santo cielo, qué alto es esto! Dos peldaños más.

Dos peldaños más arriba me descompuse al ver el borde del tanque. No por verlo, sino por pensar que estaba al alcance de mis dos manos; si me agarraba allí quedaría colgando del borde, y no podría volver a poner los pies en la escalerilla y quedaría suspendido en el espacio hasta que los dedos cedieran lentamente...

"¿Qué estoy pensando? ¿Qué pasa con mi mente? Basta. Piensa sólo en que falta un escalón."

Todo el borde del tanque está alquitranado. Alguien subió hasta aquí, una vez, y no sólo subió, sino que trajo un tarro de alquitrán en una mano y un pincel en la otra, y cubrió de alquitrán todo el borde para que la madera no se pudriera. ¿Tenía miedo? Estuvo aquí antes de que yo llegara y no tuvo terror de caer, sólo se preocupaba por la carcoma. Debió de sentarse en el borde del tanque y se fue deslizando alrededor, pintando hasta que se le acabó el alquitrán; entonces bajó, buscó un poco más, volvió a subir y terminó su trabajo.

¿Por qué tengo tanto miedo? Yo no tengo que pintar nada, no tengo que hacer nada, sólo subir un peldaño más y mirar por encima del borde de este tanque.

Tenía treinta y siete centímetros de ancho ese último peldaño hacia el que me estiré, izándome, mirando hacia la rueda del molino de viento; enorme, ahora, a un metro ochenta por encima de mi cabeza.

Veo los tornillos y los remaches en las aspas, manchas de herrumbre. Una leve brisa movió las aspas dos centímetros; un segundo después, cuando cesó, la rueda retrocedió esa misma distancia. Ver la rueda tan cerca empeoraba las cosas, si es que eso era posible. La escala estaba terriblemente mal... la rueda debería ser pequeña, el objeto más alto en muchos kilómetros a la redonda. No podía ser ese enorme disco por encima de mi cabeza, por favor, porque eso significaba que yo era casi el objeto más alto, el que caería desde más arriba de cuanto estaba a la vista.

¿Y si alguien me veía en ese momento? "No, por favor; alguien me llamaría, y si tuviera que responder y sujetarme al mismo tiempo no podría hacerlo, caería. Por favor Bobby por favor Roy no salgáis no me veáis."

Giré la cabeza, centímetro a torturante centímetro, miré por encima del borde del tanque. Por la cara interior, hacia abajo, pulcros números pintados en blanco:

cifras bajas en el fondo, cifras altas arriba. Y en el fondo del tanque, tan extraña a esa altura en el aire, ¡agua! Agua verde clara, no muy profunda, un estanque inmóvil justo por debajo del número 400.

"Roy ha estado aquí y ha visto ese número, Bobby ha estado aquí en el mismo lugar donde yo estoy en este momento. Sé que moriré dentro de pocos segundos cuando un terremoto me desprenda o el viento me arranque, ¡pero soy tan valiente como mis hermanos!

Ahora sólo hay que bajar, peldaño a peldaño, pero ya HE TRIUNFADO. ¡YA HE TRIUNFADO!

Forcé una rígida sonrisa letal, aferrado al cielo como una sanguijuela muerta de hambre. "¡Jamás volverán a decir que tengo miedo!"

Muy despacio, giré la cabeza, aparté la vista del tanque y del depósito.

Mientras subía, alguien había cambiado el mundo. Allá abajo, nuestro tejado, con hollín en la chimenea y tablillas que faltaban aquí y allá; una maravillosa casa de juguete para personas de juguete, no más grande que mi dedo. Cactus que no eran monstruosos centinelas, sino inofensivos alfileros enanos. Allá los burros, pastando en el corral, suaves como ardillas; aquí el portón y allá la carretera, Bisbee a un lado, Phoenix cien millas hacia el otro. ¡Si pudiera volar!

Allá las montañas todavía por encima de mí, pese a mi altura. "Algún día; Dickie", susurraban. "Cuando nos mires desde arriba, ¿pensarás que el mundo es un juguete? Y en ese caso, ¿cómo vas a jugar?"

Me estremecí, terror helado por el más mínimo movimiento de los ojos o el cuello, temblando sin poder dominarme. Voy a caer y moriré antes de llegar sano y salvo al suelo, pero nunca había visto...

Desde el aire... ¡todo cambia! ¡Es hermoso! ¿Cómo puede la vida ser tan simple en tierra y tan gloriosa desde el aire?

Dickie bajó la vista hacia donde yo estaba sentado en el lecho del lago, con un levisimo rastro de alivio en la cara. Un recuerdo levantado, entre el peso de miles.

— ¿Cuándo? —pregunté, deslumbrado por lo que él acababa de mostrarme.

— Teníamos siete años. Tú te convertiste en adulto y te fuiste solo cuando yo tenía nueve, al morir Bobby. A partir de entonces sólo te interesó el futuro; querías crecer, salir y viajar con poco equipaje. —No era una queja; sólo me recordaba lo que yo ya sabía—. Me dejaste todos los recuerdos que no deseabas. Aquí están todos, pero no me enseñan nada, no puedo interpretarlos sin ti. —Su voz se esfumó, tan débil que apenas pude oírla sobre el silencio del desierto-. Podrías explicarme qué significan.

Me miró en silencio, todavía azotado por los misterios que me habían impulsado implacablemente a través de la infancia. "¿Soy el único que puede interponerse entre él y su ignorancia?", pensé. "¿El único que puede arrancarle el látigo de la mano, el único que vendrá a rescatarlo?"

— ¡Cuéntame! —dijo—. ¡Lo recuerdo todo y nada significa nada!

En vez de fundirme en su dolor fruncí el entrecejo.

— Claro que no, Dickie. Nada significa nada.

— ¡Pero para ti no son recuerdos vacíos! —Estaba desesperado por escalar lo que para él era un muro de cristal resbaladizo con signos de interrogación-. ¡El depósito de agua, Richard! ¡ ¡Tú sabes lo que significa!

Sin levantarme, alargué una mano para tocarle el hombro.

— Sé lo que significa para mí, Dickie. El depósito de agua tiene un millón de significados distintos que yo no elegí, significados que para mí no son ciertos. Nada tiene sentido mientras no cambie lo que pensamos y lo que somos.

— Estás hablando como los adultos —observó—. ¿Nada tiene significado?

— Hasta que procesas lo que ocurrió en tu mente —dije—. Subir al depósito de agua tiene un significado cero hasta que tú le das sentido. Si decides que esa lección, al aferrarte allá arriba en el aire, es que altura es igual a terror, toda tu vida cambia. "¿Un futuro con alturas? ¡Eso no es para mí. ¡Alturas jamás, por favor, gracias!"

— Esa decisión —proseguí—, esa lección que inventaste, hace que diez mil futuros sean más probables para ti y borra otros diez mil, incluyéndome a mí en eso. Nada de alturas quiere decir nada de aviones, nada de vuelos, nada de alas delta, nada de Shepherd, nada de recordar a Dickie ni de abrir su celda, nada de ti ni de mí en el centro de este lago de recuerdos.

— Tú no decidiste que altura era igual a terror.

— ¡Demasiada belleza, Dickie! Desde lo alto de ese molino el terror estaba escrito en minúsculas; en mayúsculas, ¡MARAVILLA! El significado que elegí me

cambió la vida: supera el miedo, mira la maravilla. Y sigue siendo verdad. — Observé sus ojos—. Tú eres la única persona que puede decidir si mi verdad es verdad para ti o si es un sinsentido —continué—. Los principios por los que yo estaría dispuesto a morir, los derechos más elevados que conozco, para ti son sugerencias, posibilidades. Tú eliges y vives las consecuencias. Cada sí, cada no, cada tal vez, crean la escuela que tú consideras como tu experiencia personal.

Pensé que el peso lo mantendría entretenido un rato, pero un segundo después se inclinó hacia mí, caballo de carrera en la línea de salida.

— ¿En cincuenta años tú has decidido, claro que para ti mismo, qué significa todo, cómo funcionan las cosas?

— En realidad sí —dije, modestamente—, en su mayor parte.

16

Desde que el lunático de Shepherd me habló acerca de un libro para el niño que yo había sido, una parte de mi mente trabajaba afanosamente en planearlo para él.

—Dilo con sencillez —pidió Dickie. ¿Era miedo lo que había en su voz porque su sueño de saber se había hecho realidad, pero era demasiado complejo como para que él lo entendiera?

Yo había intentado antes decir lo que pensaba sobre el mundo, aunque sin mucho éxito. Al fin y al cabo, se necesita un poco de teoría, algún desarrollo para sentar las bases. En cada oportunidad, invariablemente, después de dos o tres horas de elementos básicos, mis escuchas se derrumban como ídolos de piedra, con los ojos abiertos y en blanco, perdidos en el espacio. Justo cuando llego a la parte interesante, ellos se van y no escuchan.

Con Dickie, por fin, las cosas serían diferentes. Nada de lo que me parece electrizante me resultaría difícil de comprender a cualquier edad.

—Para encontrar tu rumbo en la tierra —dije, acomodándome en el suelo del desierto—, necesitas entender dos cosas: el poder del consentimiento y el propósito de la felicidad. Sin embargo, antes de que puedas saber estas cosas necesitas conocer el principio del universo en sí. Sencillo. Tres palabras: La Vida Es. Todo lo demás sigue en lo que yo llamo "cascada lógica". He aquí el camino...

El estaba de rodillas en el suelo, con los ojos casi a la altura de los míos.

—¿Cómo es ser viejo?

—¿Qué dices? —¿Sería posible que ese niño inteligente no me entendiera?

—¿Qué se siente —insistió él— cuando uno es viejo? Lo miré, parpadeando.

—¿Y el funcionamiento del universo?

—Lo estás inventando —dijo él—. Yo quiero saber lo que tú sabes.

—¿Que lo estoy inventando? ¡Estamos hablando de mi vida, es todo lo que dijiste que deseabas aprender! Creo que es importantísimo, caramba, el principio del universo. Cuando yo era tú habría dado cualquier cosa por descubrirlo. Además, si de algo no sé nada es de la vejez. No creo en la vejez.

—¿No puedes no creer en eso! —objetó—. ¿Cuántos años tienes?

—Dejé de contar hace muchísimo tiempo. Demasiado peligroso.

—¿Peligroso? —Tal vez no le interesaba mi filosofía casera, pero la edad era importante. ¡Cómo cambiamos!

—Contar es peligroso —repetí—. Cuando eres niño, crecer es divertido. Hay fiestas, regalos, Feliz Cumpleaños y tarta de chocolate. Pero ten cuidado, Dickie. Cada año de esa tarta es un anzuelo y, si tragas demasiados anzuelos, quedas atrapado en una idea de la que no puedes desprenderte más adelante.

—¿De veras? —Creía que yo estaba bromeando.—¿Cómo mueren los niños? —pregunté.

—Caen de un árbol, los atropella un autobús, quedan enterrados en una cueva...

—Exactamente —dije—. ¿Cuál es tu apellido? Arrugó la frente y me miró con la cabeza ladeada. ¿Era posible que el viejo lo hubiera olvidado?

-Bach.

—Te equivocas. Ese es tu segundo nombre. En esta cultura, tu verdadero apellido es un número, y ese número es tu edad. No te llamas Dickie Bach; te llamas...

—...Dickie Bach, Nueve.

-¡Eso es! Y la gente con números bajos por apellido casi siempre muere por Mala Suerte... por estar donde no convenía en el peor momento. Jimmy Merkle, seis, sujetó un puñado de globos demasiado grande, el viento lo impulsó hacia el mar y jamás regresó. Annie Fisher, catorce, quedó atrapada bajo el mar cuando un barco hundido rodó por un banco de arena. Dickie Bach, doce, estalló al fabricar combustible para cohetes con su equipo de química.

Asintió con la cabeza, con las líneas tendidas para sondear adónde iba yo.

—Pero tratándose de gente con cifras altas por apellido —continué—, se muere por Desgracias Inevitables; no hay salida. El señor James Merkle, ochenta y cuatro, perdió la semana pasada su batalla contra el letargo terminal. La señora Anne Fisher-Stovall, noventa y siete, aplastada por el Mal de Lothman. El señor Richard Bach, ciento cuarenta y cinco, murió de incurable ancianidad.

Eso último le hizo reír; ciento cuarenta y cinco años de edad es algo imposible.

— Bueno —dijo—, ¿y qué? ¿Qué tienen de malo los cumpleaños?

—Cuando los números son bajos, uno sabe que no debe morir. Cuando son altos...

—...sabe que sí.

—Si mi número es alto, debo morir. Eso se llama convicción por abandono: uno concuerda con las reglas sin haber pensado, se deja llevar porque eso es lo que se espera de él. Hay miles de esas en la vida si no te andas con cuidado.

—Y las convicciones por abandono son malas —dijo él:

—No todas. Si no aceptamos ninguna de las convicciones comunes no podemos existir en el espaciotiempo. Pero cuando no creemos en la edad, al menos no estamos obliga-os a morir sólo porque cambien nuestros números.

—Me gusta la tarta—observó él.

—Una vela por cada año. ¿Te comes las velas? Hizo una mueca.

— ¡No!

—Tarta, toda la que quieras, pero no comas tartas con velas.

—Los regalos me gustan.

—Renuncia a los cumpleaños, puedes recibir regalos cualquier día del año.

Calló durante un minuto para analizar eso. Todos sus conocidos tenían cumpleaños.

— ¿Estás demente? —preguntó.

Eché la cabeza atrás, riendo al recordar. En casa nuestros valores fueron siempre cerebrales. La primera palabra adulta que aprendí fue "vocabulario". Mamá me enseñó a leer en casa, antes del primer grado, y yo me sentía muy listo porque mis padres valoraban la inteligencia y no los sentimientos. Controlábamos las emociones; el intelecto corría libremente.

Recordé que no sólo sabía usar la palabra "demente"; también conocía "fiduciario", "egregio" y "polisílabo". Para lucirse estaban "anticonstitucionalmente" y "diisobutilfenoxipolietoxietanol". Nunca me gustó mucho la primera de mis palabras-espectáculo, pero hasta el día de hoy me encanta la cadencia de la segunda y la uso tanto como puedo.

—Claro que estoy demente, Dickie. En el buen sentido. —Acabas de quitarme mis cumpleaños. ¿Ese te parece buen sentido?

—Sí. Lo bueno es que te libera de las convenciones. También te quité otra cosa.

— ¿Cuál?

— Cuando no crees en los cumpleaños, la idea de envejecer se te vuelve algo extraña. No sufres ningún trauma por cumplir los dieciséis años, los terribles cincuenta o la mortífera centuria. No mides tu vida contando los calendarios que has visto, sino por lo que aprendes. Si tienes que sufrir un trauma, es mejor que sea por el impacto de descubrir el principio fundamental del universo y no por alguna fecha previsible como julio próximo.

—Los otros niños me señalarán con el dedo: El Niño Sin Cumpleaños.

—Cierto. Tú decides. Si crees que hay siquiera un buen motivo para contar las veces que has dado la vuelta al sol a lomos de este planeta, quédate con tus cumpleaños y cuenta con tu pequeño reloj. Trágate un anzuelo todos los años y paga el precio como todos los demás.

— Me estás manipulando —dijo.

—Te estaría manipulando si te obligara a renunciar a tus cumpleaños y tú quisieras realmente contarlos. Si no renuncias a ellos, yo no te he manipulado. Me miró de soslayo, para advertirme que no bromeaba. —¿Eres realmente adulto?

—Prueba contigo mismo —sugerí—. ¿Eres realmente niño?

— Se supone que sí, ¡aunque me siento mucho mayor! ¿Tú te sientes adulto?

—Nunca.

—¿O sea que esa sensación rara no se va? ¿Cuando soy joven me siento viejo y cuando soy viejo me siento joven?

—A mi modo de ver —dije—, somos criaturas sin edad. Esa rara sensación de ser más joven o más viejo que el cuerpo se debe al contraste entre el sentido común (nuestra conciencia debería sentir la misma edad que el cuerpo) y la verdad: que la conciencia no tiene edad en absoluto. Como la mente no puede coordinar eso según las reglas del espaciotiempo, en vez de inventar otras reglas renuncia al intento. Cuando percibimos que no tenemos la edad que indican nuestros números, decimos "¡Qué sensación tan extraña!", y cambiamos de tema.

— ¿Qué pasa si no cambiamos de tema? ¿Cuál es la solución?

—No pongas etiquetas a la edad. No digas "Tengo siete años", ni "Tengo noventa". En cuanto te dices "No tengo edad", no hay nada que ofrezca contraste y la sensación extraña desaparece. De veras. Prueba.

Cerró los ojos.

—No tengo edad —susurró. Un momento después sonreía—. Interesante.

—¿Verdad?

—Funciona —dijo.

—Si el cuerpo es la expresión perfecta de lo que pensamos del cuerpo — dije—, y si lo que pensamos del cuerpo es que su condición se relaciona íntimamente con la imagen interior, pero no con el tiempo, no tenemos que impacientarnos por ser demasiado niños ni asustarnos por ser demasiado viejos.

—¿Quién dice que el cuerpo es la expresión perfecta de lo que pensamos?
¿De dónde lo sacaste?

Me di una palmada en la frente.

—¡Ah! ¡Eso es filosofía! ¿No dijiste que lo estoy inventando? ¿Qué es demasiado difícil y aburrido para un chico de nueve años?

Me miró sin alterarse, con un atisbo de sonrisa. —¿Nueve años?

¿Quién?

— Deja que te cuente un cuento, Dickie.

— Me gustan los cuentos —dijo.

—Este cuento no es de tu memoria, sino de la mía. Tú recuerdas mi pasado, yo recuerdo tu futuro. Por lo menos, uno de ellos. Pero en vez de contártelo, voy a enseñártelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo con cautela, ya más curioso que asustado—. ¿Más filosofía?

— Un cuento. Un cuento verdadero de quién vas a ser. Aférrate a mi mente y observa lo que ocurre. Luego me dirás si es filosofía o no.

Poquito a poco Dickie se estaba convirtiendo en un amigo, un compañero de aventuras.

—Listo. ¡Vamos!

Cerré los ojos y recordé.

A buena altura en mi espacio interior vacío había una larga y sólida viga de acero, que pendía de un solo cable de plata, pesada y horizontal. Hacía años que yo vivía, jugaba y aprendía sobre esa viga, siempre tan cerca del centro que rara vez se inclinaba; en todo caso, la inclinación era casi imperceptible.

Pero en la adolescencia todos los valores son puestos a prueba.

— Ya sé qué podemos hacer —dijo Mike. Era verano, mediodía, en su casa; su padre, trabajando; su madre, de compras. Mike, Jack y yo estábamos aburridos. Yo me decía, ociosamente, que no me disgustaba mucho la perspectiva de comenzar de nuevo las clases, dentro de poco tiempo.

— ¿Qué hacemos? —pregunté.

— ¡Vamos a beber algo!

De inmediato me puse nervioso. El no hablaba de limonadas.

—¿Beber qué?

—¡CERVEZA!

—¡Eso es hablar! —dijo Jack—. ¿Tienes CERVEZA?

— ¡Toneladas! ¡Vamos a buscarla!

Me estaban empujando hacia donde yo no quería ir. De pronto me vi arrojado más lejos del centro que nunca; la viga que señalaba el equilibrio de mi vida se inclinó pesadamente debajo de mí.

—No creo que esto sea prudente —objeté—. Tu padre se dará cuenta. Cuando llegue a casa y no encuentre la cerveza...

—Nada —negó Mike—. Hay un montón, porque esta noche están de fiesta. Si falta un poquito no se dará cuenta.

Mike desapareció en la cocina y volvió con tres botellas en una mano, sujetas por los cuellos, tres vasos en la otra y el abridor entre los dientes. Dejó los vasos en una mesita.

"Esto es una locura", pensé. "¡No tengo edad para beber!"

—¿Qué hará cuando se entere? —pregunté—. ¿Matarte o sólo dejarte inválido de por vida?

—No se enterará —aseguró mi amigo—. Vamos, que tarde o temprano hay que pasar por esto. Más vale que sea temprano, ¿cierto, Jack?

—Claro.—¿CIERTO, JACKIE? —¡CIERTO! —¿CIERTO, DICK?

—No sé. Supongo que sí.

—Sirvamos. Para dos hombres y un bebé.

—Oh, déjame en paz —protesté.

"Quién sabe", pensaba. "Se supone que esto es delicioso. Refrescante para los días calurosos. Todos los hombres beben cerveza, menos mi padre. Un solo vaso no es suficiente para emborracharse. Y si está tan buena como dicen, ¿qué importa que me falten algunos años para esto?"

La balanza interior de acero se inclinó tan alocadamente que apenas pude mantenerme sobre ella. Ignoraba qué podía ocurrir si caía, pero no tenía interés en averiguarlo.

Mike destapó las botellas con un siseo y llenó los vasos hasta los bordes con una cosa amarilla y espumosa. Luego levantó el suyo con deleite, relamiéndose.

—Adentro, amigos. ¡Salud!

Bebimos.

Medio trago y se me cerró la garganta. Fría, sí. ¿Deliciosa? ¡Horrible! "Esto no me convence. Me falta edad para beber cerveza."

—¡Puaj! —dije—. ¿Y se supone que esto está bueno? —¡Está bueno! —dijo

Mike, con el vaso en alto, mirándonos a los dos.

—Sí —confirmó Jack—. No me costaría acostumbrarme a esto.

—¡Oh, vamos, hombre! —protesté—. ¡Estáis locos! Esta porquería sabe como mi equipo de química ¡Alguien lo puso en una cacerola y dejó que se pudriera!

—Fermentar. Se dice fermentar. —Mike olvidó que éramos amigos—. ¡Es cerveza, hombre! No importa qué sabor tiene o que no te guste. Te gustará cuando bebas más. ¡Pero ahora tienes que beberla!

Quedé petrificado de miedo. ¿Tenía que hacerlo, aunque no me pareciera correcto? "¿Esto es crecer? ¿Tener que hacer lo que otros dicen? No me gusta lo que está pasando. ¿Cómo salgo de esto? ¡Socorro!"

Como respuesta hubo un estallido en la parte posterior de mi mente: puertas desquiciadas, una fuerza lívida que entró tempestuosamente, echando chispas:

"¿Este idiota se cree con derecho a decirte qué debes hacer y qué no? ¿Cómo es eso? ¡No estás obligado a hacer nada que no quieras! ¿Y este payaso te ordena A TI hacer lo que EL quiere?"

Planté el vaso en la mesa, haciendo volar la bebida. —¡Yo NO TENGO que hacer nada, Mike! ¡A mí NADIE me dice lo que TENGO que hacer!

Los dos me miraron enmudecidos, con los vasos inmovilizados en el aire.

—¡A mí NO! —Me levanté de un brinco, cólera pura, desafiándolos a alzar un dedo para detenerme. — ¡NADIE!

Salí tempestuosamente, dando un portazo; observaba aquello tan estupefacto como los dos chicos. "¿Quién es este loco que se apoderó de mí? ¡Es un poco

exagerado que alguien a quien nunca he visto salte desde atrás, se apodere de mí y me arroje fuera del camino sin preocuparse por lo que yo pensaba ni por lo que pensaba nadie, está requeteloco!"

Caminé con paso altivo hacia mi casa, enfriándome rápidamente; de inmediato noté que la gigantesca balanza de acero, dentro de mí, estaba horizontal y firme como el granito ancho y macizo. Parpadeé, sonreí un poquito, solté una carcajada y apreté el paso. "¡Ese tipo es... feroz! ¡Y es yo! ¡Está de mi lado! ¿Quién eres, hombre?"

"Nadie te obliga a hacer nada. ¿Entiendes eso, Dick? ¡Nunca! ¡Nadie!; Ni Mike, ni Jack, ni mamá, ni papá, ni nadie te obliga en tu vida a hacer lo que no quieres!"

Me quedé boquiabierto. "¡Te interesas por mí!"

"Si. Hay otros que se interesan también por ti, aunque no los conocerás hasta más adelante. Importas, hijo, y si eres demasiado tímido para defenderte solo, yo lo haré por ti!"

"Un momento", pensé, "Mike es amigo mío. ¡No tengo por qué defenderme de mis propios amigos!"

"Tonto, retonto. Escucha, porque no volverás a verme hasta que pierdas otra vez el equilibrio y te asustes de nuevo. Mike no es amigo tuyo. Aprende desde ahora que tu mejor amigo es Dick Bach. Hay muchas facetas de ti mismo y puedes llamarnos cuando quieras. Nadie te conoce, nadie te conoce de verdad, salvo nosotros. Puedes destruirte o volar más allá de las estrellas sin que a nadie le importe, sin que nadie siga contigo a través de todo eso, ¡excepto nosotros!"

Pasó un minuto y pensé: "Gracias por salvarme antes. Lamento ser un tonto. Tengo mucho que aprender."

No hubo respuesta.

"Dije que gracias, ¿me oís? ¡En serio!"

No hubo respuesta. Mi recio guardaespaldas interior se había ido.

— ¿A mí me va a pasar eso? —preguntó Dickie, deslumbrado por el futuro y con un poco de miedo.

— Si eliges lo mismo que yo, sí. Pero como consecuencia de ese minuto ocurrió algo que deberías saber. —Enséñamelo —dijo.

Cerca de casa, aminorando el paso, me desvié hacia una parcela desocupada, alto y verde el trigo silvestre, y me dejé caer en la hierba que disimulaba el contorno del escondrijo que yo había cavado el verano anterior.

Me tendí de espaldas para mirar el cielo, contemplar las nubes de verano que flotaban muy altas, formas enmarcadas de menta, deslizándose en la brisa.

Siempre había pensado que cualquier voz dentro de mi mente debía de ser mi propia charla sin palabras, ecos en una caverna desierta. Fragmentos a veces pensativos, a veces parloteantes, a los que apenas prestaba atención, palabras animosas que saltaban para resistir al frío.

Pero, ¿facetas diferentes en mi interior? ¿Partes de mí mismo que no conocía? Burbujeaba de curiosidad.

"Si las voces interiores son más que ecos, ¿se trata de una familia a la que pueda adiestrar, para que dejen de ser un parloteo sin sentido y se conviertan en maestros y guías?"

Fruncí el entrecejo. "No. No es posible adiestrar a alguien para que sea mi propio maestro. ¿Cómo podría hacer semejante cosa?"

Eso parecía una investigación con un microscopio gigantesco. La respuesta estaba bajo la lente, pero algo, desenfocada. Yo me encontraba en el borde mismo; un pequeño giro, apenas, con cuidado...

"¿Y si mis maestros están aquí en este momento? "En vez de hablar siempre en mi mente, ¿por qué no escucho un poco, para variar?"

El mundo nunca había sido tan nítido ni los colores tan claros. Hierba, cielo y nubes, hasta el viento era brillante. "¡Mis maestros ya existen!"

"¿Y si todas estas facetas, dentro de mí, son amigas mías y saben mucho más que yo? Sería como si..."

"...como si usted fuera el capitán de una fragata, señor, un capitán muy joven en un barco maravillosamente veloz."

De inmediato el cielo y las nubes pasaron en mi mente a una escena distinta: un niño de uniforme azul, con charreteras doradas, oblicuamente erguido en el alcázar de un buque de guerra, con casco de ébano; arriba, en ángulo, brillantes nubes de lona.

¿Inventé yo la escena o alguien la pintó en un abrir y cerrar de ojos?

La nave continuó su marcha, con los imbornales de sotavento a flor de agua, cortando profundamente las olas: el niño, en la cubierta; la tripulación uniformada, trabajando cerca.

—¡Rompientes! —gritó un vigía—. ¡Hacia proa!

La nave continuó sin girar; cada madero, cada línea, cada metro de lona, cada vida de a bordo impulsándose en línea recta, sin variar el curso.

—Las rompientes son arrecifes, ¿no? —pregunté, pues había comprendido en un segundo, convirtiéndome en el niño—. Si no cambiamos de rumbo chocaremos contra los arrecifes, ¿no?

El primer oficial, impasible la cara curtida por el sol, con voz de años pasados ya bajo las velas:

— Sí, señor, así será.

— ¡Dígales que viren!

— Puede tomar el timón usted mismo, capitán, o dar la orden al timonel — dijo el primer oficial—. No obedecerá más órdenes que las que usted dé, señor.

Desde el alcázar pude ver que el agua azul estallaba en espuma a la distancia de diez o doce barcos.

"Nadie da órdenes en este navío sino el capitán." Giré hacia el timón, más asustado que autoritario.

— ¡Todo a estribor!

Las cabillas se oscurecieron instantáneamente bajo las manos, la nave viró, telones de llovizna en vuelo, galope tendido en el mar.

Arriba, la tripulación saltó hacia velas y brazas, en tanto la fragata se ladeaba contra el viento, cabeceaba de babor a estribor, con el trueno de las lonas en el cielo.

En el alcázar los oficiales observaban expectantes, sin decir una palabra al capitán. "La edad del patrón no importa, ni las consecuencias de su orden. El deber de la tripulación es ejecutar el mandato del amo. Sólo cuando el capitán lo indique pueden hacer observaciones."

La escena era más brillante que una película a todo color. Y era mi vida la que estaba en la pantalla.

"Yo no inventé la película, aunque la haya pedido; no la inventé. ¿Hay una tripulación invisible a mi alrededor? ¿Quién me entregó esa imagen?"

—Presente, señor.

Esa voz, nítida como la imagen, ¿era también imaginaria?

— Sí, señor, hablamos un idioma que usted ha descartado por un rato. Es su imaginación la que traduce nuestro conocimiento en escenas y palabras que le sirvan en su viaje.

— ¿Y vosotros habláis sólo cuando os lo indico?

— Con palabras, sí. En otras circunstancias somos sensaciones, intuición, conciencia.

La fragata avanzaba siseando, tan deseosa de girar en una dirección como en otra, según yo lo quisiera. Me encaminé a popa y aferré con ambas manos un lienzo de mesana. ¡Mi barco! ¿Por qué costaba tanto creer una idea que sonaba tan bien?

—Yo estoy al mando —dije, como última confirmación. —Sí, señor.

— ¿Y eres tú el que me salvó de Mike y de la cerveza?

— No, señor. Ese fue... en esta película es el segundo oficial. Daríamos la vida por usted, señor, pero de diferente modo; el Segundo piensa más en blanco y negro que el resto de nosotros. Cuando lo ve a usted en peligro acude a toda prisa, señor.

— ¿Y los demás no?

— Cada uno es diferente.

Me había sentido solo toda la vida. Había sido un niño callado, con un algo vago, poderoso y bueno que no lograba comprender, formado a mi alrededor.

Y de pronto comprendía. Ese algo eran mi nave y su tripulación secreta. ¡Nunca había comprendido que yo dirigía, con absoluta autoridad, la nave de mi vida! "Yo decido su misión, las reglas, la disciplina; a mi disposición están todas las herramientas y las velas, todos los cañones, la fuerza de todas las almas a bordo. Soy dueño y señor de un equipo de apasionadas destrezas que me llevarán a través de las mismas fauces del infierno en cuanto yo indique la dirección con un simple movimiento de cabeza."

— ¿Por qué no me dijisteis que existíais? —pregunté—. ¡Tengo tanto que aprender! ¡Os necesito! ¿Por qué no me dijisteis que estabais conmigo?

Tendido en la hierba, escuchaba el viento.

— No se lo dijimos, señor —fue la respuesta—, porque usted no lo preguntó.

Abrí los ojos a un largo silencio; Dickie estaba sentado a poca distancia, con los ojos cerrados, estudiando el barco.

— ¿Qué opinas? —pregunté—. ¿Es filosofía o no, amiguito?

Abrió los ojos.

— No lo sé —dijo, observándome—. Pero de ahora en adelante llámame capitán.

Le di con el puño suavemente, lo suficiente para expresar: "No es mala idea."

"Esto escapa a mi curiosidad", pensé, mirando el espejo sin ver, mientras me palmoteaba la cara con perfume marca macho. "La medicina es una calle equivocada."

La santurronería de la medicina me deja frío; sus principios me horrorizan. Es una locura que haya una droga para todo. Legal o no, prescrita o no, de venta libre o de venta clandestina en las calles, toda píldora nos impide conocer nuestra propia plenitud y aprender de lo que es verdad. El mejor tratamiento consiste en no elegir ninguna droga, por ningún motivo. "Para mí es un delito", pensé, "apoyar a esa gente que trata el cuerpo como si fuera una máquina y no el pensamiento manifiesto, que no logra ver más allá del primer biombo de la apariencia."

Leslie es el polo opuesto. Pasa horas leyendo en la cama, con libros de medicina en el regazo y los ojos como platos. A veces frunce el entrecejo, murmurando: "¡Alimentación! ¡Ejercicio! ¿Cómo pueden ignorarlos?" Pero además se deleita con la complejidad de los resultados médicos.

"Ella puede leer lo que quiera", me obligué a recordar, "puede estudiar hechizos con sapos y pollos, si le viene en gana. ¿Pero yo? ¿Apoyar un sistema de chaquetas blancas adicto a las píldoras, demasiado distraído para comprender que estamos implorando nuestra propia atención con un espectro de enfermedades creativas? ¡Difícil!"

En este estado de ánimo me encontraba al vestirme para el baile de caridad del hospital.

Un privilegio, había pensado Leslie, que nos invitaran a prestar la más ínfima ayuda al progreso del conocimiento de enfermedades asesinas y muertes dolorosas.

— ¡Vamos! —había propuesto yo. Rara vez veo a mi esposa vestida para un baile.

Demoler mis principios, fomentar la investigación que arrastra la conciencia hacia atrás, ¡qué poco precio a pagar por ese espectáculo!

Me puse mi chaqueta más oscura, coloqué un pequeño avión Cessna en la solapa y le saqué brillo con el pulgar.

—Ayúdame con esto, ¿quieres, tesoro? —pidió ella desde el baño—. La cintura me queda bien, pero la parte de arriba debe haber encogido o la mía se ha ensanchado.

Como siempre me alegra echarle una mano, corrí en su auxilio.

— ¡Listo! ¡Gracias! —dijo ella, echando la primera mirada al espejo. Se acomodó una manga—. ¿Qué te parece? ¿Sirve?

Oyó el golpe seco detrás de ella; después de un minuto se volvió para ayudarme a ponerme de pie, me apoyó contra el marco de la puerta y esperó una crítica verbal.

El vestido era suave líquido negro; el escote descendía hasta donde terminaba la raja lateral de la falda, envolviendo su cuerpo en una espiral de largo y sensual abrazo.

—Bonito jadeé, en diagonal—. Muy bonito.

Me tambaleé hasta la encimera y tomé un cepillo para peinarme. Cualquiera

intento, por desesperado que fuera, para ser merecedor de esa mujer cuando entráramos en el salón de baile.

Ella estudió su imagen en el espejo, evaluándola según cien normas duras, y emergió dubitativa.

—No es demasiado atrevido, ¿verdad?

Se me quebró la voz.

—Mientras no salgas del dormitorio —logré decir—, está bien.

Ella me frunció las cejas a través del espejo. Cuando Leslie se pone ropa formal, sus valores vuelven a ser los de su inflexible pasado hollywoodense, cosa realmente seria.

—¡Anda, Richie! Dime francamente lo que piensas. Si es demasiado, me lo quitaré.

"Quítatelo", pensé, "quedémonos en casa, Leslie; vamos a la otra habitación y quitemos, poquito a poco, ese vestido para noche de Oscar, y olvidémonos de ir a cualquier parte por una o dos semanas".

—No —le dije, pese a mi disgusto por la oportunidad perdida—. Es un vestido precioso. Muy adecuado, sumamente adecuado, diría yo, para el baile. Esta noche hay luna llena; lo más probable es que la policía ni siquiera atienda el teléfono.

Ella continuaba escéptica.

—Lo compré antes de que nos conociéramos, Richie; tiene veinte años —observó—. ¿No sería mejor usar el de seda blanca?

—Mejor, tal vez —le dije por el espejo—. Más seguro, sin duda. En esta ciudad nadie ha visto en su vida un vestido como ese. —Veinte años y ni siquiera por cortesía podía dejar de mirarla. "Me ha hechizado", pensé. "Leslie siempre se viste como para matar, pero francamente, ¿esto va a ser un asesinato en masa!"

Recordé una nota que yo había escrito antes de conocerla; años después la encontré en el fondo de un cajón: "Los amantes que se van convirtiendo cada uno en el ideal del otro se tornan mutuamente más atractivos con el correr del tiempo." Era verdad: allí estaba ella, colocándose el collar, ¿una sarta quedaba mejor que dos? ¡La mujer del espejo era mi esposa!

La contemplé fijamente, maravillado. Si me parece tare magnífica, ¿es porque existe una campana de cristal subjetiva sobre los amantes? Por mucho que cambien para el mundo, ¿son siempre hermosos cada uno para el otro? ¿O acaso es deliberado, ha ocurrido porque nosotros hicimos que fuera importante, un don de cada uno al otro, estar mejor con cada año que pasa?

Nada de fumar, nada de beber, nada de drogas ni contactos íntimos con otros hombres o mujeres. Ni carne ni café, azúcar, grasa, chocolate, exceso de trabajo ni tensiones. Aminorar la marcha, comer menos, hacer mucho ejercicio, jardinería y ala delta, natación, yoga, aire y zumo fresco, música, estudiar, conversar y dormir. Cada uno luchaba ferozmente para renunciar a algo o para hacerse de tiempo, contra una avalancha de objeciones; cada uno tenía su meta, ganada después de algunas o muchas recaídas inquietantes. Para mí, el peor demonio era el chocolate; para ella, las implacables jornadas de trabajo.

—No se puede renunciar a tanto sin alguna recompensa —dije.

—¿Cómo dices? —Era casi la hora de salir. Un mechón de pelo rubio quería rizarse a la izquierda y ella lo es-taba poniendo en su sitio pacientemente. Demasiado tarde para cambiarse de ropa. El vestido asesino iría con nosotros. ¿Cómo hacen para que la ropa femenina se adhiera a curvas tan inverosímiles?

—Eres tan hermosa que apenas puedo respirar. Ella se apartó del espejo para sonreírme.

—Lo dices de verdad, ¿no? —Me alargó los brazos—. Oh, gracias, Wookie. Disculpa si a veces me concentro tanto. No quiero que te avergüences de mí cuando salimos.

La abracé; luego la dejé en libertad para que terminara. ¿Por qué el aspecto es tan importante? Antes me parecía indigno imponer a mi pareja la condición de que fuera hermosa. La exigía, pero sin saber por qué. ¿Acaso lo que importa no es lo de adentro?

Si mi esposa y yo no nos hubiéramos parecido mutuamente hermosos, nunca habríamos podido superar las tormentas cuando todo lo demás estaba perdido. Más de una vez mascullé: "No la entiendo. ¡Terca y loca perfeccionista! ¡Si la condenada no fuera tan hermosa, juro que la abandonaría para siempre!"

Sin embargo, hubo en mi pasado mujeres hermosas a las que abandoné sin pensarlo dos veces, cuando hubimos aprendido lo que cada uno debía aprender del otro. Hay mujeres llamativas que se vuelven feas cuando uno llega a conocerlas. Otras, las únicas, las almas gemelas, cuanto más amigas son, más hermosas resultan.

¿Eramos así Leslie y yo? ¿Habría yo adivinado que esa Belleza de fuego fatuo podía quedarse acurrucada a nuestro lado y brillar aún con más fulgor? Sólo me había ocurrido una vez, y aquí está ella.

Terminó bruscamente con el espejo y, después de echar-se una estola de seda negra sobre los hombros, alargó la mano hacia su bolso.

— ¡Justo a tiempo!

—¡Bien!

—¿Me amas?

— Sí —le dije.

—No sé por qué...

—Porque eres cariñosa, cálida, ingeniosa, hábil, amable, inquisitiva, sensual, inteligente, creativa, serena, polifacética, libre, franca, expresiva, expansiva, chispeante, práctica, deliciosa, bella, positiva, talentosa, clara, ordenada, penetrante, misteriosa, cambiante, curiosa, alegre, imprevisible, poderosa, decidida, aventurera, seria, sincera, valerosa y sabia.

—¡Caramba! —dijo ella—. ¡Tendría que terminar a tiempo con más frecuencia!

Cuando entramos me sentí como Robin Hood disfrazado; el salón de baile era gemelo del de Nottingham.

La gente saludaba con la cabeza, reía y brillaba, sorbiendo burbujas en copas de cristal de pie alto. "Atrapado", pensé; "yo, el enemigo mortal de las drogas, rodeado por médicos de todo tipo. Estoy condenado; en el primer Brindis de la Aspirina me sorprenderán arrojando la mía al tiesto de la palmera y se armará un escándalo, un bramido de de-dos señalándome.

"La escalera", pensé. "Huiré escaleras arriba para saltar hacia las cortinas y lanzarme por esas altas puertas francesas; con una explosión de cristal y astillas saltaré por encima del balcón a la cornisa y, trepando por las gárgolas de la pared hasta los tejados, me perderé en la noche.

"Soy un estudiante autodidacta fracasado, un aviador de henares, vendedor de paseos en biplano por las llanuras del Medio Oeste, un miembro de la más baja casta fiscal, apenas recuperado de la bancarrota... ¿qué puedo tener en común con esta gente tan sofisticada? ¿Por qué ganarme la entrada a la más pequeña minoría del mundo, la de Todas Las Drogas Son Malas, para luego correr al Baile de la Mayoría? Para contemplar a mi esposa", recordé.

A Leslie le brillaban los ojos cuando le retiré de los hombros la estola de seda.

La tomé de la mano, esperé un compás o dos junto ala pista de madera dura y luego dejé que la madera se disolviera en planicies de trigo; ella y yo, los grandiosos y elegantes, las penetrantes brisas, entramos desde Austria, impulsados por gallardas isobaras de Strauss. No puedo decir qué parecemos cuando bailamos, pero así es como uno se siente, flotando con la música.

—Cualquiera diría que los médicos han de estar hartos de la anatomía, viéndola todos los días —le dije mientras girábamos.

—¿Sí? —observó ella, majestuosa. Su pelo se movía con el viento de la danza.

—No. Desde que entraste aún no he podido verle la nuca a un solo hombre.

—Tonto —protestó, aunque lo que yo decía era bastante cierto.

¡Qué seguro vivía antes de aprender a bailar! Ser maestro de la danza ajena no involucra riesgos ni esfuerzo; ese es el tipo de maestría que me resulta más fácil.

Sin embargo, disfrutar por intermedio de otros carece de la exaltación que brinda la música al inundar el cuerpo en movimiento. Para obtener eso tenía que salir a una verdadera pista de baile y aprender a bailar de verdad, con mi propio cuerpo, tropezando como un idiota en alguna academia llena de espejos. Lúgubre idea. "No he llegado hasta aquí", dije a mi esposa, "para volver a convertirme en un torpe aprendiz de nada."

Leslie, que no estaba de acuerdo, tomó lecciones sin mí; después de una noche de baile llegaba a casa tan radiante que despertó mi curiosidad. ¿Qué tenía de divertido bailar?

Ella me enseñó uno o dos pasos; en un momento, la digna seguridad me resultó menos interesante que aprender con ella.

Y así, claro está, mis miedos se convirtieron en realidad. Durante semanas enteras fui la bestia escapada del sótano de Frankenstein. Unos electrodos atravesados en el cerebro habrían sido menos llamativos que mis monstruosas botas aplastando a cualquier instructor que no fuera el colmo de la agilidad. Pero si uno no renuncia, tarde o temprano...

Ahora me entregaba a la música; no veía a nadie en el salón, salvo a ella. "Gracias, valiente Richard de antes", pensé, "por huir por fin de la seguridad de quien no baila." En la música se estaba como en el paraíso y Leslie debía de estar pensando lo mismo.

-Cuando eras pequeño, Wookie, ¿pensabas a veces que habías venido a la tierra desde las estrellas?

—Ajá. Lo sabía. —"Mis telescopios caseros", recordé. Mirar por la lente era como mirar por las ventanillas de una nave espacial, buscando el hogar.

—Yo también lo sabía —dijo ella—. Pero no desde un planeta que existiera. Desde Allá Afuera, simplemente.

Asentí con la cabeza, esquivando a otros bailarines, y cambié las vueltas hacia la izquierda por vueltas hacia la derecha.

—Si alguien me hubiera pedido que señalara el camino al hogar —dije—, yo habría señalado hacia arriba. Y no supe por qué hasta no hace mucho tiempo.

Ella inclinó la cabeza hacia un costado.

—No podía señalar hacia adentro: un espacio estrecho, lleno de órganos, donde apenas había sitio para respirar. No podía señalar a la derecha ni a la izquierda: esas direcciones sólo me llevaban a un aquí diferente. Sólo me quedaba señalar hacia arriba, lejos de la tierra, y por mucho tiempo sentí nostalgia de las estrellas.

—Yo todavía la siento —dijo ella—. Si la gente de los platillos volantes descendiera en el tejado, ¿no les diríamos que nos llevaran a casa?

La imagen me hizo sonreír. El tejado no es tan fuerte, como para resistir a una nave espacial. ¿Volaríamos con visitantes del espacio exterior que nos hubieran aplastado la cocina?

—No podrían llevamos a casa —objeté—. No es de las estrellas de donde venimos. La gente que viene de más allá del espacio/tiempo ¿cómo puede señalar el camino de su casa?

—Debe de haber mapas —dijo ella.

No supe contestar; pensé en lo que ella había dicho hasta que la música llegó de nuevo a sus comienzos y cesó finalmente, con un suspiro.

"Hay mapas, sí", pensé. "En aquellos tiempos yo no señalaba las estrellas: apuntaba fuera de la tierra. Cuando sabía en mis adentros que el hogar no es un planeta, trataba de demostrarme que el hogar no está en ningún sitio, pero sólo hace poco tiempo recibí el mensaje."

Nos abrimos paso hasta una mesa, donde entablamos relación con unos desconocidos: un médico y su esposa, una administradora de hospital y su marido. "¿Qué se dice después de "mucho gusto?", me pregunté.

"¿Se sienten ustedes responsables de algún modo por esta sociedad basada en drogas que hierva a nuestro alrededor? ¿Los hace felices creer que somos pasajeros indefensos de nuestros cuerpos? ¿Es cierto que los médicos son el grupo profesional que más teme a la muerte? ¿Que la tasa de suicidios, entre ellos, es más elevada que en cualquier otra profesión?"

Pensé en preguntar: "¿Hay algún umbrólogo aquí?" ¿Umbrólogo?

"Un médico especialista en trastornos de la sombra", habría dicho: "fracturas de sombra, sombras deformadas, ausencia de sombra o hiperumbría... actividad anormal de la sombra. ¡Umbrólogos, ya sabe! ¿Hay umbrólogos aquí?"

"Eso es demencial", se habrían reído ellos. "Lo que el cuerpo hace, la sombra lo imita."

"En ese caso también es demencial", habría dicho yo, "olvidar que lo que la creencia hace, el cuerpo lo imita. ¿Que aquí no hay umbrólogos? ¡Todos los médicos del salón!" Y me habría retirado.

No dije nada de eso y no me retiré.

— ¡Usted pilota un Skymaster! —observó la administradora.

La miré. ¿Acaso los médicos leen la mente?

—Por su alfiler de solapa —explicó ella—. Es una Cessna Skymaster, ¿no?

— ¡Ah! Sí, claro —confirmé—. Son pocos los que lo notan.

—Yo piloto una Cessna 210 —dijo ella—. Casi igual al Skymaster. Un Skymaster monomotor.

— Siempre Cessna, Cessna —dijo el médico—. ¿Soy el único de esta mesa que pilota una Piper? No logro imaginar cómo podrían ustedes llegar a volar una Twin Comanche.

— Poniendo máxima potencia y haciendo un pequeño picado —respondí—. No es tan difícil. —Para mi propia sorpresa, estaba sonriendo.

Un minuto después miré a Leslie, que me envió con un encogimiento de hombros un inocente: "¿Qué te parece? Una noche de baile y aviones no puede ser tan mala."

Y así pasó la velada. Bailamos bastante. Recordé que muchos médicos son también aviadores; el salón estaba lleno de médicos pilotos. Hacia medianoche habíamos trabado relación y simpatizado con diez o doce; increíblemente, yo me sentía a mis anchas.

"Tienen un punto de vista diferente", pensé, "pero eso no es el fin del mundo. Hacen lo que pueden y no esclavizan a la gente a la medicina contra su voluntad; en el cielo hay sitio para todos."

No hubo Brindis de Aspirina; no me vi obligado a escapar por los tejados entre una lluvia de cristales. "Esa fue la fantasía de un niño de nueve años", pensé; "Dickie, que observaba tenso, listo a luchar o huir tras las cortinas de mis ojos."

El vestido asesino de Leslie era un deleite en movimiento; los caballeros lo apreciaban sin alborotarse; las damas, sin intimidarse, girando en su propia y brillante elegancia.

— ¡He aprendido muchas cosas esta noche! —dijo mi esposa, mientras volvíamos a casa.

— ¿Están numeradas?

Ella sonrió.

— Uno: ¡Nosotros Bailando! No somos los de antes. ¡Somos mejores y me gusta!

— A mí también.

— Dos: Tú También. Disfrutaste arreglándote para ir a un baile. ¡Y con gente que cree en la medicina! Aunque no lo demostré, casi temía que entraras a punta de espada, sobrepasado en número, rodeado por todas partes, combatiendo a muerte para sostener que el cuerpo es mente y que por qué tratarlo con drogas cuando un cambio de pensamiento etcétera etcétera.

— Me contuve —dije.

— Porque muchos de ellos pilotan aviones. Si no fueran pilotos habrías pensado que eran los Guardias del Rey o algo así, servidores de las Drogas Demoníacas condenados al infierno. Pero como pilotan aviones viste en ellos a gente como tú, y ni una sola vez gritaste: "¡Muera Drogui Batablanca!"

— No. Soy una persona cortés por naturaleza. —Salvo cuando te sientes amenazado —apuntó ella—. Y no fue así porque viste que a ellos también les encanta volar.

— Bueno, sí.

— Tres: Me gustó nuestra pequeña conversación sobre el hogar. Es cierto que me he sentido como una forastera la mayor parte de mi vida. No porque me mudara con frecuencia, sino porque soy una forastera. No pienso como se piensa donde me crié, no pienso como mis padres ni como nadie de mi familia.

— Claro que piensas igual que tu familia, tesoro —le dije—. Sólo que tu familia no es la que tú creías.

— Creo que tienes razón —reconoció—. Hasta que descubrí eso me sentía bastante sola. Después te encontré.

— ¿A mí? —pregunté, atónito—. ¿Te casaste con un hombre que podría ser tu hermano?

— Y volvería a hacerlo —dijo ella, sin vergüenza—. ¿Cuánta gente, Richie, se siente extraña, diferente, forastera y solitaria, cuando lo único que ocurre es que no ha encontrado a su familia?

— Si no hubiéramos sido extraños y diferentes —dije—, si no hubiéramos estado lejos, no habríamos tenido el placer de llegar al hogar.

— Otra vez el hogar. Dime, ¿qué es el hogar, para ti? Al comenzar la respuesta no sabía cómo iba a terminar.

— El hogar, según creo, es lo que conocemos y amamos. —Sentí que algo se colocaba adentro, como se acomodan en la mente todas las respuestas verdaderas—. ¿No es cierto? Te sientas al piano y tocas sólo para ti; conoces la música y la amas; ¿no es eso llegar al hogar? Yo me siento ante los mandos de un pequeño avión y eso es el hogar para mí. Estamos juntos, tú y yo, de modo que ahora el hogar es un automóvil en movimiento; dentro de un mes podría ser una ciudad distinta. Cuando estamos juntos, estamos en casa.

— ¿El hogar no está en las estrellas?

-El hogar no es un sitio. Lo conocido y lo amado., no creo que esté sujeto con clavos, que tenga techo ni cimientos. Uno puede apegarse a los clavos y al techo, pero basta cambiar su orden de conocido a des para que, al volver, digamos: "¿Qué es este montón de palos?" El hogar es cierto orden que nos es querido, donde no hay peligro en ser lo que uno es.

—Eso es muy bonito, Wookie —dijo ella.

— Y apuesto a que, antes de elegir una vida en la tierra, hay algún orden conocido y amado del que venimos que no se relaciona en nada con el tiempo y la distancia, que no tiene moléculas en absoluto.

—Y no por estar aquí debemos haberlo olvidado —añadió ella—. ¿No te ocurre a veces, tesoro... no has tenido momentos en que... casi... recuerdas?

— ¡En sexto grado!

Y en ese momento, en el coche con mi esposa y sin señales de Dickie, aquello estuvo conmigo como si nunca me hubiera abandonado.

— Sexto grado era una muchedumbre, Leslie. ¿Qué estaba haciendo yo en una muchedumbre?

Desaparecido el rancho, el depósito de agua reducido a recuerdo, el mar de salvia y piedra convertido en mar de pulcras casas, suburbios color de hierba a la deriva en la marea lenta de California.

"Cuántos chicos en la escuela", pensaba yo. "Nadie sabe ensillar un burro, pero tampoco son mala gente, en su mayoría. Limitados sí, pero malos no."

Ellos, a su vez, me miraron con curiosidad durante algunos días, pero llegar a California desde Arizona no era como venir de Nueva York o de Bélgica. Yo era inofensivo, no muy diferente de ellos y, con el tiempo, al desaparecer la novedad, me aceptaron; era una astilla más en la corriente.

— ¿Estoy loco, Budgie? .

— Sí.

Paseábamos lentamente por la desierta calle otoñal, al salir de la escuela, pedaleando codo con codo, con las hojas de los sicomoros crepitando bajo las gruesas ruedas de las bicicletas.

—Antes de decir que sí, espera a que te explique por qué pienso que estoy loco. Porque si yo lo estoy, tú también lo estás.

—No estás loco.

Puede que hubiera, en la Escuela Primaria Mark Twain, alguien más inteligente que Anthony Zerbe, pero lo dudo. Sin lugar a dudas, no había ninguno de mente tan rápida, más fuerte o más veloz con los pies, nadie mejor para tener a tu lado si te metías en problemas.

— ¿Eres un niño, Budgie? —pregunté.

— Sí. Técnicamente soy un niño. Tú y yo somos niños.

— ¡Eso es! Tú lo has dicho: técnicamente. Aunque por dentro, ¿eres un niño? Por dentro, ¿te sientes niño?

— No, por supuesto —dijo él, cruzándose de brazos para conducir sin las manos; se me adelantó medio largo, descendiendo a rueda libre por un segundo, hasta que lo alcancé. —Mi mente es más adulta que la de algunos adultos que conozco. ¿Hace falta mencionar a... al señor Anderson? Pero mi cuerpo no va a la par. No sé cómo se hace para ganar dinero, casarse o construir una casa. No tengo suficiente estatura. Hay mucha información que necesito y todavía no tengo. Pero por dentro, como persona, soy adulto.

— ¿Y no te parece que, si somos niños, no es porque no valemos tanto, sino porque necesitamos tiempo para conseguir esa información y ser más altos? ¿Y que cuando seamos adultos vamos a sentir lo mismo que ahora, pero conoceremos mejor el modo de salir a flote?

— Seguro que tienes razón —dijo, sin preocuparse--Por dentro nos sentiremos igual que ahora.

— ¿Y eso no te molesta?
— ¿Por qué?
— ¡Somos como adultos, pero sin poder, Budge! ¿No te parece detestable no tener poder? ¿No quieres librarte de eso de una vez?
—No. No tengo poder aunque, a diferencia de ti...

Se interrumpió en plena frase y, descendiendo la suave colina de la calle Blackthorne, levantó los pies hasta el manubrio para seguir a rueda libre, mientras nuestra velocidad aumentaba.

—¿A diferencia de mí, qué?
—¡Yo soy paciente! —dijo, por encima del viento—. No me molesta que mi padre tenga que ganar dinero y yo no. No me molesta ser pequeño. Hay mucho que aprender. Sólo para salir a flote, ¡hay mucho que aprender!

—A mí me molesta. Quiero acabar pronto con esto. Si soy adulto por dentro... Tendría que haber un examen; si lo pasas, te dan la licencia de adulto, sin que importe cuántos años tienes.

—Todo a su debido tiempo —dijo.

Mi amigo volvió a poner los pies en los pedales, aferró el manubrio y giró hacia la acera; en el último momento, antes del impacto, sacudió la rueda delantera para que se levantara treinta centímetros del suelo y brincó con la bici a la acera. Yo no recordaba ya los tiempos en que las bicicletas me aterrorizaban, en que corría a buscar la protección de mi madre después de que Roy me subía al asiento y me empujaba, amenazando con dejarme rodar solo.

Subí a la acera por la entrada de coches más próxima, absorbo en lo diferentes que éramos.

— ¿No te sientes especial?

— ¡Ajá! —dijo, descolgándose de la bici a media velocidad. Corrió a su lado por un momento y se detuvo en el césped de su casa. —¿Y tú?

Yo también me detuve, de pie sobre los pedales hasta que el vehículo empezó a inclinarse; entonces bajé de un salto y la deposité en el césped.

—Claro que soy especial —dije—. ¡Todo el mundo es especial! ¡Nómbreme a uno de nuestra clase, a uno solo de toda la escuela Mark Twain que planea ser un fracasado cuando crezca!

Zerbe se sentó en el prado con las piernas cruzadas apoyándose en el asiento de la bicicleta.

—Pero ocurre, ¿no? Algo ocurre entre el momento en que nos sabemos especiales y después, cuando nos decimos creo que no y nos convertimos en un fracaso.

— A mí no me ocurrirá —aseguré.

El se echó a reír.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué estás tan seguro? A lo mejor no somos adultos de verdad. A lo mejor sólo se es adulto cuando uno sabe que no es especial. A lo mejor el fracaso es un trabajo que sólo los adultos pueden hacer.

— ¡Ni pensarlo! —contesté—. Puede que seamos pequeños, pero por dentro ya estamos terminados y no somos.. ¡sólo nada!

—Sigue —dijo—. No estoy en contra de ti. Dime, ¿cómo sabes que eres especial?

—Por la mañana —respondí—. A veces, cuando me despierto, salto y el aire es tan... verde, ¿comprendes? El aire me está diciendo "¡Hoy va a ocurrir algo! ¡Va a ocurrir algo poderoso!" Y nunca ocurre, que yo sepa, aunque en el aire está esa sensación. No ocurre, pero ocurre. No entiendes lo que estoy diciendo, ¿verdad?

— ¿No será que estás deseando, simplemente, que ocurra algo?

— ¡Esto no es invento mío, Budge! Te lo juro, no lo estoy inventando. Allí afuera hay algo y es como... es como si me estuviera llamando. Tú también lo oyes, ¿no? No es oír, claro, pero a veces lo sientes, ¿no?

Me miró directamente a los ojos.

—Es una luz dentro de mí —dijo—, como si me hubiera tragado una estrella.

—¡Sí! ¡Y si abres a alguien no vas a encontrar esa ' estrella; no la encontrarías ni con un microscopio grande, como una casa!

Mi amigo se apoyó contra su bicicleta para contemplar el crepúsculo entre los árboles.

—Durante el día las estrellas no se ven. Hay que cerrar los ojos, como para adaptarlos a la oscuridad, y entonces ves esa luz débil muy, muy lejos. ¿Es eso lo que ves, Dick?

"Sólo con los amigos se atreve uno a hablar así", pensé.

—La luz es una cadena de plata, como una cadena de ancla en mi mente, que se pierde de vista en el agua profunda.

— ¡Agua profunda! —exclamó---. ¡Eso es! Y nosotros somos buzos que nos deslizamos abajo, y la cadena, muy pero muy hondo, lleva a esa estrella hundida. Esa es nuestra ancla...

Yo era un delfín que saltaba en el aire, desde un tanque-prisión, y descendía en el mar abierto, para encontrarme nadando junto a un amigo exactamente igual. ¡No era el único en saber que Algo tiraba de nosotros desde más allá de las palabras!

— ¡Lo sabes, Budge! ¡Un ancla de luz! Nado allí abajo y, por muy mal que estén las cosas, todo está bien. Estoy muy hondo en el agua, con mi bote en la superficie, fuera de la vista; sin embargo ese ancla es más luminosa que una bombilla de flash ¡y está dentro de mí!

—Sí. —Suspiró, perdida la sonrisa, melancólico—. Está allí, sí.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? Sabes que esa... Luz... está allí abajo, ¿y qué piensas hacer?

—Esperar, supongo.

—¿Esperar? ¡Cuernos, Budgie! ¿Cómo puedes esperar, sabiendo que está allí?—Ojalá se diera cuenta de que no era enojo lo que había en mi voz, sino frustración.

-¿Y qué otra cosa puedo hacer? ¿Qué haces tú, Dick, cuando te toca una mañana verde? —Cortó una brizna de hierba y masticó el tallo limpio y duro.

—Siento ganas de correr. Es como si hubiera un lugar, muy cerca, con una nave espacial escondida, y si yo supiera hacia dónde correr encontraría la puerta abierta y a alguien allí que sabe quién soy; han estado lejos durante mucho tiempo y vienen a recogerme y la puerta hace shhhhhh y se cierre y mmmmmm la nave despega y allí abajo está mi casa pero nadie me ve ni ve la nave que se eleva más y más y allí estoy, en las estrellas, camino a casa.

Mi amigo hizo girar con un dedo la rueda delantera de su bicicleta, lenta ruleta vacía.

—¿Por eso preguntas si estás loco?

—Un poquito.

—Bueno —dijo—, estás loco, sí.

—Cierto. Y tú también.

—Yo no —dijo.

—Cuéntame otra vez eso de tragarse las estrellas, ¿quieres?

Se echó a reír.

—Eso se lo niego a cualquiera, salvo a ti.

—Gracias.

—Y tú harías bien en negarlo también —dijo—. Al menos, no lo menciones mucho por ahí.

—¿Crees que hablo así con todo el mundo? —objeté—. Jamás volveré a hacerlo. Pero somos especiales; tú también lo sabes, ¿verdad? No sólo tú y yo. Todos.

—Hasta que crecemos —dijo él.

—Oh, Budgie, anda. No puedes creer eso.

El se levantó en la luz difusa, levantó su bicicleta y la hizo rodar hacia el patio trasero.

—Mira, no te apresures tanto —dijo—. Todo esto lleva tiempo. Si quieres recordar quién eres, harías bien en buscar el modo de no crecer.

En eso pensaba mientras volvía a mi casa, en la oscuridad. "Tal vez mi nave espacial no me encuentre. Tal vez sea yo quien deba hallarla."

Leslie hizo girar el volante, escuchando; desvió el coche hacia una rampa de salida, se detuvo ante la señal y continuó por la amplia calle suburbana.

—No me lo habías contado —dijo—. Justo cuando creo que comienzo a conocerte sales con algo así.

—Puede que jamás me conozcas. Recordaré más cosas, si me lo pides.

—¿De veras? Cuenta.

—¡Los ratos verdes! De vez en cuando sabía cómo funcionaba todo, por qué era quien era, dónde estaba, qué iba a suceder. No lo sabía en palabras. Lo sabía en sensaciones; sentía: "Si, esto es lo que yo pedí y ahora estoy aquí, en este pequeño planeta, en el medio de parece-ser. Aparta la cortina y allí está el hogar, apenas a la vuelta de la mente."

—Pero la cortina volvía a cerrarse, ¿no? —sugirió ella—. Así me ocurría a mí.

—Sí. Siempre volvía a cerrarse, como si el techo se cerrara sobre mi propio cine particular. Y yo me quedaba otra vez en la oscuridad; lo único a la vista era mi vida que continuaba, dos dimensiones que parecían cuatro.

Sentí al chico en mi mente, escuchando lo que yo decía.

—Cierta vez, en Florida, en las Fuerzas Aéreas, volvía caminando a los barracones, después de un vuelo nocturno; levanté la mirada y me encontré con una enorme cortina, como si toda la galaxia de la Vía Láctea se apartara a un lado durante medio minuto. Me detuve de golpe, petrificado, contemplando el cielo.

—¿Qué había al otro lado? —preguntó ella—. ¿Qué viste?

—¡Nada! ¿Verdad que es extraño? Lo que veía era sólo ese velo luminoso descornado y en su lugar, no una imagen, sino una sensación de gozo tremendo: Está Todo Bien. Todo Es Correcto. Luego el velo volvió a correrse y quedaron las estrellas, las mismas de siempre, y yo de pie en la oscuridad. —La miré, recordando—. Esa sensación no me abandonó nunca, Wookie. Hasta el día de hoy nunca ha desapareció por completo.

— Te he visto horriblemente furioso, tesoro —dijo ella—. A veces, viéndote, habría jurado que no pensaba que todo estaba bien.

— Sin duda, ¿pero, no te ocurre a ti lo mismo? Es como estar jugando a la pelota y entusiasmarse hasta el punto de olvidar que es un juego.

— Muchísimas veces me olvido de que es un juego —dijo—. Creo que la vida real es real. Y creo que a ti también te ocurre.

— En ocasiones eso es lo que parece, lo admito. Me siento frustrado porque algo me impide el paso. O me enoja lo cual equivale a decir que me asusto, porque veo en peligro lo que quiero hacer o lo que quiero ser. Pero eso forma parte del juego. Retírame del juego y dime, en el momento en que más furioso esté: "Tu vida ha terminado, Richard; el espaciotiempo acaba de detenerse." Y el enojo desaparece; lo que haya pasado ya no importa; vuelvo a ser yo.

—Deja que memorice esa frase —dijo ella—. Tu vida ha terminado...

Reí, sabiendo que oiría esas palabras la próxima vez que perdiera los estribos.

—Perspectiva instantánea: eso es todo. ¿No te parece?

Viró en la esquina y subió por el camino de nuestra casa. "En un matrimonio", pensé, "el amor perdura mientras marido y mujer sigan interesándose por lo que piensa el otro."

Ella detuvo el coche y apagó el motor.

—Eso es lo que él quiere, ¿no? —dijo.

—¿Quién?

—Dickie. Quiere una perspectiva instantánea. Pase lo que pase, quiere saber que todo está bien.

Debía de haber llovido en su desierto, pues al lecho seco del lago había vuelto la hierba; eran meros rastros donde antes estaban las líneas rotas de sus recuerdos. Un árbol se erguía en el horizonte cercano. ¿Cómo podía cambiar tan deprisa?

Lo vi nítido, al otro lado del lago, al pie de una suave loma y corrí para reunirme con él.

— ¿Estuviste allí, capitán? —pregunté.

— ¿En el baile? ¿Cuándo te asustaste? Sí.

— No me asusté.

— No te molestó que yo imaginara tu fuga, por si surgía el Brindis de la Aspirina.

— Estupenda fuga, Dickie. Casi deseaba que se produjera el Brindis.

— Gracias —dijo—. Habría resultado bien.

— Sí. Pero con consecuencias.

— Mi trabajo es sacarte de allí. Las consecuencias son para los adultos.

— No hacía falta —observé—. Yo podía salir por donde había entrado. Sin explicaciones: irme simplemente porque no tenía deseos de estar allí. Sin persecución, sin alboroto, sin arruinar las cortinas ni destrozar los cristales, sin trepar por las gárgolas a seis pisos de la acera con zapatos de vestir, sin preguntarme cómo bajo de los tejados para reunirme con Leslie. Sin consecuencias.

El se encogió de hombros.

— Bueno, eres un adulto.

— Tienes razón —reconocí—. Habría resultado. Habría sido una escena estupenda.

Echó a andar colina arriba, como si allí hubiera algo que deseara mostrarme.

— ¿De veras no crees en la medicina? —preguntó. — De veras.

— Ni siquiera en la aspirina.

Sacudí la cabeza.

— No.

— ¿Y cuando enfermas?

— No enfermo —dije.

— ¿Nunca?

— Casi nunca.

— ¿Qué haces cuando enfermas? —preguntó.

— Voy a la farmacia y vuelvo arrastrándome, con carretas enteras de remedios. Comienzo con acetaminofeno y sigo tragando hasta que se acaba el Zantac.

— Si tu cuerpo es una expresión perfecta de lo que piensas sobre el cuerpo —dijo—, ¿por qué estás calvo como una bola de billar? ¿Por qué cuando vuelas usas gafas para mirar el mapa?

— ¡No estoy calvo como una bola de billar! —protesté—. Mi idea del cuerpo incluye la decisión de hacer mi pelo algo más manejable de lo que solía ser, y de que no hay problema si la letra pequeña se hace borrosa y yo la miro con gafas para que parezca más nítida. ¿Habré sacado esa idea de los tiempos en que era tú y

notaba, todos los días, que el pelo de papá era más ralo que el mío, que papá y mamá usaban gafas para leer?

No contestó.

— Puedo saber que mi cuerpo es el espejo de lo que pienso —continuó—, pero eso no quita que, por pereza, deje que mis creencias tomen el camino más fácil. En cuanto la imagen de mi cuerpo me preocupe de verdad, cuando cambiarlo sea absolutamente prioritario, lo cambiaré.

— ¿Y si enfermas de verdad? —preguntó—. En serio.

—No ocurre nunca. Quizás una vez en muchos años. Cuando aprendí a volar me convencí de que los pilotos de avión nunca enferman. Es cierto. No conozco a ningún aviador que enferme con frecuencia.

Me miró de soslayo.

—¿Por qué?

"¿Por qué será que no conocemos las respuestas hasta que encontramos la pregunta?", me dije. Antes de abrir la boca no tenía la menor idea de por qué los aviadores son un grupo saludable.

—Para mucha gente —expliqué— volar sigue siendo una fantasía. ¿Cuántas fantasías incluyen la enfermedad? Si haces muchas de las cosas que siempre soñaste hacer, no te queda lugar para sentirte mal.

Sonrió sin dejar de trepar la colina, como si me estuviera leyendo la mente.

— Estás bromeando, Richard —dijo—. Eres igual que papá. Estás bromeando y lo dices con una cara muy seria, para que yo no me dé cuenta.

—No me creas. Aprende solo, capitán. En alguna parte hay un estudio que compara la salud de quienes hacen lo que les gusta con el estado de los que se angustian trabajando. ¿Quiénes crees que están mejor?

—Me lo imagino.

Mientras caminábamos le toqué el hombro.

—¿Y si no hubiera ningún estudio? —sugerí—. Lo que imaginas sería menos cierto?

Me disparó una sonrisa y una mirada completamente desprevenida.

— Esto es un experimento mental —le dije—. Un modo de descubrir lo que ya sabes.

— ¡Experimento mental! ¡Bonito!

—¿Quieres respuestas?

— Anda, Richard. ¡Sí!

—No —dije.

— ¿Por qué no quiero respuestas?

—Porque las respuestas cambian —dije—. Tú no quieres tanto un millón de respuestas como unas cuantas preguntas para siempre. Las preguntas son diamantes que se ponen contra la luz. Estudia una vida entera y verás diferentes colores en la misma joya. Las mismas preguntas, formuladas otra vez, te dan las respuestas que necesitas en el momento exacto en que las necesitas.

Frunció el entrecejo, con los ojos fijos en la cima, sin detenerse.

—¿Preguntas como cuáles?

—Preguntas como: "¿Quién soy'?"

No se dejó impresionar.

— Por ejemplo.

— Por ejemplo, supongamos que tienes un problema. En la escuela todo el mundo es capaz de hacer cualquier cosa por tener muchos amigos. ¿Lo harías tú? ¿Usarías ropa a la moda, ideas, prejuicios y actitudes a la moda, para ser como todos y no correr riesgos?

—No lo sé. Quiero tener amigos...

— Ahí está tu problema. Busca una burbuja de tranquilidad y pregúntate: "¿Quién soy?"

Al ascender podíamos ver a mayor distancia el desierto de terciopelo verde. ¿Acaso mi paisaje interior iba reverdeciendo también por haber encontrado a ese niño y querer liberarlo?

—Quién soy —dijo—. ¿Y luego?

—Luego escuchas. Y al escuchar, recuerdas. Quién eres: alguien que pidió ser dejado en la tierra para hacer algo notable, algo que te importaba. ¿Hacer Algo Notable es tragarse todas las creencias tontas de esos insignificantes que tienen popularidad, sólo para fingir que tienes amigos?

— Bueno...

—Lo que uno es no se gasta, Dickie. Te ayuda a decidir qué harás, una y otra vez, durante toda tu vida.

— ¿Quiénes son mis amigos?

—¡Has acertado! —exclamé, orgulloso de él. Dejó de caminar para mirarme.

— ¿Qué es lo que he acertado?

— ¿Quiénes son mis amigos? ¡Ahí tienes una pregunta duradera! La próxima vez que te veas rodeado por diez o doce ovejas perdidas que adoran el corte de tu chaqueta, tu peinado y tus elegantísimas gafas para el sol, pregúntate eso. ¿Quiénes son mis amigos, mis verdaderos amigos? ¿Quiénes son los otros que vinieron de las estrellas? ¿Dónde están ahora y qué hacen? ¿Soy yo mi propio amigo al envenenar mi mente estelar con esta conformidad muerta y opaca, al beberme un vaso de Asesina Ligera con los muchachos?

Dickie posó una mano pacificadora sobre la mía. —Soy sólo un chico, Richard...

—Aun así —gruñí, mientras reanudábamos el ascenso—. Tú me entiendes. Recuerda quién eres y allí tienes tu respuesta. ¿Qué hace una persona estelar embarrada en valores de pantano?

El me sonrió.

—¿Te molestaría, Richard, que yo decidiera ser borracho?

Giré hacia él, sobresaltado.

—¿Qué?

—Supongamos que resulto ser un borracho fumador tragapíldoras patriotero y visionario, uno de esos machos mujeriegos y juerguistas que se creen lo máximo —dijo— ¿Te molestaría?

—Si decidieras ser así, capitán, la mayoría de las mujeres te atizarían con un palo. Puedes suprimir lo de mujeriego.

—Pero supongamos que fuera así —insistió—. ¿Qué pensarías?

Por un momento, pillado por sorpresa, ¿me sentí fastidiado? "El enojo es

siempre miedo", pensé, "y el miedo es siempre miedo a perder. ¿Me perdería yo mismo si él tomara esas decisiones?" Aquello se asentó en un segundo: "No perdería nada. Serían los deseos de él, no los míos, y él puede vivir como desee. La pérdida se produciría si yo me atreviera a obligarlo, si tratara de vivir por él y por mí también, Eso sería un desastre peor que vivir ante el mostrador de un bar."

Bastó ese momento y esa idea para que el enfado se evaporara y yo volviera a tranquilizarme.

—Las únicas cualidades que has omitido —dije, severo— son "criticón" y "dominante". Son mías y no te las cedo. Por lo demás, creo que tienes derecho a vivir tu vida"

—¿No te sentirías mal por mí?

—No puedo afligirme por lo que no estoy en condiciones de controlar —dije—. Pero te diré una cosa, Dickie. Si me das autoridad sobre tu vida y sigues mis indicaciones al pie de la letra, si piensas, dices y haces sólo lo que yo te diga, seré el responsable de tu vida.

—¿Y yo no seré capitán?

— No —dije—. Yo asumo el mando.

—¿Me garantizas el éxito?

— No garantizo nada. Pero si te arruino la vida prometo sentir remordimientos,

Se detuvo en seco.

— ¿Cómo? Tú mandas, tú tomas todas las decisiones, yo hago todo lo que ordenes y, cuando estrelles mi nave en las rocas, ¿prometes sentir remordimientos? ¡Si es mi vida la que va a naufragar, la conduciré yo mismo, muchas gracias!

Le sonreí.

—El comienzo de la sabiduría, capitán.

Cuando llegamos a la cima de la loma él se detuvo ante un tosco respaldo de madera clavado en tierra. Me pareció comprensible que eligiera ese sitio para sentarse: era lo más cerca que podía estar del vuelo sin alas y sin un sueño.

—Bonita vista —dije—. ¿Es primavera en tu país?

Una sonrisa tímida.

— La temporada viene despacio.

"¿Por qué no se lo digo con franqueza?", pensé. "¿Por qué no le digo que lo amo y que seré su amigo mientras viva? ¿Acaso los significados del corazón nadan en la corriente de nuestro diálogo, acaso importan más cuando los entrevemos en el agua profunda, sin atraparlos jamás?"

—Creo que hace falta un poco de lluvia —comenté.

— Un poco —dijo él. Por un momento se quedó mirando a lo lejos, como si reuniera valor. Luego se volvió hacia mí—. A tu país también le hace falta lluvia, Richard.

—Tal vez. —¿Qué tenía en la mente? Es un placer brindarle el don de todo lo que he aprendido, pensé, sin exigirle un pago.

—No sé con certeza qué significa esto para ti —dijo--, pero probablemente tenga mucha importancia.

Sin darme tiempo a preguntarle a qué se refería, sacudió salvajemente el respaldo de madera, de un lado a otro, hasta desprenderlo de la tierra; luego me lo

entregó como un Moisés niño que entregara una tabla descolorida.

No era un respaldo sino una lápida, una lápida casera. En la madera no se había grabado ninguna fecha, ningún epitafio. Sólo cuatro palabras:

Bobby Bach

Mi hermano

Tras medio siglo de prudente olvido, todo aquello regresó.

— ¿Por qué eres tan inteligente?

Mi hermano apartó la vista de su libro y me miró desde el año y medio que nos separaba, poniendo a prueba mis ojos con los suyos.

— ¿De qué hablas, Dickie? No soy tan inteligente. Me quedé pensando en eso, mientras él seguía leyendo.

— Todo el mundo dice que eres inteligente, Bobby.

Cualquier otro hermano se hubiera vuelto con fastidio para ordenar al de siete años que se largara. Por algún motivo, al mío no le molestó.

— De acuerdo, tienen razón —dijo----. Tengo que ser inteligente porque me ha tocado ir por delante. Tengo que indicarte el camino.

Si estaba bromeando, lo disimuló bien.

— ¿Roy te indicó el camino a ti?

Por un momento dejó el libro.

—No. Roy es casi adulto, Roy es diferente. Yo no sirvo para hacer diseños ni para armar cosas. No sé dibujar como Roy.

-Yo tampoco. Pero tú y yo sabemos leer, ¿no? —Me hizo sitio en el gran sillón—. ¿Quieres practicar la lectura?

Trepé a su lado.

-¿Por eso eres tan inteligente? ¿Porque lees mucho?

—No. Leo mucho para mantenerme por delante de ti. Para indicarte el camino tengo que estar adelante, ¿no? —Abrió el libro sobre nuestro regazo—. ¡Supongo que todavía no sabes leer este libro! No puedes ser tan inteligente, ¿verdad?

Miré las páginas. Muy inteligente, sí.

—Oh, claro que puedo.

El señaló las letras mayúsculas.

—¿Qué dice aquí?

—Es fácil. CAPITULO TRECE. MAS ALLA DEL SISTEMA SOLAR.

—¡Bien! Léeme el primer párrafo.

En nuestra casa los niños podíamos ganarnos muchos elogios, pero el cumplido más rápido era para quien leía bien, "con expresión", como decía mamá. Quien convirtiera las palabras impresas en palabras habladas era un hijo excelente.

Así que ese día leí ante mi hermano, esforzándome por aparentar que le estaba hablando de las estrellas en vez de leerle algo sobre ellas. Pero muy dentro de mí se grababan unas palabras que tomé por ciertas: "Tengo que indicarte el camino."

Vuelvo a casa de la escuela, cruzo el portón con hambre, abro la puerta trasera, la de la cocina. Con un poco de suerte podría tomar a hurtadillas tres o cuatro rebanadas de pan de centeno que, si me viera mamá, me arruinarían la cena.

Ay... Papá ha vuelto del trabajo temprano y está sentado con mamá y Bobby,

en torno a la mesa de cocina.

Hablaban muy seriamente, en voz baja, como si mi hermano fuera un huésped y no su hijo. Esto no ha ocurrido nunca. ¿Papá tan temprano en casa?

—Hola, papi —dije, sin dar señales de que estaba asustado—. ¿Vamos a mudarnos otra vez? ¿Va a suceder algo importante? ¿Hay asamblea aquí?

—Estamos hablando con Bobby —dijo mi padre—. Y creo que preferiríamos estar solos. ¿No te molesta?

Lo miré un segundo, eché un vistazo a mamá. Ella me observaba con solemnidad, sin decir una palabra. Allí ocurría algo muy malo.

—Sí, claro —dije—. Voy a casa de Mike. Hasta luego.

Empujé la puerta de vaivén que separaba la cocina de la sala; dejé que se cerrara tras de mí y salí por la puerta principal.

¿Qué cuernos está pasando? Siempre me han permitido al menos escuchar las conversaciones. Yo formo parte de esta familia, ¿no? ¿Puede que no! ¿Y si piensan deshacerse de mí? ¿Por qué?

Junto a la puerta de Mike se elevaba el mejor árbol para trepar de cuantos yo conocía: un pino cuyas ramas eran como una escalerilla en espiral hasta la copa misma; eran tantas que no había modo de caer. Si uno lograba alcanzar las primeras ramas, las gruesas, que estaban a un metro ochenta, el resto era fácil.

¿Qué podían estar diciendo? ¿Por qué no me dejaban escuchar?

Una carrera y un salto. Las zapatillas se agarraron a la corteza, se deslizaron un poco y volvieron a sujetarse; medio salto más y alcancé la rama. Desaparecí en el denso follaje, resuelto, trepando con ritmo.

No sé de qué están hablando, pero no es algo bonito, no es una sorpresa para mí. En tal caso habrían callado, habrían cambiado de tema cuando yo entré hablando de la oficina, de la Biblia, de cualquier cosa.

Hacia lo alto del árbol las ramas eran más delgadas: parches de visión por encima de los tejados. Allí la vista era la mejor, pero el tronco mismo se afinaba tanto que se movía con facilidad.

Cerca de la copa dejé de trepar. No había subido por desafío; necesitaba pensar y ese era el sitio más solitario de cuantos conocía.

"Mamá siempre me pregunta cómo me ha ido en la escuela", pensé, "qué aprendí hoy. Quería decirle que aprendimos la Ley de Probabilidades y si ella sabe cómo funciona. Pero de pronto ya no le importa. ¿Y qué hace papá en casa tan temprano? ¿Ha muerto alguien?"

De todas las personas que yo conocía, la única que había muerto era mi abuela, pero cuando ocurrió me lo dijeron. Yo la había visto una sola vez: severa, de pelo blanco, apenas más alta que yo; no lloré cuando nos dejó. Mamá tampoco, ni papá, por supuesto.

"No ha muerto nadie. Me lo habrían dicho."

A cuatrocientos metros de distancia estaba mi casa, casi toda oculta por las agujas del árbol, pero se podía divisar una parte del techo de la cocina. No costaba reconocerla: las otras casas de Lakewood Village tenían el techo inclinado; el mío era plano.

¿Qué estaba pasando allí?

Un soplo de viento meció suavemente el árbol. Pasé un brazo alrededor del tronco.

"Tiene que ser algo sobre mí", pensé; "de otro modo, ¿por qué era tan importante que yo me fuera? Es algo sobre mí y no es bueno."

"Pero eso no es posible. Hasta cuando el rector me llama a su despacho es por algo bueno: felicidades, has sido elegido monitor de incendios; por qué no te presentas para representante escolar; en el examen general tu puntuación ha sido la más alta de todas, exceptuando a tu hermano."

El anochecer me encontró aferrado al árbol, mapache afligido, todavía profundamente sumido en la oscuridad de todas mis preocupaciones; estaba nervioso, pero decidí no preguntar. "Dejaré que me digan lo que pasa cuando ellos decidan decírmelo. Estoy indefenso. No puedo hacer nada. Se trata de algo grande, algo que no me corresponde saber, y eso es todo."

Me deslicé por el tronco y volví a casa caminando, frotando en mis vaqueros manchas de resina de pino.

Cuando crucé la puerta de vaivén hacia la cocina, papá se había ido y mamá estaba preparando la cena. No sólo la cena: además estaba poniendo una schaumtort en el horno.

—Hola, Dickie —dijo, perdida la chispa—. ¿Qué aprendiste hoy en la escuela?

Cedí a su estado de ánimo y me acomodé a él. —Nada —respondí,

Bobby faltaba a la escuela con más frecuencia, y esas reuniones en privado se repetían de vez en cuando.

A veces, solo en el dormitorio que él y yo compartíamos, me llegaban voces apagadas a través de la pared; generalmente era la de papá; ocasionalmente, la de mamá; la de Bobby, tan rara vez o tan baja que no estaba seguro de haberla oído.

En una ocasión, cuando él subía la escalerilla de la litera alta, a la hora de acostarnos, se quebró mi decisión,

—¿Qué está pasando, Bobby? --pregunté-. Con mamá y papá. ¿De qué habláis? ¿Se trata de mí?

El no me miró por encima del borde, como hacía a veces.

—Es un secreto —dijo—. No se trata de ti. No hace falta que lo sepas.

Bobby y yo casi siempre habíamos podido hablar, pero ya no. "Al menos no vendrán por mí en plena noche, para vendarme los ojos, arrojarme en la parte trasera de un camión y llevarme al infierno. Quizá mi hermano mentía. Quizá vendrían por mí. Pero si él no quiere hablar, no hablará."

Al día siguiente encontré un saco de suave piel en el escritorio de nuestro cuarto, del tamaño de una bolsa de pirata. Yo nunca lo había visto.

Cuando aflojé los cordones y lo abrí no encontré oro en él, sino un ídolo, bien tallado en madera pulida; era la figura de un Buda sonriente, con los brazos sobre la cabeza, las palmas hacia arriba y las puntas de los dedos casi unidas. Qué cuernos...

Pasos. ¡Venía Bobby! Guardé la estatuilla de nuevo en la bolsa, la cerré y me

arrojé en mi cama, con un libro abierto: Cohetes, misiles y viajes espaciales, por Willy Ley.

—Hola, Bobby. —Levanté la vista al entrar él y seguí leyendo.

—Hola.

Leí con atención; en ese momento memoricé lo que recuerdo hasta hoy: "Los motores de cohete a combustible sólido no están llenos a reventar de pólvora, sino instalados alrededor de una cámara disparadora cónica. Cuanto mayor es la zona que arde, mayor es la potencia." Demasiado grande, sin duda y el cohete estalla, ¡BUM!, como dinamita.

—Hasta luego -dijo mi hermano.

Y se fue en el coche con papá llevándose la chaqueta y la bolsa.

Dos semanas después Bobby, con cara de cansancio, fue con papá al hospital; nada grave.

Una semana más tarde, sin adioses, mi hermano había muerto.

"¡Por supuesto!", pensé, Holmes infantil de la calle Baker. "¡Ese era el secreto! ¡Con razón esas largas charlas en voz baja, a solas! Todo el mundo sabía que Bobby se estaba muriendo, salvo yo. Fue un modo de evitarme el dolor."

El Buda de ébano era una búsqueda de respuestas; nunca supe si mi hermano las había encontrado.

Pudo habérmelo dicho; yo no me habría entristecido. Podría haberle preguntado cómo era morir, si dolía. ¿Adónde va uno cuando muere, Bobby? ¿Se puede no morir si uno no quiere? ¿Te visitan los ángeles cuando duermes? ¿Morir es tan sencillo como parece? ¿Tienes miedo?

Hasta donde yo supe, mamá no lloró, Roy no lloró y papá, por supuesto, no lo hizo. Así que yo tampoco, aunque nadie podía verme. El único cambio fue que el dormitorio quedó horriblemente silencioso y solitario.

El diario de Long Beach publicó un pequeño obituario, mencionando que a la muerte de Bobby quedábamos papá, mamá, Roy y yo. Pegué el recorte a mi puerta, con una chincheta con forma de avión; me parecía elegante que un diario se enterara y pusiera nuestros nombres en letras de molde.

Al día siguiente el recorte se desprendió; lo encontré vuelto hacia abajo en mi escritorio. Volví a pegarlo y, al día siguiente, estaba otra vez caído. Recibí la indirecta. Aunque mamá no llorara, prefería no ver recortes que le recordaran la muerte de Bobby.

Por fin me lo dijo, mientras secaba los platos y los guardaba en el armario, con lento y suave resonar de porcelana. —Bobby tenía leucemia.

Memoricé inmediatamente la palabra.

—Eso no tiene cura. En los últimos días, Dick, estaba

muy sereno con respecto a todo eso. ¡Era tan sabio! No había lágrimas y ya no me llamaba Dickie. —"Todo tiene su lugar, mamá," me dijo. "Ahora mi lugar es

morir. No tengo miedo; no te pongas triste, por favor; no llores por mí; no podría soportar que lloraras."

Una lágrima derramada y la conversación terminó.

Yo había sido un niño afortunado, sí. ¿Hay vida más segura que volar, fácil y cómodamente, detrás de un hermano? El guiaba, yo lo seguía.

Ahora, en vez de volar horizontalmente, con suaves virajes delante de mí, Bobby había aplicado toda la potencia para elevarse en línea recta, desapareciendo en el sol.

Mi corazón estaba aterrorizado. Por las noches sollozaba bajo las mantas, gritando dentro de la almohada. "¡Por favor, Bobby, POR FAVOR! ¡No me dejes solo aquí! ¡Prometiste mostrarme el camino! ¡Lo prometiste! ¡No te vayas! ¡No sé vivir sin mi hermano!"

Descubrí que llorar no hace ningún bien. Los sentimientos no cambian nada. Lo que importaba era saber, y yo tenía mucho que aprender.

Busqué en el diccionario la palabra muerte: formales definiciones de lo obvio.

Leí la enciclopedia: ninguna respuesta.

Bobby estaba tan sereno, tan libre de miedo... Era como si hubiera elegido marchar con los ojos abiertos hacia la muerte, como si se hubiera estado preparando para un examen. Cuando llegó el examen, cuando se abrió la puerta, cuadró los hombros y entró caminando recto, con la cabeza erguida, sin mirar atrás.

"Bien por ti, hermano", pensé. "Gracias por mostrarme el camino.

"Pero ¿sabes una cosa, Bobby? De pronto he cambia-do, de pronto soy un competitivo hijo de perra y maldito sea si muero antes de saber por qué he vivido."

Ese día me desprendí del niño que gritaba su terror tras su hermano; lo dejé allí, solo, y continué viviendo sin él.

Dickie volvió a tomar la lápida de mis manos. —Dime otra vez qué quiere decir significativo—pidió.

Lo miré, parpadeando. Acababa de revivir uno de los momentos más penosos de mi vida; lo había revivido, gracias a él, con intenso dolor. ¿Y ahora se convertía en un frío desconocido?

Respondió a mi pensamiento.

— ¿Por qué no, si es lo que tú hiciste?

—Gracias por equilibrar las cosas —dije.

—Tú conoces tu respuesta. ¿Qué significa significativo? Me torné objetivo, cambio que se vuelve fácil con la práctica, y se lo dije:

— Significativo, para mí, es todo lo que cambia nuestro pensamiento y, por lo tanto, cambia nuestra vida.

— ¿Qué significa la muerte de Bobby para ti? —Hundió nuevamente la lápida en el polvo del que había salido.

Cayó en cuanto él retiró la mano—. ¿En qué cambió tu vida? —Hasta ahora no lo sabía. Lo guardé por ahí y se me olvidó.

El hizo otro intento con la tabla, que volvió a caer, pero la dejó donde estaba.

—¿Qué significa eso?

En cuanto preguntó lo supe. Liberar ese recuerdo oculto fue como retirar el tronco que provoca un atasco; abajo, la corriente era veloz.

—La muerte de Bobby me dejó desamparado por primera vez en mi vida. Durante medio siglo he pensado que siempre estuve solo, pero borraba el tiempo anterior. ¡Me equivocaba! Cuando yo era tú, Bobby prometió que él haría los descubrimientos y recibiría los golpes de la vida antes de que llegaran a mí. El los atenuaría, explicándomelos para que mi camino fuera fácil, pavimento en la espesura. Yo sólo tenía que seguir a mi hermano y todo saldría bien.

Se sentó en la hierba, en silencio, mientras yo me paseaba a poca distancia, como un galgo ansioso por correr.

—Ese día todo cambió. Al morir Bobby, su hermano, el pasajero de la

carreta, tuvo que montar a caballo a toda prisa y aprender a ser su propio guía en la frontera.

Volaba hacia atrás por mi vida, a toda velocidad, mirando abajo.

—Todo lo que aprendí, Dickie, desde entonces en adelante, me enseñó el poder del individuo en cuanto a cambiar el destino, el poder de la elección individual. Todo lo que ocurrió después: Roy se enroló en el ejército, papá se mantenía distante, mamá se dedicó a la política, yo aprendí a pilotar aviones... Cada uno se enseñó a confiar en sí mismo, cada uno dijo: "Nunca esperes que otro te muestre el camino o te haga feliz."

Miró el horizonte lejano.

—Mamá y papá no piensan así.

—Es cierto. Ellos pensaban lo contrario. Mamá, la misionera, la asistente social, la concejal; papá, el pastor, el capellán, el administrador de la Cruz Roja. Ellos enseñaban a Vivir para Otros. ¡Y se equivocaban, Dickie!

Se puso rígido.

—No me digas que mamá se equivoca —gruñó—. Puedes decir que es diferente, Richard, ¡pero no vengas a decirme que mamá se equivoca!

¡Cuánto había amado a mi madre y qué poco me afectaron sus valores! Vivir para otros, mamá, es el peor de los golpes para los que deseas ayudar. Arrastra sus carretas montaña arriba y serás tú quien acabará con el corazón destrozado. Me protegiste de la muerte de Bobby, me salvaste de mis sentimientos, y han pasado cincuenta años antes de poder enfrentarme a ellos por mí mismo. ¿Cómo pudiste equivocarte tanto y por qué te amo todavía?

— Me alegro de que no me haya advertido que Bobby se estaba muriendo — dije—. Si lo hubiera hecho, no logro imaginar... mi mente no llega a sospechar en quién podría haberme convertido.

— ¿En un misionero? —sugirió.

— ¿Misionero, yo? ¡Imposible! Probablemente.

— ¿Podrías ser ahora misionero? —Lo dijo como si tuviera la esperanza de que eso fuera un consuelo póstumo para mi madre.

Solté una carcajada.

— ¡Fue el sacerdote quien mató a Dios en mí, Dickie! A Dios, tal como Lo conocía. ¿No recuerdas?

— No.

"Por supuesto", pensé. "El es Custodio de lo Olvidado. Y eso lo recuerdo como si hubiera ocurrido hoy."

— Cuando Bobby murió —dije—, en mis sencillas preguntas de niño superviviente al sacerdote interior, esperaba la destrucción de Dios-tal-como-Lo-conocía y mi primer vistazo a mi propia verdad.

Dickie no lograba imaginar que yo recordara algo importante de mi niñez.

—¿Qué sacerdote? ¿Qué ocurrió?

— Te mostraré lo que ocurrió —dije—. Cuando me ponga aquí seré yo mismo. Cuando esté aquí, el Sacerdote Interior. ¿De acuerdo?

Sonrió, previendo muchos movimientos rápidos en la cima de la colina.

—"¿Es Dios todopoderoso?", pregunto yo, niño pequeño, al sabio adulto.

Di un paso adelante y me volví para mirar al niño que había sido. Ahora yo era un alegre sacerdote de hábito verde oscuro, con el logotipo de una empresa colgado de mi cuello por una cadena.

—"¡Por supuesto! De lo contrario El no sería Dios, ¿verdad, hijo?"

—"¿Y Dios nos ama?"

—"¿Cómo puedes preguntar eso? ¡Dios nos ama a todos!"

---"¿Y por qué la gente buena que Dios ama muere en la guerra, en asesinatos crueles y sin sentido, en accidentes estúpidos? ¿Por qué hay niños inocentes y buenos que sufren hasta morir sin misericordia? ¿Por qué murió mi hermano?"

Cuidado ahora con la voz; una suave máscara de ignorancia.

—"Hay cosas que están más allá del conocimiento, hijo mío. El Padre envía los peores males a quienes más ama. Necesita asegurarse de que Lo amas más que a tu hermano mortal. Ten fe y confianza en Dios Todopoderoso..."

—"¿TE HAS VUELTO ESTUPIDO Y CHIFLADO? ¿ME TOMAS POR UN IDIOTA DE NUEVE AÑOS? O ADMITES QUE DIOS NO ES MAS TODOPODEROSO QUE YO, QUE CONTRA EL MAL ESTA MAS INDEFENSO QUE UN BOMBON DE MERENGUE, O BIEN ADMITES QUE EL SUPUESTO AMOR DE DIOS ES UN ODIOS PERVERSO Y SÁDICO, Y EL, EL ASESINO EN MASA MAS SANGUINARIO QUE JAMAS BLANDIO UN HACHA!"

—"De acuerdo", dice el padre, que de pronto se vuelve todo candor. "Estoy equivocado, tienes razón. Te ofrecí consuelo y tú querías la verdad. Como tantos niños, acabas de demoler la religión organizada, don Buscador Racionalista. Sabes que no puedo responder a esas preguntas; no hay sacerdote que pueda. Y ahora tendrás que idear tu propia religión."

—"¿Por qué?, digo yo. "No necesito ninguna religión. Puedo arreglármelas sin ella."

—"¿Y dejarás sin resolver el misterio de por qué estamos aquí?"

—Si lo dejaba sin resolver —dije a Dickie en un aparte—, estaba reconociendo que había algo que yo no era capaz de desentrañar. Y yo me sabía capaz de comprender cualquier cosa, siempre que lo deseara lo suficiente. Eso, para comenzar, sería el primer principio de mi nueva religión.

Volví a mi pequeña representación.

—"Será fácil", digo yo. "Cualquier niño puede inventar algo mejor que un matadero por mundo y un Dios con puñales en las manos."

—"Hay que pagar un precio", advierte el sacerdote. "Si intentas una teología propia, serás diferente de todo el mundo..."

—"Eso no es un precio a pagar", me burlo, "sino una recompensa. Además, nadie cree en Dios el Impotente ni en Dios el Asesino, ¿verdad? Será fácil."

Ante eso, mi padre interior sonríe, con una sonrisa de superioridad, y desaparece.

Dickie observaba, absorto en mi actuación teatral.

—En cuanto se fue —dije—, me puse nervioso. ¿Habría sido impetuoso y emocional en mi pequeño estallido? En los diez años siguientes, con serenidad y cautela, lo fui armando otra vez, sin énfasis ni signos de exclamación. Todo ese tiempo me llevó hacer coincidir las piezas, pero los cimientos estaban terminados. Gracias a mi hermano había reconstruido a Dios. Ayúdame con esto, Dickie; muéstrame en qué me equivoco.

El asintió, deseoso de formar parte de una religión casera.

—Supongamos que existe un Dios Todopoderoso que ve a los mortales y sus tribulaciones en la tierra —dije, lentamente.

El asintió con la cabeza.

—Por lo tanto, Dickie, Dios debe de ser responsable de todas las catástrofes, las tragedias, el terror y la muerte que acosan a la humanidad.

El levantó la mano.

—El hecho de que Dios vea nuestras tribulaciones no Lo hace responsable de ellas.

—Piensa bien. Porque El es todopoderoso. Es decir: tiene el poder de impedir las cosas malas, si quiere. Pero prefiere no impedir las. Al permitir que exista el mal, El es causa de que esté aquí.

Dickie reflexionaba.

—Puede ser... —dijo con cautela.

—Por definición, pues, como los inocentes continúan sufriendo y muriendo, un Dios todopoderoso no es sólo indiferente, sino indeciblemente cruel.

El volvió a levantar la mano, más por pedir tiempo para seguirme que por hacer una pregunta.

—Puede ser...

—No estás seguro —dije.

—Suenan raro, pero no veo nada equivocado.

—Yo tampoco. ¿Este pensamiento te cambia el mundo, como me lo cambió a mí? ¿Un Dios cruel y perverso?

—Continúa —dijo.

—Lo siguiente. Supongamos que hay un Dios Amante que ve a los mortales y conoce sus tribulaciones en la tierra. —Eso está mejor.

Asentí.

—En ese caso, este Dios debe observar apenado a los inocentes oprimidos y asesinados por la maldad, una y otra vez, asesinados por millones mientras rezan en vano pidiendo ayuda, siglo tras siglo...

Levantó la mano.

—Ahora vas a decir que, como los inocentes sufren y mueren, nuestro Dios Amante no tiene poder para ayudarnos.

—¡Exactamente! Avísame cuando estés listo para responder a una pregunta.

Se tomó un momento para repasar lo que habíamos dicho. Luego asintió.

—Bien. Estoy listo para tu pregunta.

—¿Cuál es el Dios real, Dickie? —pregunté—. ¿El cruel o el impotente?

Lo analizó por larguísimo rato. Luego se echó a reír, pensándolo, y sacudió la cabeza.

—¡No hay elección! Es decir, si hay que elegir entre Cruel o Impotente, ¡Dios se va al cuerno!

Observarlo era verme tal como yo habría sido años atrás, al resolverlo.

—La alternativa no es alternativa —confirmé—. Ninguna es real.

—Volvamos al principio —dijo—. ¿Había algo equivocado en la pregunta? ¿Habría sido yo tan perspicaz cuando era él?

—¡Bien! Si la elección resulta irreal, Dickie, es por la proposición: "Supongamos que hay un Dios que ve a los mortales y conoce sus tribulaciones en la tierra." Dale cuantas vueltas quieras; yo lo hice durante años, pero en cuanto imaginas que Dios nos ve como mortales en tribulaciones, no puedes librarte de tener que elegir entre uno u otro: Cruel o Impotente.

—¿Y qué resulta? —preguntó—. ¿Que no hay Dios? —Si aseguras que el espaciotiempo es real... que el espaciotiempo siempre ha sido y siempre será, o bien no hay, Dios o te encuentras con la alternativa anterior.

— ¿Y qué pasa si no aseguro que el espaciotiempo es real?

Recogí una piedra del suelo y la arrojé a baja altura, rozando la cuesta, muy abajo. Recordaba el momento en que decidí no insistir, sólo por divertirme.

— No lo sé —reconocí.

— ¡ Oh, vamos! —Arrancó un manojito de hierbas con su terrón de tierra y me lo arrojó, apuntando a fallar—. ¡Claro que lo sabes!

— Piénsalo y lo resolveremos la próxima vez. —¡No se te ocurra dejarme ahora, Richard! ¿DONDE ESTA MI LANZALLAMAS?

— ¿Sabes, Dickie, que esta sería una colina estupenda para practicar con el ala delta? ¿El viento suele venir desde el sur?

—Aquí no hay viento, a menos que yo lo ordene —dijo—. Y ahora que has matado a Dios, será mejor que Lo levantes de entre los muertos o te prometo que no podrás dormir.

—Está bien. Pero no puedo levantarlo de entre los muertos. Dios no es un El.

—¿Es una Ella?

—Es un Es —dije.

—Listo... Ya —indicó, devolviéndome a la escena.

—Bien. Me niego a aceptar un Dios impotente o indiferente ante el mal. Pero no me niego a aceptar una realidad todopoderosa y amante.

—¡Entonces estás de nuevo en el comienzo!

. —No. Escucha. Es sencillo. —Dibujé un contorno en el aire—. Aquí tienes una puerta. En la puerta hay tres palabras. La Vida Es. Si cruzas la puerta verás el

mundo donde eso es verdad.

—No tengo por qué creer que La Vida Es —dijo, decidido a no dejarse atrapar otra vez en suposiciones.

—No, no tienes por qué. Si no crees en eso, si crees que La Vida No Es, o que La Vida A Veces Es y a Veces No, o que La Muerte Es, entonces el mundo debe de ser lo que parece, bastante aproximadamente, y olvidémonos de la finalidad y el sentido... Estamos todos limitados a nuestros recursos; algunos nacen con suerte y otros lloran mucho antes de morir, sin que se pueda decir qué es qué. Buena suerte.

Lo esperé mientras él llamaba a esas puertas, empujaba para abrirlas y perdía interés en lo que había detrás.

—Muy tonto —dijo. Y se inclinó hacia adelante, listo para el salto—. Bueno. Digamos que La Vida Es.

—¿Estás seguro?

—Estoy dispuesto a intentarlo.

—Recuerda que la puerta dice La Vida Es —apunté—. No miente. Si quieres, abajo hay letras invisibles; "No importa lo que parezca ser."

—La Vida Es.

—¡JA, DICKIE! —grité en samurai, con la espada curva centelleando en la mano—. ¡ALLI EN SU ATAUD, YACE EL CUERPO DE TU HERMANO! ¿ASI QUE LA MUERTE NO EXISTE?

—La Vida Es —dijo, confiado—, No Importa Lo Que Pase.

Me puse un hábito negro, escondí la cabeza dentro de su capucha y, erguido de puntillas, hablé con voz ominosa y hueca:

— Soy la Muerte, pequeño, y cuando llegue el momento vendré por ti, y no existe nada que pueda ignorar mi llamada... —Soy capaz de mostrarme bastante ominoso; yo mismo me preocupé un poco.

Aun así, él se aferró a la verdad que ponía a prueba. —La Vida Es —repitió—. No Importa Lo Que Pase.

— Oye, amigo —dije, cambiando el hábito por mi chaqueta deportiva a cuadros amarillos—. No es para tanto. Uno no pretende que los zapatos le duren eternamente, ¿verdad? Ni el coche, ni la vida. Es de sentido común: ¡todo se gasta.

—La Vida Es —dijo—. No Importa Lo Que Pase.

Entonces, disfrazado de mí mismo, observé:

—Las apariencias cambian.

—La Vida Es.

— Resulta fácil decir eso cuando te sientes bien y feliz, capitán. ¿Qué dices cuando sangras, cuando estás enfermo o deprimido porque tu novia te abandonó, porque tu esposa no entiende lo que eres, porque has perdido el empleo y estás quebrado, mirando el fondo más bajo al que puedes llegar?

—La Vida Es.

— ¿Se fija la vida en las apariencias?

Pensó un momento. Cualquier pregunta podía ser una trampa.

—No.

—¿Sabe la Vida de apariencias?

Un largo silencio.

— Dame una pista.
—¿Sabe la luz de la oscuridad? —pregunté.
—¡No!
—Si La Vida Es, ¿Se conoce sólo a Sí misma?
— ¿Sí?
—No puedes arriesgar.
—¡SI!
—¿Conoce las estrellas?
—... No.
—¿Sabe del principio y del fin? —pregunté—. ¿Del espacio y del tiempo?
—La Vida Es. Siempre y por siempre. No.
"¿Por qué las cosas sencillas son tan difíciles?", pensé. "Es significa Es. No Fue, Será, Solía Ser, Pudo No Haber Sido ni Mañana Podría Apagarse. Es."
—¿Conoce la Vida a Dickie Bach?Largo silencio.
-No conoce mi cuerpo.
"Aquí vamos", pensé.
-¿Conoce tu... domicilio?
El rió.
-¡No!
-¿Conoce tu... planeta?
—No.
—¿Conoce tu... nombre?
—No.
Pregunta inesperada.
—¿Te conoce a ti?
—Conoce... mi vida —respondió—. Conoce mi espíritu.
— ¿Estás seguro?
—No me importa lo que digas. La Vida conoce mi vida.
—Tu cuerpo, ¿se puede destruir? —pregunté.
— Por supuesto que sí, Richard.
— Tu vida, ¿se puede destruir?
—¡Jamás! —exclamó, sorprendido.
— Oh, Dickie, vamos. ¿Vas a decirme que no se te puede matar?
— Hay dos tipos de matar. Cualquiera puede matar mi apariencia. Pero nadie puede llevarse mi vida. —Pensó un segundo—. Si La vida Es, no.
—Y bien —dije.
—¿Y bien qué?
—La lección ha terminado. Acabas de dar Vida a Dios. —¿Un Dios todopoderoso? —preguntó.
— ¿La Vida es todopoderosa?
—En su mundo. En el Mundo Real, La Vida Es. Nada destruye a la vida.
—¿Y en el mundo de las Apariencias?
—Las apariencias son apariencias —dijo—. Nada destruye a la Vida.
—¿Te ama la Vida?
—La vida me conoce. Soy indestructible. Y soy una buena persona.
— ¿Y si no lo fueras? Si la Vida no ve las apariencias, si la Vida no tiene

conciencia del tiempo ni del espacio, si la Vida ve sólo a la Vida, si la Vida no sabe de Condiciones, ¿puede considerarte bueno o malo?

— ¿La vida me considera perfecto?

— ¿Qué te parece? —inquirí—. ¿Eso es amor? Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Guardó silencio durante largo rato, con los ojos entornados y la cabeza ladeada.

— ¿Qué pasa? —pregunté.

Por un momento me miró como si tuviera un detonador en la mano; me había llevado toda la vida aprender esa bella estructura y él detestaba hacerla estallar. Pero yo no era su único futuro; ante él se extendía su propia vida. Y uno no puede vivir ideas en las que no confía.

— Dime —lo incité, con el corazón acelerado.

—No me interpretes mal —dijo—. Debo admitir que, tal como lo has planteado, lógicamente tu religión puede ser verdad. —Pensó un momento—. Pero...

—¿Pero...?

—¿Pero qué tiene que ver eso con mi vida como Ser Humano Aparente aquí, en esta Apariencia de tierra? Tu Es resulta bonito, Richard —dijo—, ¿y con eso qué?

Me reí de mí mismo en el silencio. ¿Cuántos miles de veces me ha ocurrido eso? De pronto me importa lo que piense otra persona o lo que otro decida hacer. Como si se abriera suavemente una soldadura bajo la línea de flotación de mi buque interior, una tensión preocupada me inunda y me arrastro en el mar, medio hundido, no tan ligero ni veloz ni fácil de maniobrar como me gusta ser. Y no sé por qué.

—¿Nunca has pensado Y Con Eso Qué? —dijo Dickie—. ¡Seguro que sí!

Me agaché, arrojé con fuerza y la piedra se alejó de la ladera. "Con el impulso suficiente", pensé, "casi todo puede volar."

—Enviaste a Shepherd —observé— porque deseabas aprender lo que yo sé.

—Yo no envié a Shepherd...

Recogí otra piedra para continuar con mi silenciosa investigación de la aerodinámica de la roca.

—Sí —reconoció—. Tenía que aprender lo que tú sabes. Y eso no ha cambiado. Perdóname si te ofendí al decir "y con eso qué".

Yo había elegido el silencio para no obligarlo a aceptar mi manera de pensar. El percibía ese silencio como un resentimiento por una pregunta justa. ¡Qué difícil es que dos personas se entiendan, a menos que ya estén de acuerdo!

—Ayúdame a resolver este problema —propuse—. Quiero enseñarte lo que he aprendido. Quiero dártelo gratuitamente, porque tú vas a hacer con ese aprendizaje algo distinto de lo que hice yo y, de algún modo, encontrarás la manera de decirme qué hiciste diferente y por qué. Así quiero que sea. ¿Me crees?

El asintió.

—Pero hay algo más que he aprendido: Nunca Convenzas a Nadie. Cuando dijiste: "Y con eso qué" yo vi un letrero de neón rosa: "Convéncelo, demuéstrole tu verdad o él no creerá lo que estás diciendo!"

—No —dijo—. No es eso lo que...

—No me molesta decírtelo. No me molesta explicártelo con toda la claridad que pueda; pero recuerda que no puedo hacerme responsable de alguien sobre quien no tengo autoridad... de cualquiera que no sea yo.

—Pero yo...

—Confiar en otras personas para entender es como confiar en los médicos para curarse, Dickie. Sólo salimos beneficiados si ellos están disponibles y no se equivocan. Cuando no están o cuando se equivocan, se acabó nuestra suerte. Pero si nos pasamos la vida aprendiendo a comprender lo que sabemos, entonces ese sapiente ser interior nos acompaña siempre y, cuando se equivoca, podemos cambiarlo hasta que funcione siempre o casi siempre.

—Richard, yo...

—Recuerda, capitán: si estoy aquí no es para convencerte, para convertirme ni

para transformarte en mí. Bastante difícil me ha resultado transformar a Richard en mí. No soy guía más que de mí mismo. Francamente, me sentiría mejor si dejara de importarte quién soy, qué creo y por qué soy diferente de todos tus otros futuros. Te debo información y una respuesta a tu curiosidad. Pero no te debo una conversión a mi manera de pensar, que puede estar completamente equivocada.

A cambio de mi sermón me entregó un largo silencio. "Es lo justo", pensé. Y no dije nada.

El suspiró.

—Entiendo que no eres mi guía —dijo— y que no te haces responsable de algo que yo pueda hacer o dejar de hacer por el resto de mi vida natural o vidas naturales a lo largo de toda la eternidad. Estoy de acuerdo en no culparte de ningún daño, real o imaginario, que pudiera resultar de cualquier palabra tuya que yo aplicara correcta o incorrectamente a cualquier situación, en cualquier futuro o futuro alternativo que escoja. ¿Entendido?

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo que no? ¿No entiendes? NO ERES MI LIDER, MI GUIA NI MI MAESTRO, PASE LO QUE PASE...

— No sirve —dijo—. Lo quiero por escrito.

Fue una maravilla contemplar su cara.

—¿Lo quieres COMO? Te digo que acepto que no quieras ser el guía de nadie y me sales con que no basta...

Le di una bonita piedra pulida para que la arrojara.

—Estaba bromeando —dijo—. Para provocarte, Dickie. Quería asegurarme de que hubieras comprendido. No necesito ningún acuerdo por escrito.

El estudió la piedra que tenía en la mano; no la arrojó ni la dejó caer.

— Bueno —dijo por fin—. La Vida Es. ¿Y qué?

— ¿Qué sabes de aritmética? —pregunté.

— ¿Qué sabe de aritmética cualquiera que esté en cuarto grado? -dijo, sabiendo que yo debía estar apuntando a algo, con la esperanza de que no fuera otra vez para provocarlo—. Sé lo mismo que todo el mundo.

—Eso es suficiente. Creo que la Vida se expresa en la Apariencia tal como los números se expresan en espaciotiempo. Tomemos la cifra nueve. ¿O prefieres otro número?

—El ocho —dijo, por si nueve era un número tramposo.

—Bueno, tomemos el número ocho. Podemos dibujar un ocho con tinta en el papel, podemos fundir un ocho en bronce, podemos tallar un ocho en piedra, colocar ocho dientes de león en fila, apilar ocho dodecaedros cuidadosamente, uno sobre el otro. ¿De cuántas maneras diferentes podemos expresar la idea de ocho?

Se encogió de hombros.

—Hay millones y millones de maneras. No tienen fin.

—Espera —indiqué—. ¿Ves este soldador y este martillo? También podemos quemar la página, fundir el bronce, convertir la piedra en polvo, arrojar los dientes de león al viento, aplastar los dodecaedros hasta dejar una masa de astillas.

— Comprendo. Los números se pueden destruir.

— No. Se puede destruir la apariencia de los números en el espaciotiempo. Se pueden crear apariencias y destruir apariencias.

El asintió.

—Pero antes de que el tiempo comenzara, Dickie, y en este mismo instante, y después de que el tiempo y el espacio se hayan borrado, seguirá en pie la realidad de la idea de ocho, que las apariencias no pueden destruir. Cuando la Gran Explosión se haya convertido en la Gran Demolición, cuando toda la materia esté reducida a una partícula tan pequeña que ya no exista, la idea de ocho flotará serena, perfecta y sin que nada absolutamente le importe.

—¿No le importa?

—Aquí tienes un hacha —dije—. Destroza la idea del número ocho hasta que ya no exista. Tómate todo el tiempo que quieras. Avísame cuando termines.

Se echó a reír.—¡No puedo destrozarte ideas, Richard!

—Yo tampoco pude.

—O sea que mi cuerpo —advirtió— no es el yo real, así como el número escrito no es el número real.

Asentí.

—Pero yo me estoy acercando a eso mucho más despacio que tú. Espera.

Esperó.

—¿Qué otro número es como el número ocho? —inquirí, preguntándome por un segundo si me importaba que él creyera o no en mis imágenes. "No me importa lo que crea", pensé. "Me importa que entienda o no."

—¿El siete?

—Cuántos ochos hay en aritmética?

Pensó durante algunos segundos.

—Uno solo.

—Eso es lo que yo también creo. La idea de cualquier número es única; no hay otra como esa en existencia. Todo el Principio de los Números depende del querido ocho. Sin el ocho, todo el Principio se derrumbaría.

—Oh, vamos...

—¿Te parece que no? Supongamos que hemos logrado destruir el número ocho. Rápido: ¿cuánto es cuatro más cuatro? ¿Seis más dos? ¿Diez menos dos?

—Ah.

—Has entendido. Existe una indefinida cantidad de números, cada uno diferente de todos los demás, cada uno tan importante para el Principio como el Principio es importante para cada uno.

—¿El Principio necesita de todos los números! —exclamó—. No se me había ocurrido.

—Ya se te ocurrirá —le aseguré—. Cada número, real, indestructible, vida más allá de las apariencias, puede empero expresarse simultáneamente en cualquiera de los infinitos mundos de apariencia que desee.

—¿Cómo cambiamos? —preguntó—. ¿De dónde salen las creencias? ¿Por qué de pronto olvidamos todo lo que es verdad y nos convertimos, de la noche a la mañana, en bebés balbuceantes?

Me mordí el labio.

—No lo sé.

—¿Qué? ¿Tienes resuelto todo este acertijo y te falta una pieza?

—Sé que estamos en libertad de creer en cualquier clase de existencia —dije— Sé que lo hacemos por la diversión de aprender y la capacidad de recordar

quiénes somos. ¿Cómo olvidamos? ¿Bienvenido al espaciotiempo, por favor deposite su memoria a la puerta? Algo ocurre, pero no he podido descubrir qué es lo que nos borra cuando damos el salto.

El sonrió ante mi desconcierto; fue una sonrisa extraña que no pude sondear. Al cabo de un momento asintió.

—Podemos continuar, aunque falte una pieza —dijo—. Ocurre algo. Olvidamos. Prosigue.

—Sea como fuere: una vez en el espaciotiempo —dije—, estamos en libertad de creer que existimos solos y desconectados; podemos decir que el Principio de los Números es una tontería.

El asintió, armando el cuadro.

—El Principio no repara en el espaciotiempo —continué—, porque el espaciotiempo no existe. Por lo tanto, el Principio no escucha plegarias angustiadas ni perversas maldiciones; no existen cosas tales como el sacrilegio, la herejía, la blasfemia, la impiedad, la irreverencia o la abominación. El Principio no construye templos, no contrata a misioneros, no libra ninguna guerra. No presta la menor atención si los símbolos de sus números son clavados en cruces, cortados en pedazos por otros símbolos o reducidos a cenizas.

—No se interesa —dijo, renuente.—¿Se interesa mamá por ti? —pregunté.

— ¡Me ama!

— La última vez que jugaste a policías y ladrones, ¿se enteró ella, le importó acaso que te mataran diez veces en una hora?

—Hum.

—Lo mismo ocurre con el Principio —dije—. No repara en los juegos que a nosotros nos importan tanto. Prueba ahora. Ponte de espaldas al Infinito Principio de los Números, a la Inmortal Realidad del Ser Numérico.

Cambió de posición en la cumbre, girando un poquito a la izquierda.

— Di en voz alta: "¡Odio el Principio de los Números!"

—Odio el Principio de los Números —dijo, sin mucha convicción.

—Prueba con esto: "Ese tonto gusano del Principio de los Números come azúcar refinada, aceites saturados y carnes rojas!"

Se echó a reír.

—Cuidado con esto, capitán. Vamos a necesitar mucho valor para gritar esto, porque si nos equivocamos acabaremos fritos. ¡ESE CONDENADO PIOJOSO DEL PRINCIPIO DE LOS NUMEROS, SABANDIJA MENTIROSO E INUTIL, ES MAS TONTO QUE LAS GALLINAS! ¡NO ES CAPAZ DE FULMINARNOS CON UN RAYO NI SIQUIERA PARA DEMOSTRAR QUE EXISTE!

Se perdió a la altura de "sabandija" e inventó el resto, pero acabó con una maldición tan feroz que el Principio podría habernos achicharrado, si le hubiera importado.

No ocurrió nada.

— Ya ves que podemos ignorar el Principio, odiarlo, maldecirlo, organizar cruzadas contra él —dije—, y podemos tomarlo a broma. No hay ira de los cielos, ni siquiera el más leve ceño allá arriba. ¿Por qué?

El lo pensó largo rato.

—Al principio de los Números no le importa. ¿Pero qué? —insistí.

— Porque no escucha —dijo, por fin.
—¿Conque no hay castigo por arrojar el Principio a la basura?
—No hay castigo.
—Te equivocas —dije.
—¿Por qué? ¡Si no nos escucha!
— El no escucha, Dickie, ¡pero nosotros sí! Cuando volvemos la espalda al Principio de los Números, ¿qué pasa con nuestra aritmética?
—¿Que no podemos hacer cálculos?
— Ninguno. Las soluciones son siempre diferentes, el comercio y la ciencia se disuelven en una maraña. Si abandonamos el Principio no es el Principio quien sufre, sino nosotros.
— ¡Cielos! —dijo.
— Pero si recordamos el Principio, en el mismo instante todo vuelve a funcionar. No hacen falta disculpas; no las escucharía aunque pidiésemos perdón a gritos. Nadie está en libertad condicional, no hay nadie castigado, no hay reproches del Ser Infinito. Con sólo recordarlo curan súbitamente todas nuestras sumas, pues hasta en el imaginario patio de juegos de las apariencias el Principio es real.
—Interesante —dijo; no estaba convencido, pero me seguía.
—Y ahora te he alcanzado, Dickie. Supongamos ahora que, en vez del Principio de los Números, se trata del Principio de la Vida.
—La Vida Es —recordó.
—Vida pura, amor puro, que conoce su propio ser puro. Supongamos que cada uno de nosotros es una expresión única y perfecta de ese Principio; supongamos que existimos más allá del espaciotiempo, que somos inmortales, eternos, indestructibles.
— Supongamos eso. ¿Y qué?
— Entonces somos libres de hacer lo que deseemos, salvo dos cosas: no podemos crear la realidad ni podemos destruirla.
— ¿Qué podemos hacer?
— Una Maravillosa Nada, en todas sus facetas diamantinas. Cuando vamos a la agencia Alquile Una Vida, ¿qué esperamos alquilar? Podemos descartar ilimitados mundos de apariencias, comprar nacimientos y muertes, elegir tragedias y deleites, desastres, paz y terror, nobleza y crueldad, paraíso e infierno; podemos volver a casa con nuestras creencias, saborearlas en microscópicos detalles, agudos, quemantes, deleitosos, deliciosos. Pero antes y después del tiempo, en cada momento, La Vida Es y Nosotros Somos. Lo que más miedo nos da es justamente lo único que no es posible: Nosotros no podemos morir, no podemos ser destruidos. La Vida Es. Nosotros Somos.
— Nosotros Somos —dijo, sin impresionarse—. ¿Y Con Eso Qué?
— Dímelo tú, Dickie. ¿Qué diferencia hay entre la víctima de las circunstancias, atrapada en una vida que no pidió, y un amo de la elección, que puede cambiar su existencia a voluntad?
—La víctima está indefensa —dijo—. El amo, no. Asentí.
— Ahí tienes tu Y Con Eso Qué.

Me había dado la oportunidad de decir lo que yo quería decir y estaba pensándolo; supuse que sería mejor dejarlo por un rato.

Miré aquel paisaje, preguntándome cómo estaría cuando volviera a verlo.

—Hasta la próxima —susurré.

— ¿Tú eres un amo? —preguntó.

— ¡Por supuesto! Yo, tú y todo el mundo. Pero lo olvidamos.

— ¿Cómo lo hacen?

— ¿Cómo hacen quiénes qué cosa?

— ¿Cómo hacen los amos para cambiar su vida a voluntad?

La pregunta me hizo sonreír.

— Con herramientas de poder.

— ¿Cómo dices?

— Otra de las diferencias entre amos y víctimas es que las víctimas no han aprendido a usar las herramientas de poder, mientras que los amos las emplean constantemente.

-¿Taladros eléctricos? ¿Sierras a motor? —Estaba a la deriva, pidiendo ayuda.

Un buen maestro habría dejado que lo resolviera solo, pero yo soy demasiado parlanchín para enseñar.

— Nada de sierras a motor. Elección. La hoja encantada, con un filo que da forma a la vida. Sin embargo, si tenemos miedo de elegir algo distinto a lo que nos ha tocado, ¿de qué sirve elegir? Para eso es mejor dejar la elección bien envuelta en su caja, sin molestarse en leer las instrucciones.

— ¿Quién tiene miedo de usarla? —preguntó—. ¿Qué tiene de temible la elección?

— ¡Que nos hace diferentes!

— Oh, vamos...

— Está bien, no elijas —sugerí—. Haz lo que haría todo el mundo, en cada minuto de tu vida. ¿Qué ocurre? —Voy a la escuela.

— Sí. ¿Y? —Me graduó.

— Sí ¿Y?

— Consigo empleo.

— Sí. ¿Y? —Me caso.

— Sí, ¿Y? —Tengo hijos.

— Sí. ¿Y?

— Los ayudo a estudiar.

— Sí. ¿Y? —Me jubilo. —Sí. ¿Y? —Me muero.

— Y cuando mueras, escucha tus últimas palabras.

Lo pensó.

— Y con eso qué.

—Aunque hayas hecho todo lo que se esperaba de ti: ser un ciudadano respetuoso de las leyes, padre y esposo perfecto, votar, contribuir con las obras de caridad, ser bondadoso con los animales. Vives como los otros esperan, ¿y mueres de con eso qué?

— Hum.

—¡Porque nunca escogiste tu vida, Dickie! Nunca pediste un cambio, nunca pediste lo que te encantaba y nunca lo hallaste; nunca te arrojaste en el mundo que más te importaba, ni luchaste contra los dragones que, según creías, podían comerte; nunca trepaste por un acantilado aferrándote con las puntas de tu habilidad, con la destrucción tres-cientos metros más abajo, porque tu vida estaba allí y tenías que sacarla del terror. ¡Elige, Dickie! Elige lo que amas y persíguelo a toda velocidad; yo, tu futuro, te prometo solemnemente que nunca morirás de con eso qué!

Me miró de soslayo.

— ¿Estás tratando de convencerme?

—Estoy tratando de desviarte del Camino de Todos. Es algo que te debo.

— ¿Y silo hago? ¿Qué pasa si aprendo a elegir por mí mismo, sin que importe lo que otros digan, y salto a los acantilados. ¿Tu sierra mágica me mantendrá fuera de peligro?

Suspiré.

— ¿Desde cuándo la seguridad ha sido tu ambición, Dickie? Huir de lo seguro: esa es la única manera de lograr que tu última palabra sea "¡Sí!"

— El sicomoro —dijo.

— ¿Cómo?

— En el patio delantero. Siempre está allí, siempre seguro. Cuando tengo miedo daría cualquier cosa por ser ese árbol. Cuando no, esa vida aburrida me parece insoportable.

"El árbol aún vive allí", pensé, "más grande que cuando él lo conoció, más frondoso; duró otro medio siglo hundiendo los pies todavía más en el polvo.

—Huir de lo seguro no significa destruirte —dije—. Antes de subir a un avión veloz aprendes a pilotar un Cub. Hay pequeñas elecciones, aventuras pequeñas antes de las grandes. Pero un día llega una carrera aérea, en el rugir cilindros a máxima potencia de ese motor monstruoso; mundo es un empinado borrón verde cincuenta pies más abajo; pasas a seis calibres alrededor de los pilones y de pronto recuerdas: "¡ Yo elegí que me ocurriera este minuto! ¡Yo construí esta vida! Lo quise más que ninguna otra cosa; gateé, caminé y corrí para lograrlo y aquí está."

—No sé —dijo—. ¿Tengo que arriesgar la vida?

—¡Por supuesto! Con cada elección arriesgas la vida que habrías tenido; con cada decisión la pierdes. Sin duda: en un mundo alternativo hay un Dickie alternativo que se desprende y vive lo que tú habrías podido elegir, pero esa es su elección, no la tuya. En los estudios, en el trabajo y el matrimonio, en cualquier aventura que escojas, si te importa saber cuáles serán tus últimas palabras, confía en lo que sabes y lánzate detrás de tu esperanza.

—Y si me equivoco —dijo—, muero.

—Si lo que quieres es seguridad has venido a mal lugar. Lo único seguro aquí

es La Vida Es, y eso es todo lo que importa. Absoluto, invariable, perfecto. Pero ¿Seguridad en las Apariencias? Hasta el sicomoro se hará polvo algún día.

Apretó los dientes; su cara era un pánico de líneas preocupadas.

Su expresión me hizo reír.

—La madera se desintegra, el símbolo desaparece, pero el espíritu de su vida, no. La creencia de tu cuerpo se hace trizas, pero el creyente que le dio forma, jamás.

—Puede que a mi espíritu le encante el cambio —dijo—. Mi cuerpo lo odia.

Recordé. A salvo y abrigado bajo las mantas. Con el sueño profundo de las seis y media de una mañana invernal y: "¡BOBBY, DICKIE! ¡ARRIBA, ARRIBA! ¡A PREPARARSE PARA IR A LA ESCUELA!" Y yo luchaba por despertarme, jurando que, si alguna vez crecía, jamás saldría de la cama antes del mediodía. Lo mismo en las Fuerzas Aéreas: la sirena de alerta suena a las dos de la mañana, conectada a mi almohada: "¡JONGA-JONGA-JONGA!", ¿y se supone que debo despertarme? ¿Y pilotar? ¿Un avión? ¿En la oscuridad? Cuerpo: "¡Imposible!" Espíritu: "¡Hazlo! ¡Ahora!"

—El cuerpo detesta el cambio —asentí—. Pero fíjate en tu cuerpo... Cada día es un poco más alto, cambia un poquito. Dickie se va fundiendo en Richard, hacia arriba, condenado a ser adulto. No hay cuerpo más completamente destruido que el de un niño cuando crece, capitán. Desaparece sin rastros, sin ataúd, y no quedan siquiera cenizas sobre las que llorar.

—Socorro —dijo—. ¿Necesito todas las herramientas de poder que pueda conseguir!

—Ya están en tus manos. ¿Qué puedes decir a cualquier apariencia?

—La Vida Es.

—¿Y...?

—¿Y qué? —preguntó.

Le di una pista.

—Elección.

—Y puedo cambiar las apariencias.

—¿Dentro de ciertos límites?

—¡Límites, un cuerno! —exclamó—. Si no quiero respirar, no tengo por qué respirar. ¿Dónde están ahora tus límites?

Me encogí de hombros.

—Cuando a los amos les disgustan las cosas tal como parecen ser, Richard, ¿por qué no dejan de respirar, simplemente? ¿Por qué no renuncian al mundo de las Apariencias cuando tropiezan con un problema realmente difícil y se van a casa?

—¿Por qué renunciar, si podemos cambiar el mundo? Declaramos La Vida Es, en las narices de la apariencia; desenfundamos la Elección encantada y, tras un decente intervalo, lleno de palabras, el mundo cambia.

—¿Siempre?

—Generalmente.

Se desinfló.

—¿Generalmente? ¿Me das una fórmula mágica y tu garantía es que generalmente funciona?

— Cuando no es así aparece el Principio de las Coincidencias.

—El principio de las coincidencias —repitió.

—Supongamos que, en tu mundo inmediato de Apariencias, has escogido algún cambio para afirmar tu vida. Decides que se presenten cambios.

El asiente.

—Declaras La Vida Es, sabiendo que es cierto, y trabajas con tu corazoncito para transformar lo que deseas. Asintió.

—Y eso no cambia —agregué.

—Iba a preguntártelo.

—He aquí lo que haces: sigues trabajando, alerta a las coincidencias que se puedan cruzar en el camino. Observa con atención, porque siempre se presentan disfrazadas.

Asintió.

—Y cuando aparezca esa coincidencia, ¡la sigues! Dickie no se dejó conmovido.

—No me vendría mal un ejemplo —dijo.

Un ejemplo.

—Tenemos que atravesar este muro de ladrillos, porque nos encierra dentro de una apariencia de vida que hemos decidido cambiar.

El asintió.

—Trabajamos como locos para cambiarla, pero nuestro muro sigue siendo de ladrillos; si acaso, se vuelve más duro que antes. Hemos revisado todo: no hay puerta secreta, ni escalerilla, ni pala con la que cavar por abajo. Sólo ladrillo macizo.

—Ladrillo macizo —repitió.

—Bien, calla y escucha. ¿No oyes un vago chug chug detrás de nosotros? ¿Es posible que el maquinista de la excavadora haya dejado el motor en marcha cuando salió a almorzar y la máquina haya metido la primera velocidad? Por casualidad, ¿no viene la máquina tronando hacia nuestro muro?

—¿Se supone que debo confiar en las coincidencias?

—Recuerda que este mundo no es realidad. Es el patio de juegos de las apariencias, en el que practicamos para superar el parece-ser con nuestro conocimiento del Es. El principio de la Coincidencia es una herramienta de poder que promete, en este patio de juegos, llevarnos al otro lado de la pared.

—¿Qué ha hecho por ti el principio de la coincidencia?

—¿Qué no ha hecho! Cada vuelco importante de mi vida giró sobre alguna coincidencia.

—Oh... —se burló—. Dime una.

—¿Recuerdas que ibas en tu bicicleta al aeropuerto? ¿Recuerdas que te aferrabas a la alambrada y te colgabas del portón, junto al cartel que decía: "Sólo permitida la entrada a Pilotos y Pasajeros"

Asintió.

—Muchísimas veces.

—¿Y querías ser capaz de volar, dibujabas aviones, construías modelos de aeroplanos, escribías composiciones sobre aviación y te prometías ser piloto algún día?

Abrió muy grandes los ojos. "El viejo se acuerda."

—Volar era un muro de ladrillos —dije—. Cuando quise aprender no ocurrió nada. No había dinero para tomar lecciones, ni amigos que tuvieran avión, ni súbitas hadas madrinas, ni regalos de la familia. Papá detestaba los aviones. Terminé la secundaria y me inscribí en la universidad. Clases de química, geometría analítica, composición, ictiología y la que cambió mi vida: la clase de tiro con arco.

—¿Arcos y flechas?

—Todo el mundo tenía que seguir un curso de educación física. El tiro con arco era la manera más fácil de solucionarlo.

Asintió.

—El lunes por la mañana me encontraba afuera con otros veinte, codo con codo. Por casualidad, el que estaba a mi lado era un estudiante del último año, que debía aprobar su última asignatura para graduarse. Los dos disparábamos flechas contra nuestras parvas de heno, con mucha decisión, cuando pasó casualmente un avión pequeño, que iba hacia el Aeropuerto Municipal de Long Beach. En vez de disparar la flecha siguiente, Bob Keech aflojó su arco y levantó la vista hacia ese avión. Con una mirada cambió mi vida.

—¿Por mirar hacia arriba?

—En Long Beach nadie mira a los aviones; es tan común verlos por encima de la ciudad como a los gorriones sobre los tejados. "Si este tipo se molesta en levantar la cabeza para mirar un avión", me dije, "es porque le interesan." En un destino relámpago, hablé antes de saber que no era posible: "¿Bob? Apostaría a que eres instructor de vuelo y estás buscando a alguien que te lave y lustre el avión, a cambio de que tú le enseñes a pilotar."

—Y dijo que sí —aventuró Dickie.

—No. Puso cara de sorpresa y preguntó: "¿Cómo lo has sabido?"

—Oh, vamos —dijo Dickie, incrédulo— ¿Cómo puede ser? No había motivos.

—¡Claro que había un motivo! Bob Keech acababa de obtener su certificado de Instructor de Vuelo Limitado; para convertirse en Instructor de Vuelo Diplomado, real y definitivamente, debía enseñar a cinco estudiantes. Ese era el motivo.

—Pero, ¿cómo supiste que necesitaba enseñar a alguien a pilotar?

—¿Por intuición? ¿Por esperanza? En ese momento creí que era por suerte. En seis meses Bob Keech me enseñó a volar. Huí de la universidad para incorporarme a las Fuerzas Aéreas y el resto de mi vida trepó al aire. El Principio de la Coincidencia había arreglado mi destino, pero yo tardé veinte años más en descubrir su existencia.

—¿Cómo funciona?

—Las cosas similares se atraen entre sí. Eso te sorprenderá por tanto tiempo como vivas. Elige una cosa que ames, esfuérzate por hacerla realidad y de algún modo ocurrirá algo, algo que tú no podías planificar aparecerá para acercar lo similar a lo similar, para liberarte, para ponerte en camino a tu próximo muro de ladrillos.

—¡Mi próximo muro! ¿Próximo muro?

—No es tan difícil como parece. No es preciso esforzarse para ponerse en la

peor de las situaciones imaginables: eso ocurre por sí solo cada vez que olvidamos nuestra magia. Pero lo divertido no es meterse en problemas, sino salir de ellos. El juego consiste en recordar quiénes somos y utilizar nuestras herramientas de poder. ¿Cómo vamos a aprender si no practicamos?

Dudaba.

—No sé...

"¿Querrá un futuro libre de problemas?", me pregunté. "¿Por qué eligió el espaciotiempo si no quería problemas?"

—Experimento mental —propuse—. Imagina que en tu mundo no hay nada que tú quieras cambiar. No podría ser mejor de lo que ya es.

Pensó por un momento.

—¡Hurra! —exclamó-. ¡Eso es estupendo!

—De acuerdo. Ahora pasa un mes en ese mundo. ¿Dos meses? ¿Un año? ¿Dos años, tres? ¿Qué te parece? —Quiero aprender algo nuevo. Quiero hacer algo diferente.

—Y allí tienes el motivo de que exista el mundo de las apariencias.

—¿Nos gusta aprender cosas nuevas?

—Nos gusta recordar lo que ya sabemos. Cuando escuchas tu música favorita, cuando ves de nuevo una buena película o lees tu cuento preferido, ya sabes cómo es, ¿verdad? Sabes cómo será y cómo va a terminar. Lo divertido es vivirlo otra vez, tantas veces como quieras. Lo mismo ocurre con nuestros poderes. Primero recordamos difusamente y, con timidez, intentamos la Elección; el Principio de la Coincidencia; Todo Lo Que Tenemos en el Pensamiento Se Hace Realidad en Nuestra Experiencia; Lo Similar Atrae a lo Similar. Experimentamos con la Ley de Apariencias Cambiantes, para hacer que nuestro mundo exterior refleje el interior.

—Da miedo.

—Y cuando cambia una vez, tres, diez veces, nos sentimos un poco más audaces y, claro está, ¡las herramientas funcionan! Con la práctica llegamos a confiar plenamente en ellas; hemos recordado todo lo que tenían para mostrar-nos, podemos cambiar las apariencias a voluntad. Entonces pasamos a nuevas aventuras, con leyes distintas.

—Cuéntame más herramientas —pidió.

—¿Cuántas más necesitas? Tenemos el corazón lleno de leyes cósmicas. Aprende unas cuantas, practica con ellas y nada podrá interponerse entre tú y la persona que quieres ser.

—¡Pero si por eso estoy hablando contigo! ¡No estoy seguro de quién quiero ser!

Entonces fruncí el entrecejo en el silencio; era un acertijo que yo no podía resolver.

—Eso puede interponerse entre vosotros —dije.

28

"Debe ocurrirnos a todos", pensé. "Recogemos todo lo que hemos aprendido hasta ahora y dejamos lo conocido atrás. No es divertida esa penosa separación pero, en algún lugar interior, debemos saber, difusamente, que decir adiós a lo seguro brinda la única seguridad que jamás conoceremos."

¿Cuántas veces ocurre en la vida? ¿Cientos?

Huimos de la seguridad que ofrece la familia para ir hacia los desconocidos del patio de juegos. Huimos de la seguridad de los vecinos amigos para entrar en el caldero de la escuela. De la seguridad de escuchar en clase, al terror de pronunciar nuestro propio informe verbal. De la apacible quietud de la simple zambullida al triple salto mortal. De la sencillez del idioma materno a las umlaut honduras del alemán. De la cálida dependencia al hielo de los propios recursos. De la crisálida del adiestramiento al torbellino de los negocios. Del suelo protector a los encantadores azares del vuelo. De la certeza de la soltería a la tempestuosa fe del matrimonio. De la cómoda chaqueta gastada que representa el vivir a la ominosa aventura de la muerte. Cada paso de

cada vida orgullosa es una huida desde lo seguro a la oscuridad. Y lo único en que podemos confiar es aquello que tenemos por cierto.

"¿Cómo sé esto?", me pregunté. "¿Dónde lo aprendí?"

Sin esperar el sueño, sin que Dickie fuera en busca de mis respuestas, un momento después lo supe.

Antes de haber comprendido que el hogar es lo que conocemos y amamos, yo lo sentía, imán hundido bajo las palabras. Cuando abandoné las Fuerzas Aéreas, el sitio más parecido a un hogar era Long Beach, California.

Allá me mudé y, no lejos de la ciudad, conseguí trabajo como redactor técnico en la División de Publicaciones de la Douglas Aircraft Company. Redactar manuales para pilotos de transporte a reacción DC-8 y para el avión de carga C-124 era un modo de sobrevivir con la máquina de escribir y con los aviones. ¿Podía haber un empleo mejor?

El edificio de la División de Publicaciones se llamaba A-23: una hectárea bajo un mismo techo alto, una gigantesca isla de acero que se elevaba abruptamente entre un mar de estacionamientos circundados por kilómetros enteros de alambradas.

Entraba por esas puertas, marcaba mi tarjeta de horario, giraba... y hasta el horizonte se extendía una vasta planicie de tableros para dibujo, un cambiante, tapiz monocromo de camisas blancas, que las altas luces fluorescentes teñían de verde té.

De esos tableros surgían los dibujos para los manuales de aviación; las palabras quedaban por nuestra cuenta. Tomabas la cuidadosa explicación de un ingeniero de diseño, describiendo lo que ocurre cuando se operan todos los alimentadores, por ejemplo; imaginabas qué quería decir lo decías de un modo que cualquier piloto pudiera leer y comprender.

"Los pilotos tienen una captación de octavo grado" nos decían, "pero no los obliguéis a usarla. No muchas sílabas. Frases cortas. Instrucciones claras."

Los procedimientos de vuelo del C-124, por ejemplo. El manual del piloto decía que, si el comandante del aparato cambiaba de idea y decidía ascender nuevamente en vez de aterrizar, debía anunciar al ingeniero de vuelo: "¡Takeoff

power!", o sea "potencia de despegue"; el copiloto ponía máxima potencia a todos los motores, igual que para el despegue.

Uno o dos segundos después, cuando el avión mostraba un régimen de ascenso positivo, el piloto debía anunciar: "Tren de aterrizaje arriba"; entonces el copiloto levantaba la palanca del tren de aterrizaje, con lo cual se recogían las ruedas para permitir que el aparato ascendiera aún más deprisa.

Un día ocurrió que un C-124 descendió un poco más de lo establecido en la aproximación final; el piloto decidió frustrar, irse al aire e intentarlo otra vez.

"¡Takeoff Power!", ordenó, como indicaba nuestro libro. El ingeniero de vuelo, preparado para el aterrizaje, pensó que el avión estaba a dos centímetros de la pista. Al oír la orden, la interpretó literalmente: Take off power, es decir "quitar potencia"... y cortó la alimentación de los cuatro motores, dejándolos al ralentí.

Así fue como uno de los aviones más grandes del mundo cayó del cielo, tocó tierra a ochocientos metros de la pista y pasó la mayor parte del minuto siguiente deslizándose entre arrozales, hasta que su destrozado morro quedó sobre los primeros centímetros de la pista.

El director de la División de Publicaciones de la Douglas Aircraft, en A-23, recibió una agria nota de las Fuerzas Aéreas estadounidenses y, apresuradamente, se cambió la orden por ¡Maximum Power!, "potencia máxima". Todos decidimos analizar cuidadosamente las consecuencias de cada palabra que se escogiera. Trabajo importante, la redacción técnica.

Casi todos los redactores de manuales de Douglas Aircraft éramos antiguos pilotos militares, escribas modernos dedicados a rehacer la Biblia. Podíamos hablar directamente con el diseñador y traducir las instrucciones que nos daba a palabras sencillas a las que todos pudiéramos adaptarnos. No era sólo un empleo responsable, sino un trabajo útil y provechoso.

Sin embargo, al cabo de algunos meses comencé a sentirme inquieto. De vez en cuando los supervisores disentían con mi sintaxis, convencidos de que sabían mejor que yo, dónde debía, ponerse una coma.

—Tranquilo, Richard, tranquilo —me decían mis colegas desde sus máquinas de escribir—. Sólo se trata de una coma; aquí no estamos escribiendo el Gran Manual Norte-americano. Douglas paga bien y nunca perderás este empleo. Agradece la parte buena y no te quejes, por favor, por la puntuación del supervisor.

A mí me costaba aceptarlo. ¿Por qué esa paja seca bajo los pies, cuando delante de la cerca había trébol verde, dulce y fresco? Si yo estuviera escribiendo por cuenta propia, no habría nadie que me apuñalara con comas ¡Las comas, irían, exactamente, donde se, me, ant, oja, r, a, !

Lento surgir de un viejo dilema: yo tenía corazón de prima donna y cuerpo de buey.

—Me voy de Douglas Aircraft —dije a la hora del almuerzo, encaramado en el parachoques de mi viejo Borgward de tercera mano—. Quiero ser escritor independiente por un tiempo. Tengo algunos cuentos que nunca van a publicar en la Orden Técnica 1-C-124G-1, ponga las comas donde las ponga.

—Claro —dijo Bill Coffin, triturando una patata fría mi lado—. Todos nos vamos de Douglas Aircraft. Zac será convocado por United Airlines el mes que viene y en un año llegará a ser capitán; Willy Pearson va a patentar su registradora

automática de sondeos y se hará rico; Martha Dyer ha vuelto a presentar su novela y esta vez seguro que se la compran y la convierten en un éxito de ventas. —Sacudió su bolsa de comida—. Tengo demasiadas cosas de estas. ¿Quieres una patata frita?

— Gracias.

—Yo creo que se puede ganar bastante con la pesca comercial, como estarás cansado de oírme decir. Pero ya ves Richard, que ninguno de nosotros ha saltado todavía la cerca. Trabajar en Douglas puede no ser tan deslumbrante como hacerse a la mar en un pesquero de cuarenta y ocho pies, por ejemplo, pero es lo que llamamos un empleo seguro, ¿sabes?

Asentí con la cabeza.

— ¿Sabes qué quiere decir "seguro"? No es el trabajo más pesado del mundo y (entre tú y yo, ahora que nadie escucha) no conozco a nadie que gane tanto por tan poco es-fuerzo. Y mientras Estados Unidos necesite aviones de línea y las Fuerzas Aéreas aviones de carga, tú y yo no corremos peligro de que nos despidan.

— Sí... —Mordisqueé el borde de la patata, más por cortesía que por hambre.

—Me crees, pero aún quieres alzar vuelo, ¿verdad? No contesté.

—¿De veras crees que podrías ganar tanto como escritor independiente? ¿Cuántos cuentos tendrías que vender para cobrar lo que te pagan ahora?

— Muchos —dije.

El se encogió de hombros.

—Te aconsejo que escribas tus cuentos por entretenimiento y siga trabajando en Douglas por dinero. Si los cuentos no se venden, por lo menos no pasarás hambre. Y si se venden puedes renunciar.

Sonó la sirena, fin del almuerzo; Bill esparció el resto de sus patatas fritas en el suelo, regalo de un marinero a las gaviotas.

— Sigues siendo un niño. No me escuchas y vas a renunciar —adivinó—. Pero algún día te lamentarás de no estar de nuevo aquí, en A-23, feliz de que los supervisores te indiquen dónde poner las comas. —Señaló al otro lado del estacionamiento—. Mira, te apuesto diez centavos a que un día de estos mirarás adentro desde ese portón y te acordarás de lo que era la seguridad.

"¡No!", pensé. "¡No me digas que mi seguridad proviene de otra persona! Dime que el responsable soy yo. Dime que la seguridad es un subproducto del don que hago al mundo de mi habilidad, mis conocimientos y mi amor. Dime que la seguridad proviene de una idea a la que se dedicó tiempo y esfuerzo. Proclamo que esta es mi verdad, y no me importa cuántos cheques estables y sólidos pueda entregarme el Departamento de Contabilidad de Douglas Aircraft. ¡Buen Dios!", pensé, "¡No me des un empleo! ¡Dame ideas y deja que yo me haga cargo a partir de allí!"

Me eché a reír, sacudiendo las migas, y brinqué desde el parachoques.

— Puede que tengas razón, Willy. Ya llegará el día. Voy a estar en ese portón, mirando hacia adentro.

Al día siguiente presenté mi renuncia y, al terminar el mes, era un escritor independiente camino al hambre.

Veinte años después, no exactamente, pero con bastante aproximación, en

ocasión de una visita a Los Angeles; mientras conducía hacia el sur por la Autopista de San Diego, vi un letrero familiar y, siguiendo un impulso, giré hacia el norte por Hawthorne Boulevard y serpenteé algo hacia el este.

¡Cómo recuerda el cuerpo el camino al trabajo! Aquí gira a la izquierda, ahora a la izquierda otra vez, por este largo camino bordeado de eucaliptos.

Era casi mediodía, sol intenso, cuando hallé el lugar. Como esperaba, allí se extendía la misma alambrada alrededor del mismo océano de estacionamientos; el mismo edificio de acero se elevaba en línea recta, más grande de lo que yo lo recordaba. Me detuve ante el portón y bajé del coche, con el corazón palpitando deprisa y la escena ardiéndome en los ojos.

Había cadenas alrededor de los postes del portón, cadenas ceñidas por grandes candados.

"Corren tiempos duros para los escritores independientes", recordé, "pero los tiempos también son duros para las grandes empresas de aviación."

A lo lejos, en ese estacionamiento, reverberaba un fantasmagórico Bill Coffin, haciendo una apuesta con el hombre que yo había sido. Y en ese momento acababa de ganar su apuesta. Allí afuera, solo y sin poder entrar, recordé lo que era la seguridad, mirando la nada desde el portón encadenado.

Arrojé sobre la cerca una moneda de diez centavos para mi amigo y, después de un largo rato en silencio, me alejé de allí, preguntándome, dónde, estaría, él.

—El mundo se está haciendo pedazos con las guerras y el terrorismo —dijo el columnista, en cuanto la pantalla cobró vida con un chasquido—. Esta noche, lamentamos informarlo, hay muerte, hambre, sequías, inundaciones, pestilencia, epidemias y desempleo en el mundo entero, el mar se muere y el futuro con él, el clima está cambiando las selvas arden y el odio corre desmandado, los que tienen contra los que no y los temas únicos contra los déjalo así, recesiones, agujeros de ozono, efectos invernadero y clorofluorocarbonos, especies en proceso de desaparición perdón desaparecidas, las drogas corren desbocadas la educación ha muerto las ciudades se derrumban y por doquier hay superpoblación el crimen es dueño de las calles y países enteros van a la bancarrota y hay contaminación en el aire y radiación en el suelo y lluvia ácida, pérdida de cosechas, incendios, aludes de lodo erupciones volcánicas terremotos huracanes maremotos tornados inundaciones derrames de petróleo fusiones nucleares todo previsto, según dicen algunos, en el Libro de Alerta y a propósito hay un asteroide monstruoso que viene hacia la tierra y si llega siquiera a rozar el polo aniquilará toda la vida del planeta.

—¿Quieres que cambie de canal? —pregunté.

— Deja este —dijo Leslie.

Dickie hizo un ademán de terror detrás de mis ojos.

— Vamos a morir todos.

— Así dicen algunos. —Yo miraba el Armagedón en la pantalla.

— ¿Nunca te sientes mal? —preguntó—. ¿No te deprimen?

— ¿Serviría de algo? ¿Por qué tengo que deprimirme?

— ¡Por lo que estás mirando! ¡Por lo que estás oyen-do! ¡Hablan del Fin del Mundo! ¿Es una broma?

—No —le dije—. Las cosas están mucho peor de lo que pueden decir en treinta minutos.

—¡Entonces no hay esperanzas! ¿Qué haces aquí?

— ¿Que no hay esperanzas? ¡Claro que no hay esperanzas, capitán! No hay ninguna esperanza de que las cosas estén mañana como estaban ayer. No hay esperanzas de que nada perdure, salvo la realidad, y la realidad no es lugar ni tiempo. Llamamos Tierra a este sitio, pero su verdadero nombre es Cambio. Los que necesitan esperanzas no eligen la Tierra o, de lo contrario, no se toman tan en serio los juegos de aquí. —Me sentía como un avezado pasajero del planeta al decírselo; luego me di cuenta de que lo era.

— ¡Pero las noticias son horribles!

—Es como volar, Dickie. A veces, cuando estamos a punto de volar, los meteorólogos nos recomiendan que tengamos cuidado con las tormentas eléctricas, el hielo y la lluvia helada, y estemos atentos a las tormentas de arena y a las cumbres ocultas en la niebla, a las cizalladuras de viento vertical con sus fuertes ráfagas y turbulencias, que hacen que el indicador del variómetro se vuelva loco, y hay que ser tonto para atreverse a despegar así. Pero salimos y el vuelo es bonito.

—¿Bonito?

—Las noticias son como el tiempo. Nosotros no volamos a través del pronóstico: volamos con la meteorología que nos encontramos en ese momento.

—¿Y allí el tiempo es siempre bueno?

—No. A veces es horrible. A veces es peor de lo que te habían dicho.

—¿Y entonces qué haces?

—Vuelo en el cielo que tengo a mi alrededor en ese momento, de la mejor manera que sé. No puedo estar pendiente de toda la meteorología; sólo me preocupa aquella que se encuentra dentro de un bloque: el que va desde una punta del ala a la otra y desde el punto inferior de las ruedas hasta la punta superior del timón de dirección. Esa me preocupa porque es la que me tocó al elegir el momento de volar y decidir hacia dónde apuntaría el morro de Daisy. Hasta ahora no me he matado.

—¿Y el mundo? —Había preocupación en sus ojos; necesitaba saber.

—El mundo no es una esfera, Dickie; es una gran pirámide flotante. En la base de la pirámide está la forma de vida más vil que puedas imaginar: odiosa, cruel, destructiva por la destrucción misma, carente de empatía, apenas un paso por encima de la conciencia tan salvaje que se autodestruye en cuanto nace. Aquí, en nuestro tercer planeta triangular, hay sitio para ese tipo de conciencia, hay espacio de sobra.

—¿Qué hay en el vértice de la pirámide?

—En el vértice hay una conciencia tan refinada que apenas reconoce otra cosa que la luz. Seres que viven para sus amores, para su bien más elevado, criaturas de perspectiva perfecta, que mueren con una sonrisa amorosa para el monstruo que las derriba por la diversión de ver morir a alguien. Así son las ballenas, creo. La mayoría de los delfines. Y algunas personas... los seres humanos que hay entre nosotros.

—En el medio estamos los demás —dijo.

—Tú y yo, pequeño.

—¿No podemos cambiar el mundo?

—Por cierto —dije—. Podemos cambiar nuestro mundo como queramos.

—Nuestro mundo, no. El mundo. ¿No podemos hacerlo mejor?

—Lo mejor para ti y para mí —dije-- no es lo mejor para todo el mundo.

—La paz es mejor que la guerra.

—Los que están cerca del vértice de la pirámide estarían de acuerdo, probablemente. La paz los haría más felices.

—Y los que están cerca de la base...

—¡A ellos les encanta la batalla! Siempre hay un motivo para pelear. Con suerte es una causa candente: "Esta guerra la libramos por Dios, esta para salvar a la Patria, esta para purificar a la Raza, para expandir el Imperio, para conseguir hojalata y tungsteno. Peleamos porque el sueldo es bueno, porque es más divertido destruir vidas que construirlas, porque guerrear es mejor que ganarse la vida trabajando, porque todos combaten, porque debo demostrar que soy hombre, porque me gusta matar."

—Horrible —dijo él.

—Horrible no —corregí—: previsible. Cuando un planeta abre espacio para un espectro de mente tan amplio cabe esperar muchos conflictos. ¿Estás de acuerdo?

El frunció el ceño.

—No.

—La próxima vez elige un planeta estrecho.

—¿Y si no hay próxima vez? —inquirió—. ¿Y si te equivocas al decir que hay otras vidas?

—No tiene ninguna importancia —respondí—. Construimos nuestro mundo personal sereno o salvaje, según lo que deseemos vivir. Podemos tejer una paz absoluta en medio del caos. Podemos destruir en medio del paraíso. Depende de cómo demos forma a nuestro espíritu.

—Todo lo que piensas es muy personal, Richard —observó él—. ¿No imaginas que pueda haber algunas cosas sobre las que no tengas dominio? ¿Que pueda existir algún plan completamente distinto? ¿Que la vida apareció por azar, sin motivo, pese a lo que tú pienses o no pienses, o que todo el planeta es un experimento de los extraterrestres, que nos observan con un microscopio?

—Demasiado tonto, capitán, no estar al mando. Demasiado aburrido. Cuando otro lleva el timón me siento inútil y descontento. Volar no es divertido si no puedo dirigir el avión; preferiría eyectarme e ir caminando. Mientras los extraterrestres sigan serenos y astutos, mientras me dejen pensar que soy amo de mi pequeño destino, les seguiré el juego. Pero en cuanto tiren de mis hilos, los corto.

—Quizás están tirando de tus hilos con mucho cuidado —sugirió.

Le sonreí.

—Hasta ahora no han cometido ningún error. En cuanto sienta las cuerdas, en cuanto vea hilos en mis muñecas, ¡vengan las tijeras!

Al final del desastre documentado, el locutor nos deseó una jornada feliz y se despidió hasta el día siguiente. Leslie se volvió hacia mí.

—Dickie está aquí, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Está preocupado por el futuro.

"Es adivina", pensé.

—¿Ha estado hablando contigo?

—No —dijo ella—. Si no estuviera preocupado después de lo que hemos visto, yo diría que estás perdiendo la cabeza.

A la mañana siguiente, cuando me detuve ante la puerta de la oficina, Leslie estaba tarareando con su computadora. Di unos golpecitos en el marco de la puerta.

—Yo, simplemente.

—Tú no tienes nada de simple —dijo ella, levantando la vista—. ¡Eres muchísimo! ¡Eres mi tesoro!

Lo que estaba haciendo marchaba bien. Cuando el trabajo no va bien, Leslie no tararea ni levanta la vista; se limita a abrir una vía adicional de conciencia para mí y continúa de inmediato con el resto.

—¿Cuánto pesas? —pregunté.

Ella levantó los brazos por encima de la cabeza. —Mira.

—Encantadora. Muy bonita. Pero un poquito delgada, ¿no te parece?

—Vas de compras —dijo:

Suspiré. En otros tiempos habría podido mantenerla expectante durante varios minutos, disertando sobre la anorexia que ataca subrepticamente a las mujeres que trabajan o perorando sobre la inminente edad de hielo y las disminuidas provisiones de alimentos en el mundo. Ahora Lesli descubre incluso mis maniobras de distracción más hábiles. Pe no todo estaba perdido; por lo menos pude ver cuánto pesaba.

—¿Quieres algo especial? —"Pasteles, tartas y galletitas de chocolate", esperaba oírle decir.

—Hortalizas y cereales —respondió, con inflexible disciplina—. ¿Necesitamos más zanahorias?

—Están en la lista —dije. "Cuando decidamos abandonar nuestros cuerpos", pensé, "el día anterior voy a hacer dos pasteles de limón, uno para cada uno, y le sugeriré que los comamos calientes. Mi esposa se negará, escandalizada por mi descontrol, y yo tendré que comerme los dos."

Me encontró en el pasillo de los cereales, en la sección del arroz.

—Existe una filosofía del vuelo, ¿verdad?

Me di la vuelta, feliz de verlo.

— ¡Sí, Dickie! Para volar tenemos que confiar en lo que no se puede ver, ¿cierto? Y cuanto más sepamos sobre el invisible Principio de la Aerodinámica, más libertad obtendremos. Hasta que parece magia todo lo que podemos hacer cuando...

— Y existe una filosofía de los bolos.

El cambio me sorprendió tanto que repetí, en voz alta: —¿De los bolos?

Una mujer, que estaba junto al arcón del trigo molido, levantó la vista hacia

mí y me vio solo, pronunciando esas palabras con un saco de arroz moreno en la mano. Sacudí la cabeza y le sonreí un segundo: soy un poco excéntrico.

Dickie no se dio cuenta.

—Tiene que existir —dijo—. Si existe una filosofía del vuelo, tiene que existir también una filosofía de los bolos, para la gente a la que no le gustan los aviones.

—Capitán —le dije en silencio, maniobrando con mi carrito hacia el rincón de las verduras—, no existe gente a la que no le gusten los aviones. Pero sí, hay una filosofía de los bolos: todos nos turnamos ante la galería y la diversión consiste en despejarla de los bolos, que son nuestras pruebas en la vida, siempre vueltas a poner. Los bolos tienen cierto equilibrio y han sido diseñados para ser derribados. Pero permanecerán in-definidamente en el extremo de nuestra galería, hasta que decidamos iniciar una prudente actuación para quitarlos de nuestro camino. Una disposición de siete-diez después del primer lanzamiento no es un desastre, sino un placer: la posibilidad de exhibir nuestra disciplina, habilidad y elegancia bajo presión, y quienes nos observan quedan tan encantados como nosotros cuando los derribamos.

— Jardinería —apuntó.

— Se cosecha lo que se siembra, por supuesto. Hay que poner cuidado con las semillas que plantamos, pues los frutos de esas semillas serán un día nuestra cena...

Tan cautivado estaba con su prueba que pasé junto al mostrador de los chocolates sin mirarlo dos veces, preparando mis metáforas de sol, malas hierbas y agua, planificando para anticiparme a sus preguntas sobre la Filosofía del Salto con Garrocha, de las Carreras de Coches o la Venta al Por Menor. En cualquier tarea que amemos, pensé, espera la más clara de las metáforas y el camino más llano para descubrir por qué escogimos jugar en la tierra.

— Pero, ¿cómo funciona, Richard? —De inmediato rechinó los dientes, horrorizado por su equivocación—. ¿Cómo crees que funciona?

— ¿El universo? Ya te lo dije. —Elegí un saco de manzanas en un mostrador abierto.

—El universo no. Las semillas. Cómo pasan las cosas y por qué. No se trata de que importe demasiado, si dices que todo es apariencia, ¿pero cómo llegan las creencias invisibles a convertirse en objetos y hechos visibles?

— A veces me gustaría que fueras adulto, Dickie.

— ¿Por qué?

Interesante, pensé, recogiendo un puñado de remolachas. Ni un murmullo de inquietud cuando deseé un cambio que era imposible para él. ¿Habría sido yo tan avanzado en lo emocional, además de ser un muchachito inteligente?

—Porque, si supieras de mecánica cuántica, podría explicártelo en muchas menos palabras. He reducido la física de la conciencia a cien palabras, pero tú tendrás que romperte eternamente la cabeza con ellas. Jamás serás adulto y yo jamás podré entregarte mi tratado, que cabe en una página.

Se impuso la curiosidad.

Imagínate que soy adulto y que me encanta la mecánica cuántica —dijo—. ¿Cómo harías para explicar en una página el funcionamiento de la conciencia? Soy demasiado pequeño para entender, claro, pero sería divertido escucharte. Hazlo tan

complicado como quieras.

"Me está desafiando", pensé; "cree que estoy fanfarroneando." Desvié el carrito hacia la caja registradora.

—Comenzaría por decirte el título: "La física de la conciencia" o "El espaciotiempo explicado".

—Y luego me dirías lo abstracto —conjeturé.

Lo miré. Yo no había sabido de abstractos sino después de huir de la escuela. ¿Cómo podía conocerlos él?

—Eso es —confirmé—. Y ahora tengo que hablar en letra pequeña, como se hace en la Publicación Norteamericana de la Ciencia de la Partícula. Escucha bien, y tal vez comprendas una o dos palabras, por niño que seas.

Se echó a reír.

—Por niño que sea.

Carraspeando, aminoré la marcha y detuve el carro cerca de la registradora, alegrándome de tener que esperar un minuto en la cola.

—¿Quieres que te lo diga del principio al fin, todo de una vez?—Como si yo fuera "mecánico cuántico" —dijo.

En vez de corregirle la gramática, le dije lo que pensaba.

—Somos puntos centrales de conciencia —dije—, sumamente creativos. Cuando entramos en la pista hologramétrica autoconstruida que llamamos espaciotiempo, comenzamos de inmediato a generar partículas de creatividad o imajones, en violento y continuo diluvio pirotécnico. Los imajones no tienen carga propia, pero nuestras actitudes y la fuerza de nuestras elecciones y deseos los polarizan fuertemente hacia nubes de conceptones, una familia de partículas de energía muy elevada, que puede ser positiva, negativa o neutra.

El escuchaba, fingiendo comprender.

—Algunos de los conceptones positivos más comunes son: exaltones, excitones, extaciones, joviones. Entre los conceptones negativos más comunes se incluyen los lugubrones, los tormentones, los tribulones, los angustiones y los miserones.

"Los conceptones se crean por cantidades indefinidas en una erupción sin fin, una atronadora cascada de creatividad que brota de cada centro de la conciencia personal. Se expanden en nubes de conceptones, que pueden ser neutras o fuertemente cargadas: boyantes, sin peso o plúmbeas, según el carácter de sus partículas dominantes.

"A cada nanosegundo, un indefinido número de nubes de conceptones crece hasta alcanzar la masa crítica; entonces se transforma en explosiones cuánticas, en ondas de probabilidad de elevada energía, que irradian a velocidades taquiónicas, a través de un eterno depósito de hechos alternativos supersaturados. Según sean su carga y su carácter, las ondas de probabilidad cristalizan algunos de estos hechos potenciales, de modo que se correspondan con la polaridad mental de la conciencia creadora, en apariencia holográfica. ¿Me sigues, Dickie?

El asintió y yo me eché a reír.

—Los hechos materializados se convierten en la experiencia de esa mente, provista con todos los aspectos de la estructura física necesarios para tornarlos reales y posible de ser aprendidos para la conciencia creadora. Este proceso autónomo es la fuente de la que surgen todos los objetos hechos en el teatro del

espaciotiempo.

"La persuasión de la hipótesis del imajón radica en su capacidad de verificación personal. La hipótesis predice que, al centrar nuestra intención consciente en lo positivo, en lo que afirma la vida, al fijar nuestro pensamiento en estos valores, polarizamos masas de conceptones positivos, producimos ondas de probabilidad benéficas y atraemos hacia nosotros hechos alternativos útiles que, de otro modo, no habrían surgido a la existencia.

"En la producción de hechos negativos y en el mediocre intermedio se produce lo contrario Por abandono o por intención, sin saberlo o adrede, no sólo elegimos, sino que creamos las condiciones exteriores visibles que más concuerdan con nuestro estado de ser interior.

"Fin".

Esperó a que pagara las provisiones.

— ¿Eso es todo? —dijo.

—¿Está mal? —pregunté—. ¿He errado en algo?

Sonrió, pues papá nos había enseñado a ambos la importancia de saber conjugar correctamente ese verbo.

—¿Cómo puedo decir si has errado, siendo como soy un niño?

— Ríete si quieres, anda, di que soy un bufón. Pero dentro de cien años alguien imprimirá esas palabras en la Teoría Cuántica Moderna y a nadie se le ocurrirá tomarlas por una locura.

El subió al armazón del carrito que yo empujaba para viajar en él.

— Así será, probablemente —dijo—, siempre que no te atrapen los lugubrones.

Estaba efectuando un vuelo de prueba con Daisy: un largo ascenso hasta veinte mil pies, para comprobar los turboalimentadores en altitud. Ultimamente los motores vibraban a gran altura; yo abrigaba la esperanza de que la solución fuera algo tan sencillo como engrasar las válvulas de escape.

El mundo pasaba suavemente, dos millas más abajo, convirtiéndose en cuatro; montañas, ríos y la orilla del mar se convertían, con la altitud, en la neblinosa pintura del hogar hecha por un ángel. La velocidad de ascenso de Daisy es mucho mayor que la máxima de muchos aviones ligeros, pero cuando se mira hacia abajo desde gran altura es como si navegara perezosamente a la deriva, en un lago de profundo aire azul.

—De todo lo que has aprendido —pidió Dickie—, dime lo que más necesito saber, algo para no olvidar jamás, Me quedé pensando.

— ¿Una sola cosa?

— Sólo una.

—¿Qué sabes de ajedrez?

-Me gusta. Papá me enseñó a jugarlo cuando tenía siete años.

—¿Amas a tu padre?

Frunció el entrecejo.

—No.

— Antes de que muera lo amarás por su curiosidad, su sentido del humor y por haber vivido lo mejor que podía con " un conjunto de principios severos. Por ahora, ámalo por enseñarte lo del ajedrez.

—Es un juego.

—También el fútbol —observé—, el tenis, el baloncesto y el hockey sobre hielo. Y también vivir.

Suspiró.

—¿Eso es lo que más necesito saber? Esperaba algo un poco más... oculto —dijo—. Esperaba que me dijeras tu secreto. Todo el mundo dice que vivir es un juego.

Cerca de los dieciséis mil pies, las revoluciones del motor trasero empezaron a fluctuar en suaves subidas y bajadas. No había cambio en el flujo de combustible, pero se oían las irregularidades. Moví hacia adelante las palancas de control de hélices y se estabilizó.

—¿Quieres que te diga un secreto? —pregunté—. A veces, en raras ocasiones, lo que todo el mundo dice resulta ser verdadero. ¿Y si todo el mundo tiene razón, si la creencia de vida en esta creencia de tierra es realmente un juego? ¿Entonces...?

Se volvió hacia mí, intrigado.

— ¿Entonces... ¿qué?

— Supongamos que estamos aquí por el deporte aprender las elecciones que nos brindan consecuencias positivas a largo plazo. Un deporte rudo, Dickie, un juego difícil de ganar. Pero si vivir es un juego, ¿qué puedes decirme de él?

—Tiene reglas —arriesgó.

—Sí —confirmé—. ¿Qué reglas?—Tienes que presentarte...

—Absolutamente indispensable. Tenemos que presentarnos, dispuestos a jugar y con la conciencia sintonizada. Frunció el entrecejo.

— ¿Qué dices?

—Si no sintonizamos nuestra conciencia, capitán, no podemos jugar en la tierra. Una expresión omnisciente de la Vida perfecta debe descartar su omnisciencia y reclamar sólo cinco sentidos. Entonces debemos limitar esos cinco, para que perciban algunas frecuencias y otras no. Oír frecuencias de entre veinte y veinte mil ciclos por segundo y llamar so-nido a eso; ver el espectro entre el infrarrojo y el ultravioleta y llamar a eso luz; aceptar el tiempo lineal de pasado a futuro en un espacio exclusivamente tridimensional, en el cuerpo de una forma de vida basada en el carbón, mamífera, bípeda erguida y habitante de la superficie terrestre, adapta-da a un sistema de energía solar, en un planeta Clase M que gira alrededor de una estrella simple de Clase G. Y ya estamos listos para jugar.

—Richard...

— ¡Esas son las reglas, Dickie, y tú y yo las respetamos!

—Tú, no sé, pero...

—Como quieras —dije—. Experimento mental: ¿Qué pasa si no te limitas? ¿Qué pasa si ves los rayos infrarrojos, los ultravioletas y los X junto con la luz que ve todo el mundo? Las casas, los parques y la gente, ¿tendrán para ti el mismo aspecto que para mí? ¿Podremos tú y yo compartir un paisaje? ¿Y si tu visión incluye ángulos tan pequeños que la superficie de una mesa es una cordillera y las moscas son pájaros? Tu vida diaria, ¿es igual que la mía? ¿Y qué pasa si oyes todos los sonidos, todas las conversaciones en un radio de cinco kilómetros a la redonda? ¿Cómo haces para prestar atención en la escuela? ¿Y si tienes un cuerpo que no pasa por humano? ¿Y si recuerdas futuros anteriores

a tu nacimiento y pasados que no han sucedido? ¿Crees q te invitaremos a jugar con nosotros si no sigues nuestras reglas? ¿Con quién podrás jugar?

Inclinó la cabeza a la izquierda; luego, a la derecha.

—Está bien —concedió, no tan impresionado con las reglas como yo, pero entrando en calor con el examen—. Y todo juego necesita un lugar para desarrollarse. Un tablero, un campo, un sitio demarcado.

—¡Sí! ¿Y?

—Tiene jugadores. O equipos.

—Sí. Sin nosotros no hay juego —confirmé—. ¿Qué otras reglas?

— Un principio, un desarrollo, un final.

—Sí. ¿Y?

—Acción —dijo.

—Sí. ¿Y?

— Y nada más —dijo.

—Te olvidaste de una regla importante —apunté—: los papeles. En todo juego adoptamos un papel, una identidad fingida con la cual jugar. Decidimos ser el salvador, la víctima, el líder que conoce todas las respuestas, el que lo sigue sin saber nada de nada, ser inteligentes, valerosos, honorables, hábiles, tontos, indefensos, conciliadores, diabólicos, desenvueltos, patéticos, aplicados, descuidados, modelos para otros, titiriteros, cómicos, héroes... Elegimos nuestro papel a capricho y destino, y podemos cambiarlo a voluntad.

—¿Cuál es tu papel? preguntó—. En este momento. Reí.

—En este momento estoy representando al Tipo Simpático de tu Futuro con Algunas Ideas Favoritas para que el Chico Piense. ¿Y el tuyo?

—Finjo ser el Niño de tu Pasado que Necesita Saber Cómo Funciona el Universo. —Al decirlo me miró de un modo muy extraño, como si se hubiera quitado la máscara y supiera que yo vería la verdad interior sin dejarme engañar por el papel. Sin embargo, entusiasmado como estaba con mi propio juego, con lo divertido de la lección, no puse atención ni me di cuenta.

— Bien —dije—. Ahora elévate por encima del juego, pero sigue hablándome de él.

Sonrió con la frente arrugada.

—¿Qué quieres decir?

Alabeé el avión hacia la derecha y apunté hacia la tierra, que estaba tres millas más abajo.

— ¿Qué sabes de juegos desde esta altura?

Miró hacia abajo.

— ¡Oh! —exclamó—. Hay muchos al mismo tiempo. En distintas habitaciones, distintos estadios, distintas ciudades, distintos países...

—...distintos planetas, galaxias y universos —completé—. ¡Si! ¿Y?

— ¡En distintos tiempos! —dijo—. Los jugadores pueden jugar un partido tras otro. —Mirando desde arriba comprendía—. Podemos jugar en diferentes equipos, jugar por diversión o en serio, jugar contra alguien fácil de derrotar o enfrentamos a alguien contra quien no tenemos posibilidades...

—Te gusta jugar cuando sabes que no puedes perder, ¿verdad?

— ¡NO! Cuanto más difícil es, más divertido. —Lo pensó mejor—. Siempre que yo gane.

—Si no hubiera riesgo, si supieras que perder es imposible, si conocieras el final, ¿seguiría siendo divertido jugar?

—Lo divertido es no saber, al principio. —Se volvió bruscamente hacia mí—. Bobby conocía el final.

— ¿La vida de Bobby fue una tragedia por haber muerto tan joven?

Miró por la ventanilla, otra vez hacia abajo.

— Sí. Jamás sabré en quién pudo haberse convertido. En quién pude haberme convertido yo.

—Supón que vivir es un juego. ¿Diría Bobby que su vida fue una tragedia?

—Dame un experimento mental.

Eso me hizo sonreír.

—Tú y Bobby estáis jugando al ajedrez en una hermosa casa, llena de habitaciones diferentes. En medio del juego tu hermano ve cómo va a terminar, no halla otra salida y renuncia a continuar la partida para ir a explorar la casa. Lo que ha pasado, ¿le parece una tragedia?

— Conociendo el final del juego no es divertido y él quiere ver las otras habitaciones. Para él no es tragedia. —¿Y es una tragedia para ti que él se vaya?

—No lloro —dijo— cuando alguien sale de la habitación.

—Ahora enfoca de nuevo el tablero. Pero en vez de ser los jugadores, vosotros sois el juego. Las piezas de ajedrez se llaman Dickie, Bobby, mamá y papá; no son de madera, sino de carne y hueso y se conocen desde siempre. En vez de cuadrados hay casas, escuelas, calles y tiendas. Ahora resulta que, en una jugada, la pieza llamada Bobby es comida, desaparece por completo del tablero. ¿Eso es una tragedia?

— ¡Sí! ¡No está en ninguna otra habitación! ¡Se ha ido! No hay quien pueda reemplazarlo y tendré que pasarme el resto de la vida sin él.

—Ya ves que, cuanto más nos acercamos al juego —observé— y más nos dejamos atrapar por él, más se parece la pérdida a una tragedia. Pero la pérdida es tragedia para los jugadores, Dickie, sólo cuando olvidamos que es una partida de ajedrez lo que jugamos, cuando olvidamos por qué, cuando pensamos que nuestro tablero es el único que existe.

Me observó con atención.

—Cuanto más olvidamos que es un juego y nosotros, jugadores, menos sentido tiene la vida. Pero la vida terrestre es igual que el baloncesto y la esgrima: en cuanto acaba el juego, nos acordamos: "¡Ah, juego porque me encanta este deporte!"

— Cuando me olvido —dijo—, ¿basta con que flote por encima del tablero y vuelva a mirar?

Asentí.

—Aprendiste eso en los aviones —sugirió.

—Lo aprendí por la altitud. Por estar aquí arriba, viendo abajo un montón de tableros de ajedrez en todo el mundo.

— Si alguien muere, ¿no te entristeces?

—Por él no. Y por mí tampoco. Ya no. El duelo era una zambullida en la autocompasión; cada vez que lloré no salí reconfortado, sino mojado y con frío. No podía obligarme a creer que la muerte en el espaciotiempo era más real que la vida

en el espaciotiempo; por fin dejé de intentarlo.

Nivelé a veinte mil pies y puse los alimentadores en potencia de crucero. Hubo una pausa entre la potencia de ascenso y la de crucero, pero eso es normal. Los tubos de salida de gases de los turboalimentadores estaban bien cerrados, disparando fuego blanco directamente hacia las turbinas. Afuera, el cielo estaba congelado a treinta grados bajo cero; los tubos de escape eran antorchas capaces de fundir la plata. "Con semejantes contrastes volamos", me dije.

—Casi todo el mundo dice que el duelo es importante, Dickie, como si llorar fuera más saludable que el jugo de zanahorias y el aire de los bosques. Soy demasiado sencillo para conseguir eso. El duelo deja de ser necesario cuando entendemos la muerte, así como el miedo deja de ser necesario cuando entendemos el vuelo. ¿Por qué llorar a alguien que no ha muerto?

—¿Porque es lo que se espera de uno? —preguntó—. Se supone que uno debe llorar cuando alguien desaparece. —¿Por qué?

—Porque se supone que uno deja de pensar, vencido por lo que ve, y entonces se siente... ¡desdichado! ¡Son las reglas, Richard! ¡Todo el mundo lo hace!

—Todo el mundo no, capitán. Hasta el duelo debe tener sentido; mientras no lo tenga, ¿por qué llorar? Si tuviera que decirte una sola cosa sobre la vida, te recomendaría no olvidar jamás que es un juego.

Más o menos entonces el motor trasero volvió a vibrar, rpm, presión del colector y presión de combustible juntos.

—¡Diablos! —protesté, frustrado por el problema.

—Es sólo un juego, Richard.

—Duendecillos —corregí, suavizando el ceño. Moví la palanca hacia adelante e iniciamos el regreso a la tierra.

—Dime alguna otra cosa que yo necesite saber. Dame algunas máximas para que use todos los días.

—Máximas —dije. ¡Qué placer que unas pocas palabras tengan tanto peso! —Cuando pongas una hélice al máximo, no te sorprendas si el motor vibra.

Giró hacia mí, con la frente surcada de preguntas.

—Máxima de aviador —expliqué—. La Regla de las Consecuencias no buscadas. Dentro de veinte años sabrás lo profunda que es.

"Todo verdadero maestro es yo mismo disfrazado." —¿Eso es cierto? —preguntó.

—¿Te gustaría poseer algunas máximas de primera, Dickie?

—Sí, por favor.

—En este momento estoy ordenando mi vida para obsequiarte gratuitamente lo mejor de mi conocimiento, obtenido al precio de todos mis días. Tienes una inteligencia in-finita. Si no lo comprendes ahora, tendrás que analizarlo después, por tu cuenta.

—Sí, señor respondió dócil como un estudiante de Zen. —Si buscas seguridad antes que felicidad, la compras al precio de esta última.

"El árbol no hace ruido cuando cae en el bosque sin que nadie lo oiga, y no hay espaciotiempo sin una conciencia que pueda observarlo.

"La culpa es la tensión que nos impulsa a cambiar nuestro pasado, presente o futuro en bien de otra persona.

"Algunas decisiones no se viven una vez, sino mil veces, recordándolas el

resto de la vida.

"Suerte la nuestra, al olvidar otras vidas", pensé. "Inmovilizados por los recuerdos, no podríamos seguir adelante con esta."

—No sabemos nada hasta que la intuición lo acepta.

El motor trasero se estabilizó al bajar de los dieciséis mil pies. "En ese turboalimentador hay algo que no está muy mal", pensé; "sólo un poco mal."

—Métete esto en la mente lo antes posible: jamás crecemos.

"Lo que vemos de alguien en un momento dado es una instantánea de su vida, en la riqueza o en la pobreza, en la alegría o la desesperación. Las instantáneas no muestran el millón de decisiones que llevaron a ese momento."

—Gracias, Richard —dijo Dickie—. Son buenas máximas. Creo que ya tengo bastante.

—La más leve sugerencia de cambio es una amenaza mortal para algún statu quo.

"Las razones de fuerza mayor nunca convencerán a la emoción cegadora.

"La vida no nos exige que seamos coherentes, crueles, pacientes, solidarios, coléricos, racionales, inconscientes, amorosos, precipitados, abiertos, neuróticos, cautelosos, rígidos, tolerantes, derrochones, ricos, sometidos, tiernos, enfermos, considerados, divertidos, estúpidos, sanos, codiciosos, bellos, holgazanes, sensibles, tontos, generosos, presionados, íntimos, hedonistas, trabajadores, manipuladores, penetrantes, caprichosos, sabios, egoístas, buenos ni sacrificados."

—Bueno —dijo él—, sin duda te ha costado tu buen esfuerzo repasar toda tu vida. Gracias. ¡Son muchísimas máximas!

—Las vidas alternativas son paisajes que se reflejan en el cristal de la ventanilla. Son tan reales como la vida cotidiana, pero no se las ve con tanta claridad.

"Si nunca es culpa nuestra, no podemos aceptarla responsabilidad. Si no podemos aceptar la responsabilidad, siempre seremos las víctimas."

—Gracias, Richard.

—Nuestra verdadera patria es el país de nuestros valores —continué — y nuestra conciencia, la voz de su patriotismo.

"No tenemos derechos hasta que los reclamamos.

"Debemos honrar a nuestros dragones, alentarlos a ser destructores dignos, esperar de ellos que se esfuercen por derribarnos. Su tarea consiste en ridiculizarnos; su misión, denigrarnos, obligarnos a dejar de ser distintos, si pueden. Y cuando seguimos adelante, a pesar de su fuego y su furia, nuestros dragones esperan a que nos perdamos de vista y luego, encogiéndose de hombros, vuelven filosóficamente a su juego de naipes: 'Bueno, uno no puede tostarlos a todos...'

"Cuando soportamos una situación que no estamos obligados a soportar no es porque seamos idiotas. Lo hacemos porque deseamos la lección que sólo esa situación puede enseñarnos, y la deseamos más que a la misma libertad.

"La felicidad es la recompensa que obtenemos por vivir conforme el bien más elevado que conocemos."

—¡BASTA! ¡ES DEMASIADO, RICHARD! ¡BASTA DE MAXIMAS. SI DICES UNA SOLA MAS VOY A REVENTAR!

—Bueno —dije—, pero ten cuidado con lo que pidas, Dickie, porq...

iiiiiiAAAAAAAAAIIIIIEEEEEEEEEEEEEEEEE!!!!!!

Mientras yo hacía un revoltillo para la cena, Leslie, encaramada en un taburete, escuchaba con extrañeza mis aventuras con Dickie.

—Desde aquí es sólo un amiguito imaginario — dije— y si le cuento cuanto sé es por la diversión de recordarlo yo mismo. —Incliné hacia nuestra gran sartén la tabla donde había picado todo lo encontrado en el cajón de las hortalizas

—¿No te escondes detrás de ese "imaginario"? —observó Leslie—. ¿Necesitas una distancia segura? ¿Le tienes miedo? —Se había detenido allí cuando iba a cambiarse la ropa de jardinería: pantalones cortos blancos, camiseta, sombrero de ala ancha para el sol. Ya no tenía el sombrero, pero había caído en la trampa de la curiosidad, buscando significados más profundos; el cambio de ropa tendría que esperar, probablemente.

—¿Miedo? —repetí—. Puede ser.— Yo lo dudaba, pero de vez en cuando resulta divertido poner a prueba nuestras certidumbres, fingiendo que son mentiras—. ¿Qué podría decir que me hiciera daño?

Añadí la piña a la sartén puesta al fuego; trigo búlgaro, cinco o seis sacudidas rápidas.

—Podría decir que él te inventó, decidir que eres sólo un futuro imaginario y alejarse, dejándote sin decir todo lo que necesitas decirle.

Levanté la vista hacia ella, sin sonreír, y olvidé inclinar el frasco de salsa de soja, así que no cayó nada, por supuesto.

—El no haría eso. Ya no.

"En otros tiempos no me habría importado que me dejara", pensé. "Ahora sí."

Ella dejó que su pregunta se cociera a fuego lento y prosiguió.

—¿Sabe que estás cocinando tú y no yo? ¿Le interesa?

—Le digo que cocino para mi esposa, pero con mucha masculinidad. ¡Hasta mis pasteles son recios! —No era cierto, naturalmente. Antes de renunciar al azúcar preparaba pasteles. Sus cortezas eran delicadas como copos de nubes, pero soy más modesto que Dios. La noble cualidad que más me enorgullece es mi completa falta de vanidad.

Es importante que el trigo reciba mucho calor, según dicen; el calor le da cierto sabor a nuez. Por si acaso, busqué medio saquito de nueces picadas y las agregué a la sartén.

Leslie conoce mis extraños principios tan bien como cualquiera que no los tome en serio, pero es tolerante y a veces le gusta escuchar más.

—¿Qué le has dicho sobre el matrimonio?

—No ha preguntado. ¿Crees que puede interesarle?

—Sabe que el matrimonio lo está esperando más adelante. Si es tú mismo, preguntará —dijo ella—. ¿Qué vas a decirle?

—Le diré que es el desafío a largo plazo más feliz, difícil e importante de su

vida. -Recogí de la sartén una cucharadita de cena tostada y se la di a probar. "Todavía no está del todo cocida", pensé, "pero siempre es conveniente ser cortés con nuestra alma gemela—. ¿No opinas lo mismo?"

—Demasiado crujiente --observó—. Está horriblemente seco.

—Hum. —Retiré la sartén de la hornilla para llevarla al fregadero y abrí el grifo; después de echar más o menos una taza de agua, la volví a poner al fuego durante diez generosos minutos.

— ¿Puedo ayudar? —preguntó ella.

— ¡Qué detalle! Has estado trabajando. Descansa. Leslie se acercó al armario y sacó platos y tenedores. —¿Qué vas a decirle?

—Le diré primero mi secreto sobre el matrimonio y luego le informaré de los hechos.

Enchufé la licuadora y saqué del frigorífico un manojito de zanahorias.

Ella me sonrió.

—¿Qué sabio eres! ¿Cuál es tu secreto sobre el matrimonio?

— Bueno, bueno, Wookie, no te rías de mí. Le prometí decirle lo que supiera. —Puse un vaso para recoger el jugo.

—De acuerdo, no eres sabio. ¿Cuál es tu secreto sobre el matrimonio?

Pulsé el interruptor y presioné la primera zanahoria. El jugo es paradisíaco, pero nuestra máquina es estrepitosa como un demonio cuando está funcionando.

—QUE ESTA BIEN HACER LO QUE TE PARECE CORRECTO —dije, por encima del estruendo de las cuchillas giratorias—. Y QUE ESTA BIEN QUE LA ESPOSA HAGA LO QUE LE PARECE CORRECTO. ¡Y QUE ESTA BIEN NO ESTAR DE ACUERDO!

—¡NO ESTOY DE ACUERDO! —dijo ella—. ¡SEGUN ESO, ESTARIA BIEN QUE NOS ENGAÑÁRAMOS MUTUAMENTE, QUE NOS MINTIERAMOS, QUE NOS MALTRATÁRAMOS DE CUALQUIER MODO QUE NOS PARECIERA "CORRECTO"! DEBES AÑADIR QUE, SI TU SECRETO FUNCIONA, ES PORQUE NOSOTROS LLEVAMOS AÑOS DE MUTUA CONFIANZA, AÑOS DE CONOCER EL CARACTER DE LA PERSONA CON QUIEN VIVIMOS. SI ME PARECE BIEN QUE HAGAS LO QUE TE PARECE CORRECTO ES PORQUE TU SENTIDO DE LO CORRECTO Y EL MIO SE PARECEN MUCHO.

La licuadora es tan veloz como ruidosa. El segundo vaso estaba lleno. Presioné el interruptor para apagarla.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó ella, en el repentino silencio.

—No. —Tomé un sorbo de jugo—. Siempre está bien que cada uno haga lo que cree correcto. Sin excepciones.

Ella se rió de mi oposición; yo mismo tuve que sonreír un poquito.

—¿Tu secreto habría podido salvar tu primer matrimonio?

Meneé la cabeza.

—Era demasiado tarde. Cuando el matrimonio te deshumaniza es hora de ponerle fin. Ella y yo nunca estábamos de acuerdo, hasta tal punto que ya no se podía ser como uno era. No sólo dejamos de amarnos: no soportábamos estar en una misma habitación. Eso no tiene cura.

-Recuerdo momentos en los que tú y yo no soportábamos estar en la misma habitación —me provocó. Había quitado la tapa a la sartén y estaba probando la

comida con su cuchara—. ¿Crees que deberíamos habernos separado?

—Tienes hambre, ¿no?

Asintió, con los ojos muy abiertos.

—Quema...

—Falta sólo un minuto —le dije, apagando el fuego antes de tiempo—. Tú eras diferente, Wookie. En aquellos tiempos, aun cuando yo me enfureciera contigo, no podía olvidar que eras maravillosa. A veces salía de la casa, destrozado porque tú no comprendías quién era yo, lo que estaba pensando, lo que sentía. Y mientras me alejaba en el coche gritaba: "¡Dios mío! ¿Cómo pretendes que viva con Leslie Parrish? ¡Es imposible! ¡No se puede!" E incluso en ese momento sabía que eras más inteligente que el diablo y tan hermosa que dolía. El divorcio era inevitable y yo te amaba lo mismo. ¿No es extraño?

Llevé la sartén a la mesa y serví el trigo con verduras para dos.

—¡Oh, Richie, el divorcio nunca fue inevitable! —observó ella—. Ese era sólo un pensamiento desesperado.

"Defender conclusiones obsoletas", pensé, "no es señal de sabiduría. Y aunque lo fuera, no lo haré. No importa que el divorcio fuera inevitable."

Si es preciso perder un cónyuge cuando vivimos según nuestro bien más elevado, perdemos también un matrimonio desdichado y nos ganamos a nosotros mismos. Pero si nace el matrimonio entre dos que ya se han descubierto a sí mismos, ¡qué encantadora aventura la que se inicia, con huracanes y todo!

—En cuanto dejé de esperar que comprendieras siempre —dije—, cuando descubrí que no hay problema si tenemos distintas ideas y conclusiones, que está bien que cada uno haga al respecto lo que necesita hacer, se abrió un camino en el callejón sin salida. Yo no fui atrapado por tus conclusiones, tú no fuiste atrapada por mis diferencias.

— Es cierto —reconoció ella—. Y gracias por la cena. Está deliciosa.

—¿Le di demasiado fuego? Dijiste que quemaba.

— Ahora está mejor. —Bebió un sorbo de su zanahoria líquida—. Es posible que Dickie no pregunte por el matrimonio.

—Preguntará —aseguré—. Me dirá: "¿Para qué crees que estamos aquí?" Y yo le diré lo que pienso: que estamos aquí para expresar amor, un millón de pruebas diferentes para que lo demostremos, un millón más cuando fracasamos, un millón más cuando aprobamos. Y no puede haber más pruebas, en cada minuto de cada día, que en años y años de vida cotidiana íntima con nuestra alma gemela.

—Eso es muy dulce —dijo ella—. No sabía que el matrimonio te pareciera tan importante.

—El matrimonio no. Lo importante es el amor.

—Me alegra oírtelo decir. Creo que eres maravilloso, pero a veces eres también el hombre menos cariñoso del mundo. No he conocido a nadie, hombre o mujer, que pueda ser tan frío e indiferente como tú. Espinas en el hielo, cuando te sientes amenazado.

Me encogí de hombros.

—Bueno, todavía me queda un trecho por recorrer. No digo que siempre supero mis pruebas, sólo que sé que están allí. Paciencia. Ya encontraré el modo de conseguir una vida en la que sea un alma buena, como tantos lo son ya. Por ahora

me hace más feliz ser como soy: desconfiado, duro, siempre a la defensiva...

—Oh, no eres tan malo —dijo ella, radiante—. Hace mucho que no desconfías.

—¡Estoy buscando cumplidos! —dije—. ¿No me das ni uno pequeñito?

—Puedes decirle a Dickie que, en mi opinión, no eres el peor de los hombres.

— Cuando te enfadas conmigo crees que sí.

—No. Lejos de eso. ¿Qué más vas a decirle sobre el matrimonio?

—La diferencia entre matrimonio y ceremonia. Le diré que el verdadero matrimonio no consiste en que dos personas corran por un puente bajo una lluvia de arroz y cintas, sino en descubrir, después de una vida entera, que debemos construir juntos ese puente, con nuestras propias manos.

Ella dejó el tenedor.

—¡Eso es bellissimo, Richie!

—Debería hablar contigo y no con Dickie —dije.

— Habla con los dos. Lo que te da felicidad hace que yo viva con un hombre feliz.

— Eso también se lo diré. Marido y mujer no tienen la facultad de hacerse mutuamente felices o desdichados. Esa es una facultad individual. Uno sólo puede hacerse feliz a sí mismo.

— En cierto sentido, eso es cierto, pero si dices que nada de lo que uno hace afecta al otro, estoy en total desacuerdo.

—Lo que nos afecta —afirmé— es una prueba mutua. Puedes decidir ser feliz sin que importe lo que yo haga, y lo más probable es que, cuando tú seas feliz, yo me alegre, porque me gusta estar contigo cuando eres feliz. Pero soy yo el que me hace feliz, no tú.

Ella sacudió la cabeza, sonriéndome con tolerancia. —Qué modo tan extraño de ver las cosas.

Pensaba que era un detalle, un hilar fino de mi lógica que bloqueaba un don de su amor. Me sentí como un rinoceronte corriendo hacia el hielo delgado, pero tenía que aclararlo.

—Si no te sientes bien —propuse— y aun así decides preparar la cena o salir conmigo para hacerme feliz, ¿supones que dará resultado? ¿Supones que seré feliz sabiendo que te sientes tan mal?

—Si no te dejara notar que me siento mal, sí, supongo que serías feliz.

—Pero entonces serías una mártir. Me hartas feliz sacrificándote, mintiéndome, fingiendo estar bien sólo por mí. Si diera resultado, sólo sería feliz porque creería que estás bien, no porque tú lo estuvieras. No eres tú ni lo que haces por mí lo que causa mi felicidad, sino mi creencia. Y mis creencias son responsabilidad mía, no tuya.

—¡Qué frío suena eso! —observó ella—. En ese caso, ¿para qué hacer esfuerzo alguno por complacerte?

— ¡Cuando no quieres hacerlo, no debes intentarlo! ¿Te acuerdas de cuando trabajabas dieciocho horas diarias en la oficina, por la inundación de trabajo que teníamos?

—¿De trabajo nuestro que hacía solamente yo? —apuntó con dulzura—. Me acuerdo, sí.

—¿Y recuerdas lo agradecido que yo estaba?

—Por supuesto que sí. Te sentabas allí, muy ceñudo, malhumorado y resentido, ¡como si fueras tú el que se mataba trabajando!

—¿Recuerdas cuánto tiempo duró eso?

—Años.

—¿Y el hecho de que tú te encargaras de mi parte hizo que nos amáramos tanto?

—Creo recordar que, al terminar ese período, yo no te soportaba más. Mientras yo trabajaba desde el amanecer hasta la medianoche, tú venías a anunciar, muy animado, que te ibas a volar un rato porque habías trabajado demasiado. ¡Tuviste suerte de que no te matara!

"Cuanto más tiempo pasemos trabajando en algo que detestamos", pensé, "menos gozo nos brindará el matrimonio."

—Pero al fin algo se rompió —dije—. Decidiste: "Al demonio con este trabajo, al demonio con Richard Bach, ese maldito egoísta. Quiero recuperar mi propia vida. No me importa lo que sea de él; voy a ocuparme de mí misma. Voy a divertirme."

—¡Y lo hice! —reconoció, con alegre picardía en los ojos.

—¿Y qué pasó?

Se echó a reír.

—¡Cuanto más feliz era yo, más te gustaba!

—¡Ahí tienes! ¿Te has oído? ¡Decidiste ser feliz tú misma!

—Sí.

—Y entonces yo fui más feliz, aunque tú no te esforzabas por Hacerme Dichoso.

—Sin duda.

Golpeé la mesa con un dedo a modo de martillo. —No tengo más que decir.

—Supongo que tratabas de hacerme feliz —sugirió—al decirme que no trabajara tanto en la oficina.

—Por supuesto. En esos tiempos aún trataba de resolver tus problemas.

—Decirme que dejara el trabajo era una estupidez —observó—. Ahora puedo dejar de trabajar y divertirme porque estamos en una situación diferente. Hoy en día sólo hacemos un trabajo elegido; no es cuestión de vida o muerte. Podemos hacerlo o ignorarlo a voluntad. En aquellos tiempos se trataba de un asunto grave; había que sacarte de los enredos legales y financieros en que estabas metido cuando te conocí, ¿recuerdas? Y sin todo el trabajo que hice no estarías ahora en una situación tan cómoda. En el mejor de los casos habrías tenido que abandonar este país; no quiero pensar en lo que podría haberte ocurrido en el peor de los casos. Como había tanto en juego, escogí trabajar como loca. Si en esos momentos querías hacerme feliz, ¡habrías tenido que echarme una mano!

—¿Pero... no te das cuenta? ¡Yo no quería! Para mí no era importante hacer ese trabajo. ¡No me importaba que no se hiciera jamás! Las pocas veces en que traté de ayudarte me sentí desdichado y resentido, y eso no hizo más que empeorar las cosas.

—Por lo cual, naturalmente, yo decidí trabajar todavía más —dijo ella—, antes que vérmelas con un gnomo espinoso y hostil que trataba de "ayudar" y lo

complicaba todo con su resentimiento.

—Nada de "naturalmente": tenías otras opciones. Aunque yo trataba de Hacerte Dichosa, no resultó porque yo mismo no era dichoso.

—Tienes razón, yo tenía otras opciones. Debí dejar que todos los problemas te cayeran encima hasta aplastarte.

De ese modo habrías aprendido tú mismo la lección, en vez de aprender yo una lección que ya sabía. Aunque algo nuevo aprendí con todo aquello: si vuelves a enredar las cosas, no te privaré de ninguna lección futura. Claro que, en realidad, tú no tratabas de hacerme feliz; tratabas de ser feliz tú mismo. Igual que ahora.

"Ay, ay", pensé. ¿Acaso la cena iba camino de acabar en tormenta?

—La diferencia entre lo de entonces y lo de ahora —continuó ella— es que nuestra vida ha cambiado. Ahora, con calma y comodidad, los dos tenemos la posibilidad de ser felices. Tú parece creer que eso se debe a que, de buenas a primeras, yo decidí trabajar menos y jugar más. Prefieres creer que trabajaba por el trabajo mismo, supongo, y que por fin he entrado en razón. Creo que pasaste todos esos años en un país de fantasías, porque no podías enfrentarte a los enormes problemas que habías creado. Sea como fuere, estoy disfrutando demasiado de la vida como para seguir analizando este punto.

Por un momento, en silencio, di forma a mi respuesta: "Pasamos juntos esos años, pero nuestras convicciones eran tan diferentes que ahora recordamos diferentes pasados."

—¿Esto es por Dickie? —preguntó, con los ojos azul mar clavados en los míos—. ¿O es por nosotros? ¿Vas a hablarle de nuestras peleas?

—Quizá no. Quizá deba decirle que en un matrimonio perfecto no hay peleas. La perfección es que dos personas se miren mutuamente y digan: "Lo sabíamos todo antes de casarnos. No hubo peleas ni pruebas; ninguno de nosotros ha cambiado en cincuenta años. No aprendimos nada."

El cuadro la hizo sonreír.

—Mortalmente aburrido —dijo—. Evita los problemas y jamás llegarás a ser el que los superó.

—El necesita saber. Para mí, hablar de las lecciones del matrimonio es un recordatorio; Dickie tiene que sacar en claro lo que pueda, quedarse con una parte y descartar el resto. Le diré qué es lo mejor que he descubierto: "Nunca des por sentado que tu esposa es capaz de leerte los pensamientos, que entiende lo que eres, que sabe lo que piensas y sientes. Dar eso por sentado es buscarse un terrible sufrimiento. Tal vez ella comprenda, tal vez sepa de vez en cuando, pero no debes esperar que te entienda ni un poquito mejor de lo que tú la entiendes. Decide ser feliz haciendo lo que deseas hacer. Si tu felicidad la enoja, si tú detestas verla alegre, lo vuestro no es un matrimonio, sino un experimento que estaba condenado desde el principio."

—Oyéndote, cualquiera diría que el matrimonio es tan divertido como saltar desde un acantilado. ¿Es esa la impresión que quieres darle?

—"El matrimonio es distinto de todo lo que vas a vivir", le diré; "se arma por una magnetización milagrosa, se encuentra por increíbles coincidencias, almas gemelas descubiertas en el misterio del romance, pero aun así hay problemas que resolver juntos. Problemas fascinantes, cierto, jugosas pruebas que perduran ano

tras año. Pero, si se pierde el romance, se pierde la facultad de seguir adelante en tiempos difíciles, aprendiendo a amar. Pierde el romance y jamás aprenderás, fracasarás en el amor. Y, si fracasas en el amor, las otras pruebas no tienen importancia."

—¿Y sobre los hijos?

—No estoy capacitado para decirle nada —respondí—. ¿Qué más?

—¿Cómo que no estás capacitado y qué más? ¡Tienes hijos y debes haber aprendido algo de ellos! ¿Qué vas a decirle?

"Mi punto débil", pensé. "Entre niños soy tan útil como un yunque en un parvulario."

—Le diré que la orientación interior no pertenece sólo a los adultos. A cualquier edad experimentamos lo que atraemos hacia nosotros. Que la única orientación para dar a nuestros hijos es nuestro propio ejemplo del ser humano más elevado y avanzado que sepamos ser. Los hijos pueden entender o no. Pueden amarnos por nuestras decisiones o maldecir el suelo que pisamos. Pero los hijos no son propiedad nuestra; no podemos dominarlos, así como no fuimos una propiedad de nuestros padres que ellos pudieran dominar.

—Al decir eso, ¿no te sientes como un témpano? preguntó Leslie—. ¿O sólo a mí me suena a cuarenta grados bajo cero?

— ¿No es cierto?

—Puede tener cierta base de verdad —me tranquilizó ella—. Es cierto que nuestros hijos no son propiedad nuestra, pero me parece que falta algo. ¿No será algo de ternura?

— ¡Bueno, por supuesto que se lo diré con ternura!

Ella agitó la cabeza, desesperanzada, y continuó.

— El matrimonio tiene más de un secreto.

— ¿Cuál? —"Yo tengo un solo secreto", pensé; "¿es posible que ella tenga otro?"

—Cuando se mira a una pareja como nosotros —dijo—, cuando se mira a cualquiera a lo largo de mucho tiempo, lo cierto es que sólo amamos una o dos veces en la vida. Atesorar ese amor: ese es mi secreto del matrimonio.'

34

Terminada la cena y guardados los platos, arrojé mi ala delta dentro del coche y fui a la montaña. En el trayecto busqué a mi pequeño amigo dentro de mi mente.

Estaba sentado en la misma cumbre de la colina, pero ahora había árboles en las laderas, árboles tiernos y una pradera que daba a un horizonte verde.

Se volvió a mirarme en cuanto lo vi.

— Háblame del matrimonio.

— Por supuesto. ¿Por qué?

— Nunca creí que me sucedería, pero ahora sé que sí. No estoy preparado.

Reprimí una sonrisa.

— No estás preparado, claro.

El frunció el entrecejo, impaciente.

— ¿Qué debo saber?

— Una palabra —dije—. Recuerda una sola palabra y te irá bien. Recuerda "diferente". Eres diferente del resto del mundo y eres diferente de la mujer con la que te casarás.

— Seguro que me dices algo sencillo porque tú también pensaste que era sencillo y resultó no serlo.

— Lo simple no es obvio, capitán. Que somos diferentes es una revelación a la que muchos matrimonios jamás llegan; mucha gente sagaz no lo entiende hasta años después de que se ha asentado el polvo del divorcio.

— ¿Diferentes pero iguales?

— En absoluto —dije—. El matrimonio no es sitio para la igualdad. Leslie es mejor que yo para la música, por ejemplo. Jamás sabré lo que ella sabía a los doce años, mucho menos lo que ha aprendido hasta ahora. Podría pasarme el resto de la vida estudiando y jamás conocería música tanto de bien como ella, ni podría

hacerla tan encantadora como la suya. Probablemente ella, a su vez nunca pueda pilotar aviones mejor que yo. Le llevo veinte años de ventaja y no puede alcanzarme.

—¿Todo lo demás también es desigual?

—Todo. Yo no soy tan organizado como ella; ella no es tan paciente como yo. Ella lucha por los asuntos que le importan; yo soy el observador objetivo. Yo soy egoísta, lo cual significa, para mí, actuar según mis mejores intereses a largo plazo; Leslie detesta el egoísmo, que para ella significa una gratificación instantánea pese a las consecuencias. A veces pretende que yo sacrifique mi sentido de lo correcto por el de ella y se sorprende de que no lo haga.

—Conque sois diferentes —observó—. ¿No es siempre así entre marido y mujer?

—Y casi todos los maridos y las mujeres lo olvidan. Cuando lo olvido y pretendo que Leslie sea egoísta, cuando ella lo olvida y pretende que yo sea organizado, suponemos que el otro es tan diestro como nosotros en habilidades que ya hemos dominado. Eso no puede ocurrir. El matrimonio no es una competencia para que cada uno supere la fuerza del otro, sino una cooperación que necesita de esas diferencias.

—Pero apuesto a que, a veces, esas diferencias os vuelven locos.

—No. Lo que a veces nos vuelve locos es olvidar que somos diferentes. Cuando yo suponía que Leslie era yo con otro cuerpo, que sabía lo que yo estaba pensando a cada segundo y que mis valores y prioridades eran exactamente los suyos, me estaba buscando un viaje en tonel por alguna monstruosa catarata. Seguía suponiéndolo y preguntándome, un minuto después: "¿Por qué voy súbitamente río abajo y qué son estos aros y estas maderas destrozadas que me cuelgan del cuello, mientras me levanto de entre las rocas chorreando, como una esponja deshecha?" Me sentía culpable, nada menos, hasta que lo afronté, recordé que éramos diferentes y lo dejé pasar.

Entornó los ojos.

—¿Culpable? ¿Por qué culpable?

—Recuerda las máximas —apunté—. La culpa es la tensión que nos lleva a cambiar nuestro pasado, presente o futuro en bien de otra persona. La culpa es al matrimonio lo que el témpano fue para el Titanic. Si chocas con ella en la oscuridad, date por hundido.

Su voz se volvió melancólica.

—Tenía la esperanza de casarme con una mujer más o menos como yo.

—¡No! ¡Ruega que no se te parezca, Dickie! Leslie y yo somos iguales en dos aspectos: los dos estamos de acuerdo en que nuestro cónyuge tiene unos cuantos valores mal situados y unas prioridades insensatas. También estamos de acuerdo en que nos sentimos más enamorados que el día en que nos conocimos. En todo lo demás somos más o menos diferentes.

Dickie no estaba convencido.

—No estoy seguro de que pueda amar más a alguien por caer por la catarata.

—¡No fue Leslie quien me encerró dentro del tonel, capitán! ¡Fui yo mismo! Creía conocerla, aunque ahora miro hacia atrás... ¿Cómo pude ser tan tonto? Ella tenía sobre mí algunas suposiciones igualmente erradas, sin duda, ¡pero qué

divertido haber recorrido un camino tan largo con la persona que amas! Viviendo con ella año tras año, hasta las tormentas son divertidas, una vez que pasan. A veces, por la noche, la rodeo con un brazo y estoy seguro de que acabamos de conocernos, de que apenas comenzamos a decirnos hola.

—Me cuesta imaginarlo —dijo él.

—No se puede imaginar, Dickie, no creo. Hay que vivirlo. Te deseo paciencia y habilidad.

Lo dejé en medio del silencio para que lo pensara. Sólo más tarde caí en la cuenta de que había olvidado decirle mi secreto sobre el matrimonio.

Toda estructura es conciencia. Los aviones son criaturas vivientes si nosotros decidimos creerlo. Cuando lavo a Daisy, le saco brillo y me ocupo de cada chirrido antes de que se convierta en alarido; de ese modo quizá llegue el día en que ella me devuelva el favor y se eleve en el aire antes de que el vuelo sea posible, si es preciso, o aterrice en un espacio escasísimo. En cuarenta años de piloto me ha ocurrido una vez, y no estoy seguro de que no vuelva a necesitar esa amabilidad.

Por eso no era extraño que, esa mañana, yo estuviera tendido en el suelo de cemento de nuestro hangar, limpiando tres horas de gases de combustión y película aceitosa acumuladas en el vientre de aluminio de Daisy.

"Todas las noches, al quedarnos dormidos, cambiamos de conciencia", pensé, sumergiendo mi estropajo en gasolina, "pero también la cambiamos todos los días, cada vez que hacemos una cosa y pensamos en otra. Dormir y velar, soñar y fantasear cien veces al día: ¿quién cuenta esto como estados alterados?"

No vi más que vaqueros desde las rodillas hacia abajo, pero los pies estaban calzados con anticuadas zapatillas de tenis; supe quién era.

— ¿Todo es responsabilidad personal tuya? —preguntó Dickie—. ¿Todo en tu vida? ¿Tú llevas todo el peso?

—Todo —dije, feliz de que me hubiera encontrado—. No existen las masas; somos sólo nosotros, simples individuos, llevando nuestras simples vidas como simplemente queramos. No es pesado, Dickie. Es divertido cargar con la responsabilidad de todo. Y los individuos nos movemos mucho para ayudarnos.

Se sentó en el suelo, cruzado de piernas, para mirarme trabajar.

— ¿Cómo, por ejemplo?

— Como el comerciante que facilita la obtención de comida para la mesa. Como el cineasta que nos cuenta cuentos, el carpintero que construye un techo sobre nuestra cabeza, el constructor de aviones que pone a la bella Daisy en el mercado.

— Y si Daisy no existiera, ¿la construirías tú mismo?

— Si yo mismo tuviera que construir mi avión, probablemente lo haría más pequeño que Daisy. Un planeador, un ultraligero.

Toqué con el estropajo la lata de cera abrillantadora. Basta un poquito para quitar las peores manchas de gases de combustión.

— ¿Es responsabilidad tuya conseguir comida, aunque no haya dónde comprarla?

— ¿Quién otro lo haría por mí?

—¿Matarías las vacas con tus propias manos?

Mientras lustraba descubrí una grieta en la fibra de vidrio; partía de un montante, cerca de la antena del equipo de medición de distancia. Nada peligroso, pero tomé nota para taladrar la grieta y pegarla.

—Leslie y yo ya no comemos ternera, Dickie. No seríamos capaces de matar a ninguna, y hemos decidido que, si no aceptamos los pasos de un proceso, corresponde no ceder tampoco ante el resultado.

Se quedó pensando.

—¿No usas cosas de piel?

—Jamás usaré otro abrigo de piel ni, probablemente, otro cinturón de piel. Pero podría comprar zapatos de piel, si no hubiera otra alternativa. Claro que quizá llegara a la caja registradora con los zapatos y no podría concretar la compra. Es un lento proceso el de cambiar de principios; sólo sabemos que hemos cambiado cuando lo que nos parecía correcto ya no lo parece.

Asintió como si lo esperara.

—Todo es individual.

— Sí.

—¿Tú eres responsable de tu propia educación?

— Yo me encargo de proporcionarme la educación que quiero, sí.

—¿Y tu entretenimiento?

— Continúa —sugerí.

— ¿Tu aire, tu agua, tu trabajo...?

mis viajes, mi actitud, mi comunicación, mi salud, mi protección, mis metas, mi filosofía y religión, mi éxito y fracaso, mi matrimonio, mi felicidad, mi vida y mi muerte. Soy responsable ante mí por lo que pienso, por cada palabra que diga y cada movimiento que haga. Me guste o no, así es; por eso, hace mucho tiempo, decidí que me gustara. — Me preguntaba adónde quería llegar con sus preguntas. ¿Estaría poniéndome a prueba?

Froté la pintura pulida con cera, cuidadosamente alrededor de los generadores, que sobresalían como una cerca de cuchillos, y con más energía cerca de las antenas de radio; sobre el resto, con largos movimientos de barrido. "Curiosidad o prueba", decidí, "quiero que lo sepa."

—Conque todo en el mundo de las apariencias lo haces por ti mismo —dijo—. ¿Tú, personalmente, construiste toda tu civilización?

—Así fue, gracias. ¿No quieres saber cómo? Se echó a reír.

—Te derrumbarías si no quisiera.

—No tendría importancia —mentí—. Bueno, es cierto: me derrumbaría.

—Dime, ¿cómo hiciste para construir personalmente toda tu civilización?

—Tú y yo elegimos nacer en esta creencia de lugar y de tiempo, Dickie; luego nos detuvimos ante el portón de la conciencia, evaluando, decidiendo si participar o retirarnos de cada sugerencia, de cada idea, avance y destrucción que nuestra época ofrece. Leer sí, huir de casa no, animales de juguete sí, confiar en los padres sí, creer en la propaganda bélica sí, modelos de aviones sí, deportes de equipo no, puntualidad sí, helado sí, zanahorias no, tareas escolares sí, fu-mar no, beber no, egoísmo sí, drogas no, faltar a clase no, cortesía sí, ufana seguridad en uno mismo sí, cazar no, pistolas sí, pandillas no, chicas sí, espíritu escolar no,

universidad no, lo militar sí, política no, servicio al prójimo no, matrimonio sí, hijos sí, lo militar no, divorcio sí, volver a casarse no, volver a casarse sí, zanahorias sí... Pintamos un perfecto y único retrato digital de lo que vamos a ser; cada sí y cada no es un pequeño punto de nuestro retrato. Cuanto más decisivos seamos, más clara resultará nuestra pintura.

"Todo en el mundo de mi conciencia, que es el único mundo que existe para mí en la tierra, pasa por mi consentimiento. Lo que no me interesa puedo cambiarlo. Por eso no gimoteo ni me quejo de estar sufriendo porque alguna persona me falló. Soy yo quien debe solucionarlo, no ella."

— ¿Qué haces cuando alguien te falla?

—Lo mato —dije— y sigo mi camino.

Rió con nerviosismo.

— Estás bromeando, ¿no?

—No podemos destruir la vida, así como no podemos crearla —dije—.

Recuerda que La Vida Es.

Terminada la panza, salí arrastrándome de debajo del avión y fui en busca de una escalerilla para los estabilizadores verticales, que estaban a tres metros del suelo.

—En el mundo de las apariencias —preguntó, tímido—, ¿has matado a alguien?

— Sí. He matado moscas, he matado mosquitos, he matado hormigas y lamento decir que también he matado arañas. Mataba a los peces, cuando no era mucho mayor que tú. Indestructibles expresiones de vida, todas ellas, pero yo creía estar matándolas. Y esa creencia me deprime, aún me apena, hasta que recuerdo la verdad.

Eligió sus palabras con cuidado.

— ¿Has matado a algún ser humano en el mundo de las apariencias?

— No, Dickie. —Gracias a una brillante sincronización, pensé. Si hubiera ingresado en las Fuerzas Aéreas algunos años antes habría matado a seres humanos en Corea. Algunos años después los habría matado en Vietnam, en la época previa al tiempo en que dije "no" a las órdenes ajenas.

— ¿Alguna vez te mataron?

— Nunca. Antes de que naciera el tiempo, yo soy; cuando el tiempo se haya detenido, yo seré.

Se irritó, exasperado.

— En el mundo de las apariencias, tu creencia de ti mismo como limitado...

— ¡Ah, ese mundo! —dije—. ¡Me han matado cien mil trillones de veces, un número indefinido de veces!

Dickie trepó por la escalerilla hasta el estabilizador horizontal y caminó por él un par de metros, desde el timón de dirección; luego se sentó frente a mí, con los tobillos cruzados, apoyado en su curiosidad. Ningún otro niño habría podido encaramarse allí sin que yo expresara mis temores por las zapatillas contra la pintura, el peso contra el estabilizador, la caída de metro y medio hasta el suelo de cemento. Pero Dickie podía sentarse donde quisiera. "Tales son los placeres de los desencarnados", pensé. "Lo extraño es que no los invitemos con más frecuencia."

— Eso es reencarnación —observó—. ¿Crees en la reencarnación?

Roció la mitad superior del timón de dirección con cera líquida y lo frotó hasta limpiarlo.

—No. La reencarnación es una serie de vidas, ¿no? ¿Una tras otra, en orden, en este planeta? Eso me parece algo limitado, como si me estuviera estrecho a la altura de los hombros.

—¿Qué te sienta mejor?

—Un infinito número de creencias de experiencias de vida, por favor; algunas en cuerpos, otras no; algunas en planetas, otras no; todas ellas simultáneas, porque no existe nada parecido al tiempo, y ninguna de ellas real, porque sólo hay una Vida.

Frunció el ceño.

—¿Por qué es cierto lo de las infinitas experiencias de vida y no lo de la reencarnación?

"Hace mucho tiempo", recordé, "esa era mi pregunta favorita: ¿por qué esto sí y aquello no? Recuerdo que volvía locos a muchos adultos, pero yo tenía que saber."

—Lo de las infinitas experiencias de vida no es más cierto que lo de la reencarnación —le dije—. Mientras no reconocemos que La Vida Es, no nos limitamos a creer en la reencarnación, en infinitas experiencias de vida, en el cielo y el infierno o en que todo-se-hace-negro: vivimos esos sistemas; para nosotros son ciertos, con cada minuto les damos poder.

—Entonces no comprendo. ¿Por qué no reconoces que La Vida Es y dejas de jugar a esas cosas?

—¡Porque me gustan los juegos! Si alguien duda de que esta vida existe por lo divertida que es, ofrécele un relato detallado de su futuro personal: cada hecho, cada final, años antes de que se presenten. ¿Cuánto tardará en rogarte que no sigas? Saber lo que va a ocurrir no es divertido. Me gusta el ajedrez, incluso sabiendo que es un juego. Y me gusta el espaciotiempo, aun cuando sé que no es real.

—¡Socorro! —dijo—. Si nada de esto es real, ¿por qué elegir infinitas experiencias de vida en vez de todos nos-convertimos-en-ángeles o la reencarnación?

—¿Por qué el ajedrez en vez de las damas? —pregunté—. ¡Porque hay más combinaciones para jugar! Si todas mis creencias-de-vidas son simultáneas, por ejemplo, tiene que haber algún modo de que se encuentren personalmente. Tiene que existir una manera de hallar al Richard que eligió la China en el ahora que llamo siete mil años atrás, al que en 1954 se dedicó a construir botes en vez de ser piloto, al que prefirió ser Proxímido y eligió una vida en las flotas espaciales de Centauro Cuatro, en el ahora que está a mil millones de años de hoy. Si todo el tiempo es Ahora, tendría que haber una manera de que pudiéramos conversar. ¿Qué saben ellos que yo no sepa?

Una expresión curiosa en su cara, una sonrisa oculta.

—¿Y has logrado algo hasta ahora?

—Chispazos, aquí y allá —dije.

—Hum. —Sonrió otra vez con esa sonrisa extraña, como si el maestro fuera él, no yo. Debería haberle preguntado dónde estaba lo gracioso, pero lo dejé pasar, pensando que no estaba convencido y recordando que no debía importarme. Que él

lo resolviera por su cuenta.

—Pero no se requieren pruebas —añadí, bajando para colocar la escalerilla cerca del borde de ataque del estabilizador izquierdo—. La vida no limita nuestra libertad de creer en los límites. Mientras no descartemos el romance con la forma, apuesto a que despertaremos de una creencia que limita a otra y otra más, superando el espaciotiempo tal como superamos nuestro juego con bloques, cualquiera sea su color y la forma en que vengan, para encontrar placer en otros juguetes.

— ¿Juguetes? ¿Para el futuro indefinido? —se extrañó—. Creía haberme adelantado aquí. Pensé que ibas a decirme que la próxima vida es el amor incondicional.

— No. El amor incondicional no es fuerza en el espaciotiempo, como no lo es en el ajedrez, el fútbol o el hockey sobre hielo. Las reglas definen la vida en los juegos; el amor incondicional no reconoce reglas.

—Dime una regla —pidió.

—Veamos... —Terminé con el estabilizador izquierdo y bajé para trasladar la escalerilla contra el derecho; después de subir, rocié con cera el borde de ataque—. Una regla es la autodefensa. En cuanto deja de interesarnos si vivimos o morimos, en cuanto llevamos nuestros valores más allá del espaciotiempo, de pronto podemos amar incondicionalmente.

— ¿De veras?

—Prueba. —Enceré el borde de ataque y lo lustré.

—¿Cómo?

Los estabilizadores verticales refulgían en el hangar, esculturas de marfil gemelas. Pasé al estabilizador horizontal.

— Supón que eres un alma avanzada, un líder del pacifismo no violento, y que has jurado liberar de un tirano a tu nación esclavizada. Prometes al tirano que convocarás gigantescas manifestaciones de protesta en la capital hasta que él renuncie.

—¿Eso le digo? —observó Dickie—. Puede que sea avanzado, pero no es muy sagaz, ¿verdad?

Sonreí. Era una expresión que solía utilizar mi padre: no muy sagaz.

— Recibes un aviso —dije—. Los hombres del tirano han salido y vienen a matarte. ¿Tienes miedo?

— ¡Sí! —exclamó Dickie—. ¿Hacia dónde huyo? —A ninguna parte. Recuerda que eres un alma avanzada. Así que ahora, en este mismo instante, olvídate de la autodefensa, descarta las reglas y deja de preocuparte por si vives o mueres. Este es un mundo de apariencias y tú tienes un hogar diferente, uno más profundamente conocido y amado que la Tierra, al que te alegrará retornar.

Lustré alrededor de Dickie, que seguía encaramado en el estabilizador, con los ojos cerrados, fingiendo.

—De acuerdo —dijo—. Ya no me importa. No quiero nada, no necesito nada de la Tierra. Estoy listo para volver al hogar.

— Aquí vienen los asesinos a tu puerta. ¿Estás asustado?

—No —respondió él, soñando—. No son mis asesinos, sino mis amigos. Somos actores de una obra. Elegimos nuestros papeles y los representamos.

— Están desenvainando las espadas. ¿Les temes?

— Los amo —dijo.

— Listo. Ahora sabes cómo es el amor incondicional. No hace falta que seas santo: está al alcance de cualquiera; libérate del espaciotiempo y ya no importa que te maten o no.

Un minuto después Dickie abrió los ojos y se trasladó hasta el extremo del estabilizador, para que yo pudiera lustrar el sitio que él había estado ocupando.

— Interesante. ¿Funciona a la inversa? ¿Cuanto más me intereso por la autodefensa, menos puedo sentir el amor incondicional?

— ¿Quieres averiguarlo?

— Sí. —Cerró los ojos, esperando.

— Supón que eres un granjero, apacible y suave —propuse—. Tienes tres amores: tu familia, tu tierra y tus sembrados de narcisos. Junto con tu esposa, crías a tus hijos y cultivas tus flores en el mismo valle que tus padres desbrozaron y araron antes que tú. Naciste en esta tierra y aquí piensas morir.

— Ay —dijo—. Va a pasar algo.

— Sí. Ganaderos, Dickie. Quieren tus tierras para acortar camino hacia la estación de ferrocarril; cuando te las pidieron, no se las vendiste. Te amenazaron y tú no huiste, Ahora te han hecho llegar una advertencia: hoy a mediodía van a tomar tu granja por la fuerza. Sal de tus tierras y deja que mueran tus flores o tú también morirás.

— Oh, caramba —dijo, otra vez con los ojos cerrados y soñando.

— ¿Tienes miedo?

— Sí.

— Es casi mediodía, Dickie. Ya vienen, a caballo: diez o doce hombres armados entre una nube de polvo, disparan sus revólveres y provocan una estampida de búfalos hacia tus verdes campos. ¿Amas incondicionalmente a estos hombres?

— ¡NO! —exclamó.

— Ya ves...

— Tengo apostados a mis vecinos —continuó—. Cada uno de nosotros con fusiles de repetición; tengo dinamita enterrada bajo los cercados. Si pisáis mis flores, machotes, vais a recibir una poderosa Estampida en Contramarcha. ¡ Y si os atrevéis a pisotearnos será el último de vuestros pisoteos!

— Esa es la idea —señalé, sonriendo ante su instantánea defensa—. Ya ves qué diferente del amor incondi...

— No me interrumpas —dijo—. ¡Deja que los haga volar por los aires!

Me eché a reír.

— Este es un experimento mental, Dickie, no una masacre.

Abrió los ojos.

— Bum... —dijo, mohíno—. ¡En mis tierras nadie se mete !

Miré sonriente su entrecejo fruncido y lo levanté hasta lo alto del fuselaje; luego corrí la escalerilla para lustrar el ala derecha de Daisy.

— Conque el Amor sólo puede ser incondicional —dijo por fin- cuando no le interesan nuestros juegos.

— No le interesan nuestros juegos, ni nuestras metas basadas. en el cambio — dije—. Ni la autodefensa, la justicia, el rescate, la moral, las mejoras, la educación

ni el progreso. Nos ama tal como somos, no como fingimos ser. Creo que por eso morir es un golpe tan grande. En ese momento se hace mucho más nítido el contraste entre el papel y la realidad. Los supervivientes que han vuelto de la muerte clínica dicen que el amor es como un mazazo.

—¿Amor para los ganaderos tanto como para los floricultores?

—Para los asesinados y los asesinos, los mansos y los monstruos. El mismo. Amor. Absoluto. Total. Incondicional.

Dickie se recostó en el fuselaje, con la cara vuelta de costado contra el metal fresco, mirándome trabajar.

—Todas estas cosas que me estás diciendo, ¿cómo las aprendiste?

—Tenía esperanzas de que lo supieras —observé—. Desde que tengo memoria me ha importado saber cómo funciona el universo, cuándo comenzó.

Esperaba que él me entregara un antiguo recuerdo, pero si Dickie sabía de dónde venía esa curiosidad, no me lo dijo.

—¿Cómo sabes que tus respuestas son correctas? —preguntó.

—No lo sé. Pero cada pregunta es una tensión adentro, una pequeña descarga eléctrica que crepita en mí hasta que halla una respuesta. Cuando una pregunta toca una respuesta, descarga a tierra en la intuición, se produce un destello azul y la tensión desaparece. No dice "bien" ni "mal"; sólo dice "respondido".

"Vaya", pensé en la pausa, "hay una abolladura en el borde de ataque; en el último vuelo debemos de haber sufrido una fuerte turbulencia."

—Dame un ejemplo —pidió.

Lustré ligeramente el ala, mientras hacía memoria.

—Cuando yo era piloto ambulante —dije— y volaba feliz sobre los pastos del Medio Oeste con mi viejo biplano Fleet, por un tiempo me sentí culpable. ¿Era justo que yo llevara esa vida, volando libremente con el viento y ganándome la vida con eso, cuando otras personas tenían que trabajar de nueve a cinco para vivir? "No todo el mundo puede ser piloto ambulante", pensaba.

—¿Esa era tu pregunta?

—Esa era mi tensión, lo mismo que una pregunta; me zumbó en la mente durante semanas enteras: no todos pueden ser pilotos ambulantes. ¿Por qué no sufro las mismas presiones que todo el mundo? ¿Es justo que goce de tantos privilegios?

La imagen no le pareció divertida: un vagabundo cubierto de aceite, durmiendo bajo el ala de un avión, cambiando paseos aéreos por billetes de a dólar y preguntándose por qué era el tipo más afortunado del mundo.

—¿Y cuál fue tu respuesta? —preguntó, solemne como búho de granero.

—Pensaba en eso durante la noche, completamente solo, mientras preparaba mi pan frito sobre la fogata. "La profesión de piloto ambulante es grandiosa y romántica", pensaba, "pero lo mismo podría decirse de la abogacía o el arte dramático. Si todos fuéramos actores, al abrir las Páginas Amarillas sólo encontraríamos un listado, una sola categoría: A de Actor. Nada de instructores de vuelo, fabricantes de juguetes, abogados, policías, médicos, tiendas o empresas constructoras, nada de estudios cinematográficos ni de productores. Sólo actores. Y por fin comprendí. No todo el mundo puede ser piloto ambulante. Tampoco todo el mundo puede ser abogado, actor o pintor de paredes. ¡Todo el mundo no puede

hacer una misma cosa!

—¿Esa fue tu respuesta?

— Como una ballena que surgiera del agua más profunda, surgió este gran chapoteo en mi mente, Dickie: "¡No todo el mundo puede hacer la misma cosa, pero cualquiera puede hacerla!"

— Oh —exclamó, alcanzado por el mismo chapoteo.

— Desde entonces dejó de parecerme injusto que yo fuera la persona que elegí ser. —Seguí lustrando el ala en silencio, pero él aún escuchaba, dando vueltas a la idea en su mente.

—¿Puedo ser lo que yo quiera? —preguntó—. ¿Aunque no sea tú?

— Especialmente si no eres yo —le dije—. De vez en cuando me equivoco, pero mi puesto está ocupado.

Un susurro en la oscuridad.

—No vas a enseñarle a ser egoísta, ¿verdad?

Tres veintidós de la mañana, refulgía el reloj. ¿Cómo sabe Leslie que estoy despierto? ¿Cómo sabe el venado que una hoja ha caído silenciosamente en su bosque? Porque lo oye respirar de modo diferente.

—No le enseñe a ser nada —susurré a mi vez—. Le digo lo que creo que es verdad, y él tendrá que decidir por sí mismo si quiere creerlo o no.

—¿Por qué susurras? —dijo.

—No quiero despertarte.

—Ya me despertaste —susurró ella—. Hace un minuto pasaste a respiración de despierto. Estás pensando en Dickie.

—Leslie —pregunté, poniéndola a prueba—, ¿qué estoy haciendo ahora?

Ella escuchó en el silencio.

—Estás parpadeando.

—¡NO HAY MANERA DE QUE NADIE PUEDA SABER SI ALGUIEN PARPADEA EN LA OSCURIDAD!

Silencio. Luego, un susurro:

—¿Quieres que me disculpe por tener buen oído? Suspiré.

Un suspiro aun más leve, desafiante:

—Pues no voy a disculparme.

—Y ahora, ¿qué estoy haciendo? —pregunté.

—No lo sé.

—Estoy sonriendo.

Se volvió hacia mí; la rodeé con un brazo en medio de la noche.

—¿En qué estás pensando, que te despertó? —quiso saber.

—Vas a reírte de mí.

—No. De veras.

—Estaba pensando en el bien y el mal.

—¡Oh, Richie! ¿A las tres de la madrugada te despiertas pensando en el bien y el mal?

—¿Te ríes de mí? —pregunté. Ella se ablandó.

—Era sólo una pregunta.

—Sí.

—¿En qué estabas pensando?

—En que lo capto por primera vez: no existe semejante cosa.

—¿No hay bien ni mal?

—No.

—¿Y qué hay?

—Hay feliz e infeliz —dije.

—¿Lo feliz es bueno y lo infeliz es malo? —Completamente subjetivo.

¡Todo está en tu cabeza!

— En ese caso, ¿qué es lo feliz y qué lo infeliz?

— ¿Qué es para tí? —pregunté.

—¡Lo feliz es gozo! ¡Deleite intenso! Lo infeliz es depresión, desesperanza, desesperación.

Debería haberlo sabido, en vez de esperar que sus palabras fueran las mías: la felicidad es una sensación de bienestar; la infelicidad, su carencia. Pero mi esposa ha sido siempre la más intensa de los dos. Le dije mi definición.

—¿No es un poco inconsistente? —observó—. ¿Una sensación de bienestar?

—Necesito una definición que no marque una caída de quince metros entre el fondo de lo feliz y la cima de lo infeliz. ¿Cómo llamas a ese espacio intermedio?

—Lo llamo aceptable.

—Yo no tengo un aceptable —aduje—. Tengo una sensación de bienestar.

—De acuerdo —dijo— ¿Y ahora?

—Ayúdame a hallar cualquier situación en la que el corazón no defina el bien como "Me hace feliz". O una en que el mal no sea "Me hace infeliz."

—El amor es bueno —dijo ella.

—El amor me hace feliz —contesté.

—El terrorismo es malo.

—Puedes esmerarte más, tesoro. El terrorismo me hace infeliz.

—Es bueno hacer el amor —dijo, apretando su cuerpo caliente contra mí, en la oscuridad.

—Nos hace felices —dije, aferrándome desesperadamente al intelecto.

Ella se apartó.

—Oh, Richie, ¿adónde quieres llegar?

—Lo mire como lo mire, ¡sigue resultando que la moralidad depende de nosotros!

—Por supuesto que depende de nosotros —confirmó ella—. ¿Eso es lo que te despertó?

—¿No te das cuenta, Wookie? El bien y el mal no son lo que nuestros padres nos dijeron, ni lo que dicen la iglesia o el país, ni lo que nos dice otro cualquiera. ¡Todos nosotros decidimos el bien y el mal por cuenta propia, automáticamente, al elegir lo que deseamos hacer!

—Oh, oh —dijo ella—. Por favor, no escribas nunca una palabra de esto.

—Estoy pensando, nada más. ¡Y me parece raro porque no le encuentro salida!

—Por favor...

— Prueba esto —dije—, del libro del Génesis sobre la creación: "Y Dios vio que era bueno."

— Vas a decirme que eso significa que Dios estaba feliz.

— ¡Por supuesto!

—Tú no crees en un Dios que mire siquiera el mundo —dijo— o que conozca más emoción que la aritmética. ¿Cómo puede ser feliz tu Dios?

—El escritor del Génesis, ese grandísimo ganso, no me consultó antes de

sacar el lápiz. En su libro Dios está lleno de sentimientos: alegre y triste, furioso, intrigante y vengativo. El bien y el mal no eran absolutos: eran medidas de la felicidad de Dios. El estaba escribiendo un relato y eso era lo que tenía en la mente: "Cuando crea que esto haría feliz a Dios, lo llamaré 'bien'." —Me preocupaba la hora—. Necesito ejemplos en los que la gente use "bien" y "mal", pero está oscuro y no puedo buscarlos.

—Bien.

—¿Eso te hace feliz? —pregunté.

—Por supuesto. De lo contrario empezaras con las luces, los libros, la computadora, el parloteo y nos pasaremos la noche despiertos.

—Conque te hace feliz que esté oscuro y que, probablemente, yo no vaya a molestarte hablando toda la noche sobre el bien y el mal. Y, naturalmente, dices: "Bueno."

—Pero no lo escribas —pidió ella—. Harás que todos los extremistas... No, harás que todo ser humano razonable del país se desvele haciendo picadillo de tus libros.

—Esto no es nada más que una curiosidad, Leslie. Si descubrimos que la moral es personal, eso no significa que súbitamente sea lo opuesto de lo que era; no nos convertimos en maniáticos homicidas sólo por descubrir que podríamos serlo, si quisiéramos. Somos considerados, amables, corteses y cariñosos; arriesgamos la vida para salvar al afligido porque así nos gusta, no porque temamos que Dios se enoje con nosotros o que papá nos desaprobe si no lo hacemos. La responsabilidad de nuestro carácter es nuestra, no de papá ni de Dios.

Ella no se dejó conmovir.

—No, por favor. Si escribes que lo bueno es lo que nos hace felices, ¿te das cuenta de cómo se va a racionalizar? "Richard Bach dice que bueno es lo que me hace feliz. A mí me encanta robar trenes; así que robar trenes es bueno, ¿y quién puede llevarme a juicio por hacer el bien volviendo a casa con la locomotora de la empresa en la cesta de la merienda? De cualquier modo, la idea es de Richard Bach." Y allá irás tú, a los tribunales junto con todos los que sean felices robando trenes...

—En ese caso tendré que prestar testimonio —observé—. "Los sabios, Su Señoría, tienen en cuenta las consecuencias antes de precipitarse a la acción. Fugarnos con una turbina diésel ajena puede ser la alegría de nuestro corazón y, por lo tanto, momentáneamente bueno; pero, a menos que la variedad de consecuencias sea también la alegría de nuestro corazón, seríamos más felices, si volviéramos a pensar la travesura.

Ella suspiró, mudas las preguntas impacientes.

—Con la indulgencia de Su Señoría —continué—: Todo acto tiene consecuencias probables, posibles e inesperadas. Cuando todas estas consecuencias obren en interés del sentido de bienestar a largo plazo de la persona reflexiva, el bien resultará no sólo del acto original, sino también de cada una de sus consecuencias. No es lo mismo pensar: "Probablemente no seré descubierto" que: "Haciendo lo que estoy a punto de hacer tendré una sensación de bienestar por el resto de mi vida."

"Su Señoría: sostengo que, puesto que nuestro reo es infeliz al presentarse a

esta corte, en verdad no estaba actuando según sus mejores intereses cuando deslizó esa locomotora en su cesta de la merienda. Por lo tanto es, por definición, culpable de falta de sabiduría y su robo queda calificado como una mala idea"

—Imaginativo -reconoció Leslie—. Pero, ¿has pensado que el bien toma su significado del acuerdo general según el cual es bueno aquello que la mayoría, a lo largo de los siglos, ha encontrado positivo y fortalecedor de la vida? ¿Y has pensado que podría no obrar en tus mejores intereses, siendo por lo tanto Malo, pasar el resto de tu vida desarrollando esos argumentos en los tribunales? ¿Lo dejamos así y seguimos durmiendo?

—Si la mayoría piensa que matar arañas es bueno —observé—, ¿hacemos mal al dejarlas en libertad? ¿Tenemos que manejar nuestra vida según lo que piense otra gente?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lee el diccionario —propuse—. Las palabras que juzgan valores son todas circulares. Lo bueno es correcto, lo correcto es moral, lo moral es adecuado, lo adecuado es justo, lo justo es bueno. Pero revisa los ejemplos y verás que no son circulares en absoluto. Todo el mundo dice: "¡Hazme feliz!" Voy a buscar el diccionario.

—No, por favor —suplicó.

—¿Qué hiciste con respecto a la guerra de Vietnam, Wookie? El presidente pensaba que era una guerra buena, igual que la mayoría. Yo también, antes de conocerte. A la mayoría nos hacía felices pensar que estábamos defendiendo a un país inocente de un malvado agresor. ¡Pero a ti no! Lo que descubriste de ella no te hizo feliz; entonces organizaste disertaciones contra ella, conciertos, marchas...

—Richie.

—¿Qué?

—Tal vez tengas razón sobre esto del bien y el mal. Discutámoslo mañana.

—Cada vez que decimos: "¡Estupendo!", queremos decir que nuestra sensación de bienestar ha aumentado; cada vez que decimos: "¡Maldita sea...!" u "¡Oh, no!", queremos decir que ha decrecido. De hora en hora comprobamos lo bueno y lo malo, el bien y el mal. Podemos escuchar lo que nosotros mismos decimos, minuto a minuto, y seguir el rastro a nuestra propia ética.

—Dormir es bueno —dijo ella—. Dormir me haría feliz.

—Si me quedo despierto sin decir nada, repasando todos los ejemplos que se me ocurran en los que pueda cambiar "me hace feliz" por bueno, correcto, maravilloso, estupendo y "me hace infeliz" por malo, feo, equivocado, horrible, pecaminoso y perverso, ¿te impediré dormir?

Ella se acurrucó contra mí, sepultando la cabeza en la almohada.

—No. Siempre que no parpadees.

En la oscuridad, calladamente, sonreí.

En cuanto me quedé dormido, con la cabeza llena de bienes y males...

— ¡No puedo creer que estés pensando en eso! ¿Lo bueno es lo que te hace feliz?

— Lo creas o no, Dickie —dije—, pensar no es delito.

—Y si lo fuera seguirías pensando, probablemente.

La colina estaba más verde que nunca; en la pendiente se abrían ahora ríos de flores diminutas, casi todas azules o amarillas, que Leslie habría podido identificar a primera vista.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando? —pregunté—. ¿Acaso te di la llave de mi mente? ¿Estás observando todo lo que hago?

En vez de una piedra, me entregó sin decir nada un planeador de madera, de treinta centímetros de envergadura, con un terrón de arcilla en el morro para equilibrar el peso.

—No observo nada —dijo—. No veo tu vida a menos que tú me lo permitas. Pero últimamente sé lo que estás aprendiendo. Antes no ocurría.

¿Era una invasión de la intimidad encontrarlo más cerca dentro de mi mente? ¿Me incomodaba que estuviera comenzando a saber lo que yo iba aprendiendo?

Sonreí.

—Bueno, estás creciendo.

Me miró con sorpresa.

—No es cierto. ¿No te acuerdas? Tengo nueve años, Richard, y siempre será así.

—En ese caso ¿para qué quieres saber todo lo que yo sé, sino para probar, como dijiste, una vida con todas mis ventajas y sin mis errores?

—No dije que fuera a vivirla yo mismo, sino que quería saber cómo sería vivirla. Para el hombre en quien me convertiré, el que actúa según lo que aprendo de ti, aún tendré nueve años, igual que para ti. Dime cuál es la verdad... No sé qué pensar sobre el bien y el mal y necesito saber.

—¿Qué es lo que no tienes claro? —pregunté—. Lo bueno es lo que te hace...

— ¡Es demasiado... simplista! —objetó, disfrutando de la palabra—. ¡Eso podría haberseme ocurrido a mí!

— Oh, vamos, capitán. En primer lugar, tú no eres tonto; segundo, las cosas más simples suelen ser las más ciertas; tercero, este soy yo, con cincuenta años más, el que sabe lo que estás buscando. ¿Te parece simplista, cuando oyes decir: "¡Bueno!" y antes de estar de acuerdo, estudias quién está diciendo que es feliz y por qué?

Equilibré el planeador y lo impulsé en el aire. Decidió por cuenta propia y cayó en picado al suelo, desde un metro veinte de altura. Un poco pesado de morro, sin duda.

— Lo bueno tiene que ser algo más que lo que me hace feliz —dijo.

—Sin duda. La gratificación a corto plazo puede no ser felicidad a largo plazo, y para encontrar la diferencia tenemos que pensar. En todos los cuentos en que alguien vende su alma al diablo, el trato con Satanás es el mismo: "Cambio la felicidad a largo plazo por el placer inmediato". Y la moraleja es siempre: "¡Un trato no demasiado inteligente!"

"Además existen el bien y el mal por consenso, valores de límites difusos que concuerdan para mucha gente. Las diferentes culturas pueden no estar de acuerdo en cuanto a qué es bueno y qué no, pero cada una de ellas, dentro de sí misma, generalmente lo está".

— ¿Es preciso que sea tan confuso? ¿Por qué no es claro? Yo tengo definiciones claras.

— El asesinato es...

— Malo —dijo, sin vacilar.

— La caridad es...

— Buena.

Quitó un poco de arcilla del pequeño planeador. —Ser un objetor de conciencia en tiempos de guerra es...

— Hum.

— ¿Es bueno o malo ser objetor de conciencia en tiempos de guerra? — pregunté nuevamente.

— ¿Qué guerra es esa? ¿Peleamos para defendernos o para atacar a algún pequeño país indefenso?

— Ahí tienes —apunté—. En cuanto encuentras una situación donde el bien y el mal dependen de las circunstancias, todo el concepto se vuelve subjetivo y deja de ser la alternativa clara que creíamos ver. Como en cualquier otro juicio de valor, es preciso decir: "Esto es bueno para mí, esto es malo para mí."

Lancé otra vez el pequeño planeador, con cuidado. Ascendió abruptamente, se detuvo y se estrelló suavemente en la hierba.

— ¡Una excepción no cambia la regla!

— No —dije, recogiendo el avión para estudiar su problema de peso y equilibrio, con el entrecejo fruncido. Agregué un poco de arcilla al morro—. Pero una excepción muestra un millón más de excepciones.

— A ver.

— ¿Es malo asesinar en defensa propia? ¿Es malo asesinar cuando matamos al enemigo en tiempos de guerra? ¿Es inmoral para un médico matar si concede el deseo reflexivo y deliberado de un paciente que padece una enfermedad terminal y dolores insoportables?

— Según tú mismo, no es posible matar —dijo él—. La Vida Es; no podemos crearla ni destruirla.

— La Vida, Dickie, Es. No tiene reglas. Pero tú y yo estamos hablando ahora de juegos: de espaciotiempo, de supuestos sobre apariencias, del bien institucionalizado y el mal cultural, de sociedades donde lo real es lo que parece ser y el Principio pasa inadvertido.

— ¿No hay bien ni mal, en realidad?

— No hay Bien ni Mal absolutos. Lo único absoluto es La Vida Es.

— Entonces, ¿puedo hacer todo lo que quiera sin consecuencias? ¿Puedo salir a engañar, robar y matar y no habrá consecuencias si mi propia moralidad personal

dice que eso está bien?

—Estás en libertad de hacerlo, por supuesto —dije—. Aunque hay consecuencias que pueden no parecerle aceptables.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo, que tu acto te pese en la conciencia por el resto de tu vida. O que pases de siete a diez años languideciendo en prisión. O que mueras sorprendido: creías estar ante una víctima indefensa y resultó estar armada. En el mundo de las apariencias hay consecuencias infinitas, infinitos contrapesos para cada decisión que tomes.

—¿Para cada decisión, sea cual fuere? —preguntó.

— Sea cual fuere.

Indicó la punta de su pulgar con la uña del índice.

— ¿Para una decisión así de pequeña?

—Prueba —propuse—. ¿Qué decisión puede no tener consecuencias?

Lancé por tercera vez el modelo. Picó hacia tierra, pero niveló por encima de la hierba y voló unos diez metros rozándola antes de aterrizar, suave como una polilla. No estaba mal, para tres intentos.

— ¿Ser escritor tiene consecuencias?

— Sí —respondí—. Puedo dormir hasta mediodía toda la semana.

— Oh, anda.

Fui a recoger el planeador de entre la hierba.

— ¿No comprendes, Dickie? Siempre hay algunas... secuelas, buenas y malas...

—...que me hacen feliz o me hacen infeliz —explicó por ambos.

—...por hacer cualquier cosa que decidamos hacer —concluí—, por ser cualquier persona que decidamos ser.

— ¿Qué consecuencia mala tiene escribir? —preguntó.

Como yo caminaba hacia atrás, no pude descifrar su mirada ni adivinar por qué lo preguntaba.

—Hace años escribí un libro sobre dietas, diciendo que, para algunas personas, perder cinco kilos podía ser una buena idea.

— ¿Y esa es una mala consecuencia de ser escritor?

—No —le dije—. La consecuencia que me hizo infeliz fue que uno de mis lectores estuvo de acuerdo con eso, me citó como autoridad y se cortó la cabeza para perder peso. Ojos como platos.

—¿QUE?

—El no comprendió lo que yo había escrito, Dickie, pero perdió esos cinco kilos.

— ¡Estás bromeando!

—No mucho —dije—. Hace años escribí un libro sobre alguien que no tenía miedo de morir. Un joven leyó el libro, decidió que él tampoco tenía miedo de morir y se mató.

— Sigues bromeando.

—No. Es cierto. —Me senté en la hierba, con el avión en la mano.

— ¿Por qué lo hizo?

—Estaba enamorado y los padres de su novia no lo querían; dijeron que

enviarían lejos a su hija para que ellos dos no volvieran a verse. Los amantes decidieron matarse y se lanzaron en un coche a toda velocidad contra un muro. Ella sobrevivió al choque; él no.

—¿Y por qué no huyeron juntos, en vez de matarse?

—Buena pregunta.

—Si yo estuviera dispuesto a morir por algo, Richard, ¡sin duda estaría dispuesto a hacer cualquier cosa que fuera menos importante! Y menos-que-morir incluye varios actos bastante drásticos.

—¿Por ejemplo? —¿Qué cosas me parecían drásticas a los nueve años?

—Recoger mi cuchillo de caza, los fósforos y algo de comida, y marcharme con ella hacia las montañas.

Recordé mi antigua escapatoria para último recurso: alejarme hacia el empinado páramo que se levantaba todos los días en el horizonte, cruzando los límites de mi ciudad. Me quedé esperando.

—Si supiera conducir, me iría con ella a Montana. O de polizones en un barco de carga, a Nueva Zelanda.

Como cabía esperar, la fuga era su primera idea. "Si hoy tuviera que adoptar soluciones drásticas", pensé, "aún elegiría la fuga."

—Habría con sus padres —continuó él—, les prometería cortarles el césped mientras vivieran, les mostraría mis estupendas calificaciones y haría que cincuenta de mis amigos fueran a decirles lo buen tipo que soy.

Asentí con la cabeza.

—Caramba, ella no era propiedad de sus padres, ¿verdad?

—No para siempre —reconocí—. Ni por un segundo, para decir mi verdad, pero probablemente mi verdad no era la de ellos.

—Que se mude —dijo—. Yo le enviaría mis cartas por medio del primer amigo que hiciera adonde fuese y le seguiría escribiendo hasta que tuviera edad de ir a buscarla.

—Podría ser.

—Trabajaría para enviarle dinero y así ella podría llamarme cuando quisiera. Haríamos planes por teléfono y volveríamos a encontrarnos.

Esperé.

—Paciencia. Tarde o temprano quedaríamos libres, sin padres, y nadie podría impedirnos estar juntos.

En cinco minutos el niño había trazado cinco planes, descartando el suicidio, para afrontar la prueba impuesta por los padres de la niña: un plan por minuto. "En un día entero", pensé, "¿no podía mi joven lector haber hecho otro tanto?"

Si el pobre chico hubiera estado colgando de una cuerda sobre un lago lleno de caimanes y la cuerda se rompiera, reconozco que sus posibilidades habrían sido limitadas; pero aun así morir dista mucho de ser inevitable. En Florida yo solía nadar con los caimanes; no todos son devoradores de hombres. Y aunque lo sean, si no tienen hambre o si están meditando mientras uno flota por ahí, es como bañarse en cualquier lago.

Arrojé el pequeño avión. Ascendió, niveló y se perdió de vista por encima de la colina.

"Morir es una declaración que sólo se puede hacer una vez en la vida", pensé, lamentando que mi temerario lector no estuviera allí, con Dickie y conmigo.

"Matarse a los dieciséis años no sirve para ganar la partida que vinimos a jugar.

"Y aclaremos bien esto", pensé. "Si vas a utilizar mi libro para justificar el suicidio, necesitas mi autorización escrita por correspondencia certificada antes de hacerlo. Y me pone furioso pensar que un lector mío olvide que el espaciotiempo es nuestro deporte y se arrodille de ese modo ante un mundo de espejos."

Guardé silencio un rato, pensando en su decisión.

—¿Cómo te sentirías, Dickie? Te matas en el choque, sales del cuerpo destrozado ante el volante y entonces caes en la cuenta: "¡Oh, no! ¡Podríamos habernos fugado a Auckland! ¡Me he portado como un idiota!"

—Demasiado tarde —dijo él—. Según tú, tendría que volver a la fila, nacer de nuevo como bebé, mucho más indefenso que cualquier adolescente, y comenzar otra vez: aprender a hablar, a caminar, aprender a contar, ir al parvulario, hacer lo que mandan los adultos porque soy pequeño y ellos, grandes...

"No tenemos que ponemos otra vez en la fila", pensé. "No tenemos obligación de hacer nada. Lo hacemos otra vez porque queremos, porque tratamos de corregir las cosas, de enmendar un acto irreflexivo."

Por primera vez desde nuestro encuentro, el niño que fui sintió pena por el hombre que soy.

—¿Cuáles fueron las consecuencias por escribir ese libro que alguien no comprendió? —preguntó en voz baja—.

— Sentí una tensión enorme, Dickie, y todavía la siento. Quiero hablar con él, quiero oírle decir que tenía otras posibilidades.

— No puedes. Ha muerto.

"Quién sabe", pensé. "Tal vez cuando el próximo libro esté terminado, ella ya sepa leer."

Dickie me dejó solo por un rato y se fue sin decir adiós.

Cada vez que nos ocurre algo terrible o cuando no vemos salida, es grato oír que alguien nos diga: "Todo está bien", aun cuando sea nuestra propia voz la que habla.

"Todo está bien es una verdad cósmica", pensé. Y sentí que la tensión se evaporaba. Mi desconocido suicida tiene que aprender su lección, como todos. Está bien. Sino tuviéramos nada que aprender aquí no nos molestaríamos en pagar el pasaje.

Miré más allá de la ladera, hacia las montañas; en los kilómetros intermedios, aire claro como el diamante. Volando no hay distancias. Se puede ir a cualquier lugar de la tierra: aldeas lejanas, montañas nevadas y altaneras, islas de coral, nubes arremolinadas. En los días tempestuosos se puede ascender para visitar al sol, si uno quiere. Confiando en los instrumentos, uno continúa ascendiendo, pese a la niebla, el viento o la lluvia, y en poco tiempo surge más arriba. Ley cósmica, entregada a los aviadores para que la demuestren en la vida cotidiana.

"Hora de despertar", pensé, "hora de pasar a un sueño diferente."

Cuando me preparaba para efectuar el cambio vi aparecer el pelo de Dickie por encima de la ladera. Volvió con paso cansino, con el pequeño planeador en la mano.

— ¡Voló de verdad, Richard! Fue ladera abajo, muy abajo. ¡Tú sí que sabes hacer volar aviones! ¿Cómo lo haces?

—Cuestión de práctica —dije, cubriendo la suerte con pudor.

—El nombre, ¿es un secreto? —preguntó, sabiendo que yo no sabía de qué nombre hablaba y deseoso de que lo preguntara.

— ¿Qué nombre?

—El de tu religión.

—No tiene nombre, Dickie, ni lo tendrá jamás. Y no es una religión. Al menos, no es una religión organizada. La religión organizada es Dios-en-una-telaraña, la Gran Araña en el centro de mil doctrinas, ritos y creencias obligatorias. En esa telaraña muere gente. ¡Nada de organización, por favor!

El me sonrió.

— ¿Así que tienes una religión desorganizada y sin nombre? Tienes algo en lo que crees. Tienes un... ¿qué?

—Tengo un modo de hallar lo que es verdad para mí y todavía no está terminado. Es... es una filosofía experimental personal, que jamás tendrá nombre. Ya sabes por qué.

El ignoraba por qué y yo lo sabía, pero le debía la gentileza de permitirle adivinar.

— ¿Porque todo nombre es una etiqueta? —dijo—. ¿Y en cuanto hay una

etiqueta desaparecen las ideas y surge la adoración de las etiquetas, y en vez de vivir según unas ideas la gente comienza a morir por las etiquetas? ¿Y porque piensas que una nueva religión es lo que menos falta hace en el mundo?

Lo miré fijamente.

—Has acertado.

—¿Tiene algún símbolo tu filosofía privada personal experimental innominada?

—No, por supuesto. Un símbolo es tan malo como...

—Comprendo —dijo—. ¿Pero no sería diferente, sólo para ti, sólo por diversión, tener un símbolo que representara tu manera de pensar, para no olvidar que no tiene nombre ni lo tendrá jamás? Y también es seguro. Lo que no se puede poner en palabras difícilmente se convierte en etiqueta.

—Buena idea —reconocí—. Sin embargo, lo que importa es cómo utilizo lo que sé en cada minuto de cada día; cómo lo utilizo para recordar, en medio del juego.

El se aferró a su pregunta.

—Si hubiera un símbolo en tu mente, ¿cuál sería? —quiso saber—. Probablemente no sería una estrella ni una media luna ni una cruz.

Reí.

—No, Dickie. Una cruz, no. Una cruz sin la barra. Las barras no me gustan.

— Una cruz sin barra es el número uno.

— Has acertado —dije—. El uno, en la aritmética binaria, significa Negación-de-la-Nada, Es en vez de No Es. El uno es el número de la vida, al margen de los sueños.

— Una cruz sin barra es una I mayúscula.

—I mayúscula: "yo", en inglés. Para no olvidar que este sendero sin nombre es mi propio modo personal de pensar, que no debe ser sugerido a nadie a menos que ese alguien lo pida y, aun en ese caso, sólo si ese día tengo ganas de decirlo, ganas que no tengo, salvo para ti.

— Una cruz sin barra es una l minúscula.

—La inicial de love, "amor". Para recordar que allí está la prueba, la pregunta que espera al final de cada sueño: ¿Hasta qué punto expresaste esta vez el amor?

—Eso es —dijo—. Uno. El símbolo perfecto. —Nada de símbolos, ni por casualidad —afirmé—. Jamás en tu vida.

—En mi vida no, por supuesto —respondió—. Sólo b hay una vida.

Con el planeador en la mano, se sentó en la hierba, a pocos centímetros de mi rodilla.

—Tengo que decidir, Richard, antes de que pase mucho tiempo —dijo.

—¿Decidir qué?

Me miró sorprendido, como si yo debiera saberlo, y luego con aceptación: no había ningún motivo para que yo lo supiera.

—Decidirme a partir —dijo—. Creo que necesito algún consejo.

Su voz fue un fugaz recuerdo de la de mi hermano; eso me asustó un poco.

"Dickie es un aspecto de la vida tan real y tan irreal como cualquier Richard Bach", pensé. "La muerte no es más posible para él que para mí. Además, me gusta;

hemos llegado a tener confianza el uno en el otro, ahora somos amigos y queda demasiado por decir. ¿Qué es eso de partir?"

—No sé si les pasa a todos o no —dijo—. Pero entre tú y yo hay un momento en el que debo decidir si estar aquí, a tu disposición, o esfumarme otra vez. Yo y el resto de tu niñez.

—¿Es tan poco lo que he aprendido —pregunté— que puedes absorberlo tan de prisa y desaparecer?

—¿Puedes dejarme encerrado cincuenta años sin consecuencias? —dijo como única respuesta.

Como si me hubiera arrojado una piedra a la cabeza. Parpadeé ante el golpe; de inmediato vi que no lo hacía por venganza. Sólo formulaba la pregunta y estudiaba las opciones.

—Tienes razón —dijo—. No lo he aprendido todo. Pero he escuchado bastante bien lo que tienes por verdad. —Me entregó el pequeño planeador—. Gracias, Richard.

"Dickie no es mi hermano", pensé. "¿Cómo puedo sentir lo mismo que al morir Bobby?"

—Nunca hablaste de decisiones ni de partir —observé—. Eres un niño imaginario, un yo imaginario. No eres un ser real. ¡No puedes abandonarme!

—Tú eres un adulto imaginario —dijo él—; me dices que eres uno de mis futuros. Te creo, confío en ti, pienso que probablemente tienes razón. Pero, si ahora vas a cambiar, a decirme que nadie es real si no tiene cuerpo, incluido tú mismo en este momento, entonces no he comprendido una palabra de lo que me has dicho. ¿Quieres comenzar de nuevo y enseñarme que lo real es lo que se ve con los ojos? Lo dudo mucho, Richard, y no soy adulto.

Simpatiza con cualquier cosa, conoce sus sentimientos en tu propio corazón, y quedas unido por el amor: a un muñeco, a un animal mimado, al niño que has conocido en la mente. Una vez que eso ocurre, ¿con qué romper la soldadura del amor?

—Disculpa —pedí—. Dije una tontería. Si ha llegado la hora de que te vayas, ha llegado la hora. Estoy actuando como un niño.

Cuando dije eso me miró con curiosidad e inclinó la cabeza a un lado, como para asegurarse de que no me estuviera burlando de él.

—Sabiendo lo que tú sabes —dijo— puedo iniciar una vida tan diferente de la tuya que, cuando volvamos a encontrarnos cara a cara, no podrás creer que fuera yo quien la lanzó. Será divertido.

—Sí —dije. Un largo silencio—. Es hora de que te pongas en marcha, supongo.

—Hasta por tu propio bien —replicó—. Te has pasado la mayor parte de la vida tratando de borrar tu niñez, que era un peso muerto. Yo no te lo he permitido. No quería morir en mi celda ni dejarte ir. Pero abriste la puerta. Aunque algo tarde, abriste la puerta. Gracias por la lluvia en mi desierto.

—No te vayas —pedí—. Somos amigos.

—¡Tienes casi sesenta años, Richard! ¿No quieres seguir aprendiendo? ¿No quieres desprenderte del exceso de equipaje? ¡Tu infancia es una carga que yo sé cómo soltar!

—¿Que yo tengo qué? —exclamé—. ¿Casi cuánto?

—Tienes casi sesenta años. Yo tengo nueve y tú estás cincuenta años hacia adelante en mi futuro. Tienes casi sesenta. — Esa gran sonrisa, ¿era su declaración de independencia?

—No creo en los nueve, ya lo sabes. No creo en los sesenta. No somos criaturas edificadas con tiempo...

Me observó con tolerancia, como si el niño fuera yo.

—Dickie —dije—. Pelota, ajedrez, florete, espada o sable, pista de carrera, campo de juego, piscina o campo de tiro. Escoge la prueba y escoge la edad. Diecinueve, digamos. ¿Veintiocho? Cuarenta. Te desafío a cualquier creencia de edad que elijas. ¡Y ya verás si no te dejo por los suelos! ¿Qué se supone que significa eso de casi sesenta?

Me observó por un momento, prolongando la sonrisa, más amigo que niño. Luego algo pasó detrás de sus ojos, como si un reloj hubiera dado la hora y se le acabara el tiempo. Me dio las gracias con un gesto, recobrando su decisión.

—Sesenta años —dijo— es demasiado tiempo para cargar con una niñez que apenas recuerdas. Deja que te haga un favor. Permíteme llevar esa carga. Y dejémonos mutuamente en libertad.

Leslie dejó su libro: Formas cordiales de sugerir alojamientos alternativos a las plagas orgánicas del jardín.

—¿En qué estás pensando, tesoro? —preguntó—. ¿Qué es lo que te tiene preocupado?

Tendido junto a ella en la cama, yo mantenía la vista clavada en el techo.

—Nada. Sólo pensaba.

—Ah, bueno. —Y volvió a su lectura.

Yo había decidido no mencionar la decisión de Dickie hasta haberla pensado bien, hasta haber pasado una hora, diez más, revisando la extraña amistad: por qué me había parecido tan importante, qué otros futuros podían haber sucedido si él hubiera decidido no abandonarme.

Tal como él prometiera, me sentía aliviado sin el acoso de la antigua niñez. Había desaparecido la duda de tantas décadas, la intranquila sospecha de haber olvidado algo importantísimo de mi pasada vida como niño. Con su ayuda escalé más allá de esa época; ahora, la visión distante y neblinosa del ayer acababa de perderse de vista.

—Un estudiante rápido —observó Leslie, sin dejar de leer.

—¿Quién?

—Dickie. ¿Aprendió de ti cuanto quería y se ha ido? —¿De dónde sacas eso?

—Lo imagino —dijo—. Pero tendría que ser de piedra para no recibir tus ondas de Inquietud por Inconclusión.

Será agradable, algún día, tener bien pensada y asentada una aventura y luego elegir el momento para contársela a mi esposa: comienzo, desarrollo, final y significado. Pero eso ocurrirá, me dije, más o menos en la época en que el infierno se congele por completo.

— Bueno, sí.

—¿Vino a darte algo o a obtener algo de ti? —Lo dijo como si ya tuviera la respuesta decidida.

— Quena aprender —respondí— y fue divertido enseñarle. Ahora sabe más o menos todo lo que yo sé y a él le corresponde decidir qué hará con eso. No soy parte de ningún futuro suyo, salvo de este.

— Para él sólo significas eso —dijo ella, convirtiendo la pregunta en serena aseveración—. ¿Lo echas de menos?

—No creo poder decir eso —reconocí—. No lo olvidaré. Pensaré en él.

Ella sonrió ante mi estilo.

—¿Te costó mucho enseñarle a racionalizar hasta la última hebra de sentimiento humano? ¿O para eso también fue rápido?

—¡Oh, Wookie, no seas tonta! Soy un alma racional; no voy a cambiar mi postura de un momento a otro, y si lo hiciera te sentirías perdida. Tú y yo mantenemos un equilibrio perfecto en nuestro pequeño balancín; no te conviene que salte hacia tu lado con todo mi peso. Dime si me equivoco.

—Racional o emotivo —dijo—, no importa: he decidido conservarte.

— Gracias, tesoro. —Me acerqué un poco más, apagué mi lámpara, deslicé un brazo bajo su almohada y cerré los ojos para dormir—. Sin ti esto sería tan frío...

— Estás aprendiendo, ¿verdad?

— No, tesoro —murmuré—. Por una vez en mi vida he sido el maestro, no el discípulo.

—Ajá.

Volvió a su libro y siguió leyendo hasta que yo estuve casi dormido.

— La próxima vez que veas a Dickie —dijo—, dile que yo también lo amo.

Esa noche, a las tres de la madrugada, desperté súbitamente en la oscuridad, con los ojos bien abiertos en la negrura, en una reacción que llegaba con varios meses de retraso: "¡Dickie recuerda la infancia que yo he olvidado! ¡La recuerda desde el primer minuto!"

Habíamos sido dos extremos de una misma vida, estirándonos hacia un centro que ninguno de los dos podía alcanzar por sí solo. "En las horas que pasamos juntos", pensé, "¡me habría bastado con preguntar!" El aún conservaba una sola aventura, la clave de todo lo que yo había llegado a creer, la escena que necesitaba tocar una vez ya adulto.

"¡No puede haberse ido!"

Apreté los ojos, obligándome a relajarme; traje su cara a la mente, clara y brillante, me fundí en ella.

Un momento después estaba en una colina donde el bosque se encontraba con la pradera; a mi alrededor brillaba una galaxia en espiral de diminutas flores plateadas. Muy abajo, hacia un lado, se abría un océano casi tan oscuro como el cielo; un río de diamante reverberaba hacia él. Al otro lado, hasta donde llegaba mi vista, se extendía una amplia llanura, hacia horizontes de prístinos valles y colinas. Desierto y, aun así, el Edén revisitado.

La colina que yo conocía había cambiado, pero resultaba increíblemente familiar. ¿Dónde había visto yo ese sitio? El tenía que estar cerca.

Lo encontré encaramado en una cornisa de roca: el mismo niño sin alteraciones, lanzando un planeador. Como si él lo arrojara al suelo con un pequeño piloto a bordo, el avión se inclinó sobre el verdor, halló la banda ascendente en el borde de la cuesta y, ladeándose, subió con el aire.

Un espectáculo asombroso. ¿Cómo lo había logrado? No me quedé a esperar.

—¡Tú recuerdas mi infancia! —dije, sin saludar—. ¡Toda! ¿No es cierto?

—Por supuesto —dijo—. No porque tú la encerraras iba a perderse.

—¡Recuerdas el nacimiento!

Desde un principio, pensé, él tenía la respuesta. Dickie sabe qué transforma nuestro sereno espíritu de luz viviente en un bebé, yo-nunca-pedí-esto, que aúlla en la oscuridad. El eslabón que nunca encontré ni podía imaginar.

—Necesito ese recuerdo —dije.

Un destello de burlona sorpresa.

—Creía que no lo pedirías jamás.

Hurgó en el bolsillo de su camisa y sacó una pequeña esfera de cristal, que había tomado un vago tono ambarino, no mayor que una gota de limón.

—Hecha para durar eternamente —dijo—. Nada puede abrirla, excepto tu deseo de saber. —Me la ofreció—. Cuidado, que se romperá cuando la toques. ¿Estás seguro de quererla?

La recibí de su mano. El pequeño objeto pesaba menos que una cáscara de

huevo. Por qué no, ese mi primer planeo en la tierra, lleno de suave paz, ese misterio envuelto en pétalo de rosa. ¡Cuánta delicadeza!

En cuanto rocé la frágil superficie con la punta del dedo se hizo trizas en mi mano: la hora anterior al día de mi nacimiento.

En ese momento, recordé, la idea era estupenda.

¡Aventura! ¡Romance! Reunirme otra vez con viejos amigos, arrojarme a una última batalla con mi escogido círculo de grandiosos enemigos, refulgentes como llamas. ¡Esta vez serán como gatitos! El peor resultado posible: uno o dos arañazos, si olvido por un instante quién soy, si parpadeo ante quien Parece-Ser.

Muy improbable ese arañazo. ¡Yo recuerdo! Nunca más los antiguos desastres cuando perdía ese conocimiento, vidas enteras luchando contra fantasmas, terminar hecho polvo, preguntarme en el último instante para qué había nacido.

Nunca más. No hay existe enemigo alguno que pueda igualar los poderes que yo he aprendido. La vida en el espaciotiempo es Jauja, ¿verdad? Soy tan experto en este juego, tan invulnerable a cualquier arma, tengo una seguridad tan absoluta en mi saber y experiencia que me deslizaré riendo por ese anillo de dragones que tantísimas veces me destrozaron. Descansado, repuesto, armado con la incommovible comprensión de la realidad y prescindiendo de con mi vieja fe en las ficciones, ¿podría acaso algo hacerme daño ahora?

Decir que no tengo miedo es poco. ¡Esto va a ser DIVERTIDO!

Una última existencia, un último juego en la partida, para demostrar que la victoria no tiene por qué ser difícil, para demostrar que he aprendido definitivamente la fácil gracia del saber, con el cual se construye todo verdadero triunfo.

Recuerda siempre quién eres, amigo, no creas nunca lo que aparece a simple vista a tu alrededor, y esto será ¡Coser! ¡Y! ¡Cantar!

Armado de esta manera, sin prestar atención a aquel anillo de dragones, bajé del borde y todo se convirtió en oscuridad.

¡Qué extraño era nacer!

Unas horas atrás estaba a salvo, flotando alegremente, con los sistemas funcionando cálidos y de maravilla; ahora la mente es una sala de mandos en fisión nuclear, una emergencia total. Cien luces rojas de muerte refulgentes de terror encendidas: respira ahora o mueres; come ya o mueres; las caídas matan; el fuego mata; el agua también mata; enemigos en la oscuridad; el perro parece manso, se come a los bebés.

. Nunca he visto tantas luces de alerta gritando y ahora soy completamente VUL-NE-RA-BLE, i m p o t e n t e y ni siquiera estoy en condiciones de sollozar la palabra "¡So.corro!".

Una persona cerca. Mamá, detesto ser tan egocéntrica, pero preferiría que te

mantuvieras junto a mí hasta que me haya enfrentado a los más diversos peligros, hasta que esté armado y blindado, hasta que tenga alrededor de treinta años, por favor; y ya que estás dime: ¿qué hago aquí? Tengo la impresión de haberlo olvidado. ¿Fui yo quien eligió esta vida o fuiste tú? ¿Te importaría decirme, entonces, por qué loco motivo?

Ella tenía respuestas, pero mis preguntas surgían en forma de llanto. Y no resulta de mucha ayuda saber que allí afuera sopla un viento helado de treinta y cinco grados bajo cero, y yo empiezo a temblar a los veinte positivos. La única alternativa era cerrar los ojos, apagar los sistemas, dormir.

Y durmiendo volver a suaves colinas de ámbar y esmeralda, salto y floto en vez de caer, como si fuera una pelusa de diente de león en el aire. Dormir es volver al hogar, ser otra vez experto en el lenguaje que no tiene palabras, maestros y discípulos enseñándose mutuamente, objetivo y sentido en todo.

¡NO SE PUEDE CREER!, les digo. La próxima vez que se me ocurra decir "esto parece divertido, otra vida en el espaciotiempo", ¿me haréis el favor de atraparme con una red? ¿No os disteis cuenta de que estaba completamente LOCO? Te golpean con todos sus límites en cuanto llegas a este mundo. Límites de espacio, límites de tiempo: soy un ser aparte y distinto de todos los demás, atrapado en el molde de gelatina de una criatura DIMINUTA, una torpe miniatura de cabeza, camisa de fuerza, con un cuerpo empequeñecido que no es capaz de hacer contacto mental, no puede volver a casa, no puede siquiera volar y la fuerza de gravedad es enorme, soy más pesado que un elefante, más frágil que el ala de una mariposa, por todas partes puro hielo y acero excepto mamá y una manta, límites como filo de dagas contra el cuello, reglas que no puedo imaginar, sube el telón en una obra teatral y debo escribir mi propio papel en palabras que no conozco, con una mente que es casi papilla tratando de hacer funcionar una boca que ni siquiera sabe decir sacadme de aquí.

El espaciotiempo es bastante loco en teoría... en la práctica se trata de una locura retorcida, un minuto de los adultos significa días enteros para mí, clonc-clonc-clonc: universos desprendiéndose a cada segundo sin que nadie se dé cuenta, narices aplicadas a la piedra de molino de un millón de alternativas convertidas en una sola, todas puestas a dormir en un pasado sin cambios junto, a un futuro que cualquiera puede imaginar.

Esto es un juego, ¿no? Ya me habían advertido que era algo irreal, pero esto es, de hecho, lo irreal con ensañamiento, es un desafío imposible: transformar este deficiente mentecuerpo infantil en alguien que, en el mejor de los casos, comience a reflejar apenas quién soy yo y, en el peor, se convierta en una astilla a la deriva en los rápidos: nunca llegó a tierra seca, cayó indefenso por las cataratas murmurando estremecido de qué trata todo esto, ¿quién puede acordarse con tanto ruido?

Fue una locura elegir esto, pero ya que estoy puedo hacer el intento, lo peor que puede pasar es que, con suerte, me coma el perro, y entonces estaré fuera de este universo puerta-trampa y nuevamente en casa.

Al despertar no recordaba siquiera eso.

Era un observador, apenas apartado de la condición de fantasma: aquellos a los que observaba podían observarme a su vez. Es un niño precioso, decían a mi madre, profundamente agradecidos porque no tenían ya mi edad. ¡Qué suerte tiene! Mirad esos ojos enormes... inocente, feliz, seguro.

Error. Todo un error.

En esas primeras horas yo estaba librando las batallas más grandes de mi vida y las perdía una tras otra, como caen las fichas del dominó.

—Yo soy —proclamé al mundo—. Soy una expresión individual nunca nacida, jamás muriente de la vida infinita, que eligió el espaciotiempo como escuela y patio de juegos. Vine aquí para divertirme, para reunirme con viejos amigos, para volver a desafiar a grandes y queridos enemigos...

Como si me patearan la cara con una bota de hierro, así eran mis enemigos. No usaban palabras; no les hacían falta.

¡Dolor! Bienvenido al espaciotiempo, Tierra del No-Se-Puede-Elegir. Todo lo que hay está a la vista, compañero. Ahora sólo es tiempo de borrones, pero cuanto mejor ves, peor se vuelve. Esto es escarcha; aquello, hambre; esto, sed; aquello es tu cuerpo, que es la totalidad de ti. Nada de vida infinita y abarcadora, ya. Lo único que se interpone entre tú y la muerte súbita son dos meros mortales a los que apenas conoces, dos seres que todavía no están del todo seguros de querer ser tus padres.

—¡Me acuerdo de la vida antes de venir! Entonces no necesitaba respirar ni comer, no necesitaba un cuerpo para vivir, ¡y vivía! ¡Yo elegí a mis padres y ellos me eligieron a mí! ¡Yo elegí esta época! Recuerdo...

¡Recuerdas sueños! Destellos en tu vacío cerebro infantil. Enséñanos esa vida, muéstranos cuál es. ¿Puedes? ¡Esfuézate! ¿Has olvidado dónde está? ¿Tan pronto?

Intenta esto, bebé... Contén el aliento durante tres minutos, camina en el hielo durante cinco, duerme en la nieve durante diez, deja a tu madre por un día. ¡Inténtalo y ven luego a hablarnos de la Vida Infinita!

La neblinosa mente de recién nacido está hecha un torbellino, perdiendo una batalla a cada minuto que pasa.

No hay tiempo para pensar, porque el mundo físico es el dueño del tiempo. El mundo lucha en su propio territorio, nada es cierto sino lo que ve con sus ojos y toca con sus dedos. No se aceptan más pruebas que la prueba física y todo lo demás es desdeñado.

Tropiezo y pierdo el equilibrio, de espaldas a la pared caigo. Los bebés no saben por cual de sus extremos se sujeta la espada. Me veo superado en número y habilidad y me está haciendo pedazos hasta el más tonto de ese ejército perverso, juego de niños, derribar a ese pequeño rebelde antes de que aprenda a ver.

Este mundo es pedernal y roca, duele demasiado. Soy jirones y sangre que resisten, y mamá no sabe siquiera que estoy peleando por mi vida.

—Todo está bien, pequeño, no llores. Todo está bien... "¡Mamá!", grito sin palabras. "¡Ayúdame!"

No todo se dice con palabras y, a veces, las madres dicen más de lo que saben cuando los niños lloran. Me acarició la cabeza.

—Pequeño. Los dragones son más que tú y mienten. Puedes elegir. Tienes

dos alternativas. Una: oblígales a cumplir con sus falsas amenazas y no prestes atención a sus límites, hijito mío. Cierra los ojos, eleva el espíritu, recuerda quién eres, más allá del espacio, más allá del tiempo, nunca nacido, jamás muriente...

Me relajé, me dejé ir.

-...y el mundo físico levantará un puño en señal de victoria: "¡Listo! ¡Muerto!". Todos los ojos para jurar que tu diminuto cuerpo no respira, todos los dedos para aseverar que no hay pulso y un pergamino firmado que llama muerte a tu victoria.

Me acercó a su cara.

—Otra alternativa: ganar perdiendo. Antes de que se rompan tus murallas exteriores, como deben romperse si vas a quedarte, construye un lugar interior para proteger tu verdad. Protege el hecho de que eres una vida infinita, que elige su patio de juegos; protege el hecho de que el mundo que conoces existe con tu consentimiento y por tus propios motivos; protege el hecho de que tu objetivo y misión sean resplandecer de amor a tu propia manera juguetona, en los momentos que decidas como más dramáticos. ¡Los dragones son amigos tuyos!

Escuché a mi madre, recordando su cuerda salvadora que me ligaba a un tiempo con la luz solar de la que yo provenía y con este sitio de cambiante vidrio oscuro y ataques antes del amanecer.

Ella me miró a los ojos desorbitados, atónitamente clavados en los suyos.

—¿Tienes bien aferrada la verdad? —preguntó, un secreto el susurro entre los dos—. Vierte ahora cristal en torno del centro de tu ser, más profundo y más fuerte que el espacio y el tiempo, vierte un escudo que nada pueda quebrar.

"Pero madre", parpadeé, escuchando, perdiendo, "si hasta tú eres espacio y tiempo. Estás aquí y no estás aquí. Ahora estás conmigo y algún día morirás..."

—Es cierto —murmuró—. Escucha a tus dragones.

Estoy tan atrapada en el espaciotiempo como tú. Moriré, y también tus hermanos y tu padre. Y te quedarás solo. Déjate ir. Ríndete. Deja que caigan tus murallas, que se desmoronen, que las piedras se vuelvan arena. Deja que el mundo fluya a través de ti, por encima de ti; aprende sus mentiras, nada en ellas, no te resistas. Y, muy adentro, recuerda lo que has encerrado fuera de todo peligro; un día, dentro de veinte años, pequeño, dentro de sesenta años, toca tu verdad y ríe...

Confíe en ella y me dejé ir; días después de haber nacido me rendí a los dragones, vi mis murallas reventar en espuma ante olas grandes como montañas azules: sin alternativa, sin preguntas, la vida es miserable breve injusta no hay objetivo no somos pichones emplumados listos para volar somos cobayos

arrojados sin cerebro sobre los acantilados de la casualidad, sin razón alguna. Bienvenido a la tierra, estúpido.

—¡Eh, qué bien! —dije, entusiasmado—. ¡Qué estupendo estar aquí!

Así está mejor, sisearon mis dragones, enroscándose estrechamente a mi alrededor. La vida es mucho más fácil cuando no te resistes. No tienes nada que recordar, tienes todo que aprender.

Tus ojos están muy cerrados a nosotros; abre los ojos, ahora.

Tu cuerpo está muy relajado; tensa tu cuerpo, ahora.

Tu mente es muy amplia; concentra tu mente, ahora.

Tu alma está muy a salvo; entrega tu alma, ahora.

Hablaban por tandas, sin cesar.

Estás profundamente dormido. Cada palabra que pronunciamos te adentra más y más en una vela ruidosa y desasosegada. No dudes, no preguntes.

Tienes algo en la mente. Dilo, que mientras lo hagas te hundirás más y más profundamente...

—Gracias —dije—. ¡Cuánto que aprender!

Bien. Sí. A los mortales os encanta aprender y el don que te hacemos es que siempre te encantará aprender. Aprende esto:

La apariencia es la realidad. Es real lo que ves. Es real lo que tocas. Es real lo que oyes, gustas y hueles. No es real lo que piensas; lo que ansías no existe. Prueba Número Uno: ¿Qué es la realidad?

—La realidad es la apariencia —dije.

Bien. Excelente alumno. Duerme, profundamente. Mucho que aprender:

La realidad cambia con el tiempo.

Los átomos forman la vida, gobiernan la vida, terminan con la vida.

El destino es azar.

Algunas personas tienen suerte, otras no.

Vivir es ganar, adquirir, convertirse en alguien; morir es perder, desaparecer, convertirse en nadie.

Prueba Número Dos, esta es algo más difícil: ¿Qué cambia la realidad?

—El tiempo —dije—. Y el espacio.

La respuesta es "el tiempo". ¿Por qué dices que el espacio?

—Porque la realidad es distinta en distintos lugares.

¡Bien! La respuesta es "el tiempo", pero "el espacio" vale también. ¡Ya entiendes! Estás pensando con creatividad. ¿Entiendes qué es la creatividad?

—Sí. Nada existe hasta que es creado físicamente, en el espacio y en el tiempo. Antes de ser creado es irreal. Después de ser destruido es irreal. Todo se crea, todo se destruye. Todo es cuestión de tiempo.

¿Qué hay más allá del espacio?

—Nada.

¿Qué existe después del tiempo?

—Nada.

Tu madre te enseñará a caminar. ¿Por qué caminarás siempre cruzando puertas abiertas y nunca a través de los muros?

—Los muros son límites. Nadie camina a través de un muro porque los muros son sólidos y no se puede pasar por un elemento sólido sin ser destruido. Mamá y papá no caminan a través de los muros, aunque son grandes y poderosos.. Nadie es más poderoso que los límites del espacio y el tiempo, yo menos que nadie.

Bien. Todo tiene límites. Tienen límites los recursos. Tienen límites el alimento, el aire, el agua, el abrigo, las ideas. Cuantos más utilices, menos habrá para los otros. Los otros son mayores, más fuertes y más sabios que tú; estaban aquí

antes, tienen prioridad. Por lo tanto, recuerda:

A los niños no se les debe ver con frecuencia y, si se les ve, que no se les oiga. Los niños nunca deben fastidiar a los adultos.

Los niños no piensan; si lo hacen, su pensamiento es un fracaso tambaleante y rudimentario ya que su mente es grava desierta. Un niño no puede imaginar nada nuevo, diferente ni significativo.

Desde ahora quédate en tu sitio. Ten siempre en cuenta lo que pueda decir la gente. No molestes a nadie, pues eres tan frágil como una telaraña y, durante los primeros años de tu vida, hasta los más débiles pueden matarte con sus propias manos.

Fuerza es poder.

La ira es la única advertencia que recibirás.

El miedo no es defensa.

Prueba: ¿Cuál es el único mundo que nunca existió y jamás existirá?

—El mundo que veo con los ojos.

¿De dónde viniste?

—Vengo de ningunaparte y voy a ningunaparte. No hay objetivo.

¡Bien! El origen es cuestión de suerte. El cuerpo es una máquina; esta compuesto por carbono, hidrógeno, oxígeno y funciona con combustible orgánico. El cuerpo domina a la mente, y a su vez la mente es actividad eléctrica aleatoria a través del cerebro.

Sólo existe una realidad física que no requiere de tu consentimiento para existir y funciona al margen de tu mente y de tu vida. Tu pensamiento tiene un efecto cero en la realidad del mundo físico. No existe la realidad no física ni nada parecido.

Rechaza estas ideas y morirás. ¿Alguna pregunta?

Enseñadme más.

El mundo tenía demasiados problemas antes de que vinieras y no necesita otro. A nadie le importa quién eres ni lo que piensas. Todas las ideas importantes ya han sido pensadas; todos los libros importantes están escritos; todos los cuadros hermosos, pintados; todos los descubrimientos, hechos; todas las canciones cantadas, las películas producidas y las conversaciones terminadas. Todas las vidas importantes ya han sido vividas. Tú no importas ni importarás jamás.

Prueba: ¿Quién se interesa por ti?

— ¡Yo me intereso por mí!

Respuesta equivocada. Otra vez: ¿Quién se interesa por ti?

— Nadie se interesa por mí y es una presunción egoísta interesarme por mí mismo. En este planeta viven miles de millones, llegué sin ser invitado, los otros dejarán que me quede si me porto bien, soy obediente y no como mucho. Sobre todo, si me porto bien.

Correcto. Cada uno existe aparte de todos los demás. Todo conocimiento viaja en palabras y números. No sabes nada hasta que alguien te enseña. Todo el que sea mayor que tú es más inteligente que tú. Todo el que sea más grande es más poderoso.

El valor se presenta en términos objetivos de malo-muy malo-peor-pésimo, bueno-muy bueno-mejor-óptimo. Existen lo Correcto y lo Equivocado, el Bien y el

Mal. Lo Correcto y el Bien merecen vivir, el Mal y lo Equivocado merecen morir.

No vives por ti mismo: vives para complacer a otros, para ayudar a otros.

En el mundo hay muchas naciones e idiomas. Naciste en la mejor nación; su idioma es el mejor idioma; su sistema político, el mejor sistema; su ejército, el mejor. Tú obedeces las órdenes que recibes de tu país, de cualquier plano de su autoridad, para combatir y morir por tu nación, para que siga siendo la Número Uno.

Los buenos ganan, los malos pierden.

— Pero todo el mundo muere, ¿entonces hasta los buenos pierden, al fin de cuentas?

— Si los buenos mueren, van al cielo y son felices. —Pero el cielo no se puede ver con los ojos y lo que no se ve no es real. ¡Lo dijisteis vosotros!

El cielo es una mentira para disimular que morir es perder. Cree esa mentira.

Que muera una persona mala es justicia; que muera una persona buena es tragedia; la muerte es el fin de la vida.

No todo tiene respuesta. El universo es incognoscible. Nada importante tiene sentido.

—¿Cómo puede ser cierto todo eso?

Todo es cierto. Es la realidad.

—Por supuesto.

No llevaba todavía diez horas en el planeta y ya estaba desarmado; la clave por la que había pagado mil vidas había quedado sepultada bajo esa profunda y plomiza seguridad de aceptar para siempre lo que todo el mundo sabe: la vida es, precisamente, el accidente que nos ocurre antes de resbalar y morir.

en lo profundo, un pensamiento consciente: "Lo que el mundo no necesita, de ninguna manera, es un tonto más. ¿Por qué estoy tan desesperado por ser otra vez José Cabezahueca? ¿Qué puedo ganar con este interminable hipnotismo de ver-para-creer, de desaprender todo lo que sé que es verdad? Estoy creciendo como cualquier otro niño de este planeta, tragándome sin rechistar todo lo que el mundo sugiere, y no pasará mucho tiempo antes de que sea demasiado tarde para recordar. ¿Recuerdo ahora? ¿Para qué vine, en definitiva?"

La batalla ha terminado. El bebé duerme.

—Lo que sabías antes de nacer no se ha perdido. —En la cumbre de la colina, su voz era suave como una brisa—. Sólo la ocultas hasta que se te pone a prueba, hasta que llega el momento de recordar. Sin duda alguna, cuando quieras, hallarás alguna manera extraña, divertida y bella de descubrirlo otra vez.

Sentado cerca de él en la cornisa de roca, con el mentón contra las rodillas, traté de interpretar su cambio.

Observé los ojos de Dickie durante casi un minuto sin decir una palabra; me preguntaba cómo había sabido tanto cuando era él. Yo era un chico inteligente, sin duda, pero tenía mucho que aprender; no era tan sagaz.

Y entonces, muy pero muy al final, llegué a una conclusión de tortuga.

Dickie me observaba a su vez, sosteniéndome la mirada sin parpadear; me leyó los pensamientos y, muy lentamente, por la comisura de su boca reptó la más leve de las sonrisas.

—Déjame adivinar —le dije—. Tú lo sabías desde un principio, ¿no? Querías hacerme recordar todo lo que yo sabía, no por tu bien, sino por el mío. Todos estos meses, cada minuto pasado contigo, han sido una prueba. No lo confirmó ni lo negó.

—¿Pye?

Al cabo de un rato asintió una sola vez, moviendo apenas la cabeza.

—¿Donald Shimoda?

Una vez más, imperceptiblemente.

—Juan Salvador Gaviota.

La diminuta sonrisa se mantenía, la inclinación casi inmóvil, los ojos clavados en los míos sin palabras.

Un súbito pensamiento aterrador, pero no pude dejar de preguntar:

—Dickie, ¿no serás también Shepherd, el que escribió el libro para que yo firmara? ¿Que un buen seguro de salud es dinero en el banco?

Su sonrisa se ensanchó.

Me tiré de los pelos, sin saber si reír o llorar.

—¡Por Dios, criatura! Si me permites decírtelo, ¡eso es hacer trampa!

El disfrutaba del espectáculo, esa alma detrás de la máscara del niño que yo había sido.

—¿Cómo puede la vida hacer trampas a alguien que tiene herramientas de poder? —preguntó—. ¿Cómo puede la vida someter a examen a alguien que ya ha terminado con todas las pruebas? ¡La cuestión es recordar!

"Debí haberlo sabido", pensé. "¿Cuándo aprenderé a esperar lo que no imagino que pueda pasar?"

—Si querías averiguar lo que creo saber —dije—, ¿no se te ocurrió que

bastaba con preguntarme?

Se burló de mí con la sonrisa.

—¿Y llenar tu formulario de irresponsabilidad por triplicado, escucharte censurar tus conocimientos para que no te interpretemos mal y nos arrojemos contra un muro a ciento cuarenta kilómetros por hora? No queremos tu cautela, Richard. ¡Queremos tu verdad! No queremos...

—¿POR QUE? ¡No soy una gaviota más rápida que el pensamiento, no soy el Salvador del mundo, no soy una forma de luz multidimensional de futuro alternativo que conoce todas las respuestas a todas las preguntas jamás formuladas! ¿Por qué te interesas por mí?

—¿Dónde está el misterio, Richard? No eres un náufrago arrojado a la isla perdida de algún planeta. ¿Te parece que no has tenido suerte al encontrarte con tus otras vidas y aprender con ellas? ¡Nosotros! ¡Tú eres nosotros!

Buscó palabras que yo pudiera comprender.

—¿Nos elegiste como maestros? Nosotros también te elegimos. ¿Te interesas por lo que aprendes? A nosotros también nos interesas. ¿Crees que estamos en tu vida porque nos amas? ¿No comprendes? ¡Nosotros también te amamos!

Apreté las manos contra la roca, aferrándome. ¿Por qué debía ser tan difícil saber que quienes amamos nos aman a su vez?

—Nunca te fuiste, ¿verdad? —dije por fin—. Has cambiado de cara, a veces te has hecho invisible, pero estuviste aquí en todo momento. ¿En los peores momentos también, cuando el divorcio, la bancarrota, el fracaso y la muerte?

—Sobre todo en los peores momentos.

¿Cómo puedo ser tan tonto? Durante los días más difíciles de mi vida siempre ha estado allí esa serena y vigilante seguridad: "Hay un motivo por el que elegiste lo que está pasando a tu alrededor. Resiste, Richard; vive tu camino a través de esto lo mejor que puedas y al cabo descubrirás por qué. ¿Quién se atreve a decir semejante cosa, quién se atreve a recordárnoslo, sino nuestros propios maestros interiores, que no se alteran por lo que parece ser?"

Tras meses de ponerme a prueba con preguntas, a Dickie no le quedaba nada por preguntar. Mi examen concluyó en silencio, con una sola y última comunicación.

—Eres tú, Dickie, ¿verdad? —dije—. Tú eres el capitán de mi oculta nave espacial, que espera para llevarme a casa.

La más leve de las sonrisas.

—Te equivocas —susurró—. El capitán eres tú.

Epílogo

Los tripulantes que contratamos para nuestra nave interior son nuestros navegantes, artilleros, timoneles y asesores, y siguen siendo amigos nuestros durante toda la vida. Los encontramos en el momento en que estamos listos, necesitados o con curiosidad, en el momento en que nos atrevemos a imaginar que existen y a gritarles pidiendo ayuda.

Dudo de que Juan Salvador Gaviota, Donald Shimoda, Pye o Shepherd hayan desaparecido para siempre, aunque no tengo idea de lo que están cocinando para el próximo examen, dentro de medio minuto o de cien siglos, y no voy a preguntar.

Sé con certeza que Dickie no ha desaparecido. En este momento mira a través de mis ojos, observando cómo en la pantalla de una computadora portátil surgen en palabras su pasado y su futuro.

El pequeño que necesitaba saber cuanto yo había aprendido ha encontrado un hogar. El prisionero que yo tenía encerrado vive ahora en un sitio con vistas, en lo alto de mi espíritu, como si fuera una burbujeante fuente de preguntas:

Richard, ¿quién crees ser?

¿Quién serás después?

¿Qué valores estás eligiendo como estrellas para que te orienten y cuáles estás descartando?

¿Qué haces aquí, capitán, qué preferirías estar haciendo y por qué no estás haciendo eso en este momento?

Muéstrame cómo aprendes acerca del amor.

"Durante muchos años esperamos encontrar a alguien que nos comprenda", pensé, "a alguien que nos acepte como somos, alguien con el poder de un hechicero para que funda la piedra en luz solar, capaz de brindarnos felicidad pese a las duras pruebas, capaz de enfrentarse a nuestros dragones en la noche y de transformarnos en el alma que decidimos ser.

Apenas ayer descubrí que ese mágico Alguien es la cara que vemos en el espejo: es nosotros y nuestras máscaras caseras.

Tantos años, y por fin nos conocemos.

¡Imagínate!